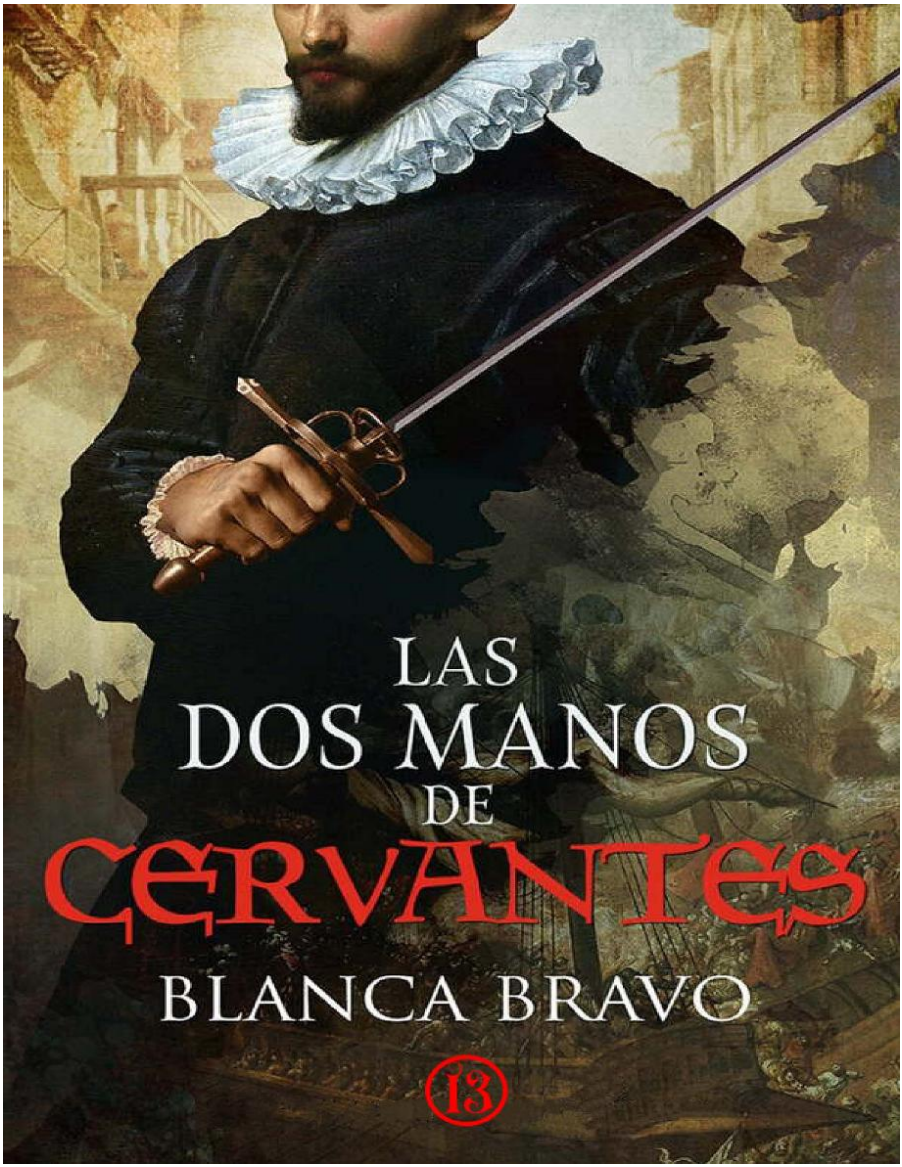
LAS
DOS MANOS
DE
CERVANTES
BLANCA BRAVO
13



El joven e intrépido Miguel de Cervantes pretende llenar su vida de grandes hazañas de las que poder enorgullecerse y sentirse alabado cuando las explique más adelante. Así llega a la batalla de Lepanto y, de allí, saldrá en busca de nuevas aventuras. Sin embargo, demasiado pronto se encontrará con don Juan de Austria…, quien le impondrá el más duro de los retos para quien vive en un mundo de palabras: guardar silencio. Condenado a callar sus méritos como soldado y espía, perdida su mano izquierda en la única de las batallas de la que puede hablar, va ganando años, pesadumbre y desilusión. Una única esperanza le salva: soñar con que, algún día, podrá contarlo todo… Ni

Cervantes ni su obra se rindieron jamás.

Blanca Bravo

Las dos manos de Cervantes

Título original: *Las dos manos de Cervantes* Blanca Bravo, 2022

Para Francisco Bravo López, mí padre.

Porque siempre supo quién era.

«Si no fuera porque el tiempo no da lugar, yo dijera ahora algo de lo que este soldado español llamado tal de Saavedra hizo, que fuera parte para entreteneros y admiraros harto mejor que con el cuento de mi historia».

Miguel de Cervantes,

El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha.

«Les narró anécdotas de sus viajes, algunas inverosímiles y verdaderas, otras creíbles y falsas».

Andrés Neuman,

El viajero del siglo.

Nacido en la mitad del siglo XVI, el hijo de un humilde cirujano está destinado a fracasar en el ejército. Ese revés militar es el secreto de su gran logro: un montón de pliegos de papel en blanco que le están esperando.

Sayb ab-dira' (I)

Lepanto, 7 de octubre de 1571. La batalla de la que puedo hablar.

El día ha amanecido gris y mi cabeza, cargada de fiebre. Dormito en una de las sucias hamacas que cuelgan en la abarrotada bodega del barco.

Llevo aquí toda la noche, entre cajas y baúles, armas y mercancías. El mar enfadado zarandea la nave. Todo me da vueltas. Son ya varios días con temperatura alta y un intenso dolor de cabeza. Cierro los

ojos, aprieto los párpados y me obligo a dormir, pero no lo consigo.

Al cabo de un rato, oigo gritos en cubierta. Están llamando a los soldados; nos llaman a ocupar los puestos. Parece que la lucha es inminente. ¡He de subir! Hemos estado jugando al ratón y al gato con nuestros enemigos demasiado tiempo por todo el Mediterráneo. Sé que estábamos a punto de abandonar la misión porque no dábamos con ellos.

Intuyo ahora, por el nerviosismo de las voces, que los tenemos a la vista.

Como puedo, me incorporo, me recompongo las ropas y el uniforme. El coselete se me resbala de las manos, torpes.

—¡Miguel! ¡Tienes que quedarte aquí! Estás ardiendo de fiebre.

Entiendo por la mueca en su cara que mi hermano Rodrigo me está gritando, pero lo escucho muy lejano. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba aquí, conmigo, en la humedad de la bodega.

—Vuestro hermano tiene razón. No es prudente. Es mejor que descanséis. No subáis.

Ahora quien habla es el físico de la galera. Tampoco a él lo había visto

antes. Me dice que no suba… ¿No subir a cubierta? ¿Cómo desperdiciar una ocasión como esta? ¿Quedarme tumbado? ¿Un soldado como yo, a punto de cumplir su primera misión oficial formando parte de una liga? Y

no de una liga cualquiera…, ¡de la Santa Liga! ¡La coalición entre España, Venecia y el papado combatiendo a los herejes musulmanes! ¿He de quedarme aquí abajo, descansando? Ni hablar. No. Voy a subir.

—¡No! ¡Voy arriba!

Sin detenerme a escuchar sus quejas, me coloco el peto, cojo las armas y echo a correr hacia la escalerilla. Una vez en cubierta, el aire del mar me reconforta. Inspiro profundamente, hasta llenar los pulmones con el frescor de la mañana. No deben de ser más de las nueve o las diez. Me abandono unos segundos en el olor de la sal, en el sabor de la saliva impregnada de sal y en el rugido de la furiosa agua salada. Todos mis sentidos se despiertan al momento. Sigo las indicaciones de los mandos. Me han colocado en el lugar más peligroso, en la torreta

de proa, a estribor; y estoy preparado para el enfrentamiento.

Me sitúo delante de los arcabuceros. Sé que el lugar que me han asignado está entre los que lanzan bombas incendiarias. Me acerco al extremo dando tumbos, procurando mantener el equilibrio ante el envite de las olas. Si caigo al mar, las posibilidades de sobrevivir son pocas, especialmente por el peso de las piezas metálicas de protección que llevo puestas. Me tiemblan las piernas por la tensión, y por la fiebre, pero sigo hasta que el salpicar del agua moja mis pies. A mí, como me consideran un novato, me han adjudicado el lanzamiento de piñas. No soy novato, sino un soldado ya experimentado, y no estoy de acuerdo…, pero lo acepto, porque ellos no lo saben. Mi tarea consiste en entretener al enemigo mientras los nuestros preparan sus armas, pues la carga del arcabuz requiere dedicación y habilidad. Así, mientras unos cuantos vamos lanzando objetos cerámicos con explosivos en su interior, les damos tiempo para aparejar el arma.

El timonel maniobra con maña para situar la nave frente a la media luna de barcos turcos que se han colocado con celeridad frente a nosotros.

Nuestra disposición será en forma de cruz. Cada uno con su religión a cuestas, frente a frente.

Los cercamos poco a poco hasta que no tienen escapatoria, y nosotros,

tampoco. Nos estamos aproximando demasiado, peligrosamente, a ellos.

Empiezo a distinguir sus rostros desencajados por la tensión del momento.

Llevan menos protección metálica que nosotros, porque prefieren tener la opción de nadar si caen al agua.

—¡Bogando a toda palamenta!

Como si todo hubiera estallado de repente, rompiendo el zumbido constante que me ensordecía en la bodega, escucho los gritos desesperados de los que se encargan de tomar las decisiones: «¡A toda palamenta!». Los galeotes bogan en popa, en mediana, y enloquecidos en proa. Todo se sucede con una tremenda rapidez. La flota entera, no solo nuestro barco, se agita tanto que las naves parecen garbanzos dentro de un enorme puchero hirviendo. Doscientos cincuenta navíos, cargando con noventa y tres mil hombres preparados para matar y dispuestos a morir.

«¡A toda palamenta!». Y los remeros obedecen la orden. La chusma rema con rabia, deseando ver cómo miramos directamente a los ojos de la muerte; nosotros, los hombres de la guerra, los que caminamos libremente por la nave. Ellos nos odian. Son presos, obligados a vivir amarrados a su banco, moviendo remos pesadísimos, cagándose y meándose encima durante semanas, heridos permanentemente por la argolla de la cadena que les rodea el tobillo. Reman con furor, para que muramos. Los miro un momento —rapados de cabello y barba, sucios e infectados, llena la boca de llagas— y distingo la rabia en sus ojos encendidos. No es la primera vez que veo esa mirada de odio.

Vuelvo a concentrarme en los barcos enemigos. Estamos demasiado cerca. Casi nos rozamos.

—¡Van a abordamos! ¡Virad! ¡Rápido! ¡Virad!

Pero es tarde. «¡Virad! ¡Virad!». No hay tiempo. Una ráfaga de flechas, como una nube de serpientes negras, nos alcanza. Los turcos tienen por costumbre envenenarlas. Procuro evitar que me alcancen protegiéndome con la rodela. Alrededor, gritos. Seguro que alguna ha acertado en el blanco. Confusión y estruendo por toda la cubierta. La batalla ha comenzado.

Un golpe tremendo casi me hace caer al agua en el momento en que chocan las naves. El paso a pie de una a otra resulta sencillo. Deja de ser

una batalla marítima para convertirse en una terrestre, sobre la cubierta, sin agua de por medio. Y todo sucede con una rapidez vertiginosa.

Enormes nubes oscuras de pólvora me impiden ver lo que tengo delante.

Miro hacia atrás, agachado, a nuestros soldados que disparan el arcabuz con decisión. Yo sigo lanzando piñas, aunque ya no veo hacia dónde. La oscuridad de la pólvora se ha extendido. El sol tampoco ayuda. Entre las nubes oscuras que se van formando por los disparos, se cuelan rayos cegadores; y también se cuelan por entre las otras nubes, las del cielo, que han empezado a abrirse. La luz me deslumbra y el mido me aturde: el retumbar de los chillidos de los que mueren, el resonar de las armas y, sobre todo, el rugir del mar embravecido contra las cáscaras de nuez en que se han convertido las galeras. Miro hacia el agua y veo cómo una pequeña mancha roja de sangre se va extendiendo. Me resulta una imagen casi poética, porque pienso que

ese carmesí es el de nuestra sangre, moros y cristianos, sin diferencia. Hay turbantes flotando sobre el agua, cuerpos medio hundidos con flechas clavadas, algunas en los ojos, trozos de madera…

De pronto, un agudo impacto en la mano izquierda me obliga a salir de mi fugaz ensoñación. Vuelvo la vista. Está destrozada, algún hueso astillado sobresale de entre la carne sanguinolenta. ¡Me han dado! Me sorprende no tener miedo, que no me duela. Y, entonces, dos golpes más. Una vez, dos.

Caigo, derrumbado. Ahora me han herido en el abdomen.

Tengo el tiempo suficiente para pensar que, si me hubieran disparado a bocajarro, ya estaría muerto, pero la carga debía de venir desde lejos y no muero enseguida. En el suelo de la cubierta, boca arriba, el cielo me cubre desde lo alto con el paso de las nubes, ahora blanquísimas, que navegan más allá de la oscura humareda. Ridículamente, en ese momento tan grave, me quedo colgando de la imagen del firmamento, que me parece preciosa, como me quedé embelesado con otras nubes del pasado, mientras murmuro alguna plegaria aprendida de memoria en la niñez. Y pienso, también, que podía haber sido un buen escritor; que, por lo menos, podría haberlo intentado. Tampoco he realizado todavía hazañas militares que pueda contar, acaso esta, que será póstuma. Intento reír antes de morir. Puede que me salve reír de lo que no provoca risa: de la tragedia, de la falta de

esperanza, de lo terrible que resulta que una mañana de octubre se derrame sobre la cubierta de una galera mi vida de veinticuatro años recién cumplidos.

—*Sayb ab-dira'!*

Me sorprende el reflejo brillante de una afilada daga ante mis ojos.

Alguien me grita al oído eso una y otra vez: «Sayb ab-dira'! Sayb ab-dira'!». Lentamente, giro la cabeza hacia quien me lanza su aliento fétido a la cara. Ahora el dolor de la mano es tan intenso que resulta insoportable.

Me retuerzo. Mil calambres me suben hacia el hombro. El hombre de piel de bronce sudorosa que se ha arrodillado junto a mí grita otra vez; señala el muñón sanguinolento en que se ha convertido mi mano izquierda

—*Sayb ab-dira'!*

No entiendo bien lo que dice. *¿Sayb ab-dira'?* ¿Saivedra? ¿Sa Avedra?

¿Saavedra? ¿Me llama a mí? ¿Por qué grita? ¡Si me quiere matar, que acabe de una maldita vez! La cabeza parece reventar, la fiebre debe de haber subido, apenas puedo respirar y el dolor de la mano me paraliza. Otra vez brilla la daga ante mis ojos. Percibo muy de cerca su olor rancio a sudor. Y

dentro de mis oídos estalla una y otra vez, en repetida cadencia, esa extraña expresión. Lo último que veo antes de cerrar los ojos es la cara del hombre que me va a matar. Un último grito; y, al fin, el silencio y la oscuridad.

Soldado aventajado

Mesina, noviembre de 1571. Unas semanas después.

No he muerto. Aquí sigo. Al abrir los ojos, recién revivido de un letargo cargado de pesadillas, recuerdo vagamente lo ocurrido: el rojo intenso de la sangre en el mar durante la batalla, el dolor en la mano, el olor y el sabor de la sal, el hedor putrefacto de aquel aliento…

Miro a mi alrededor. Hay muchas camas alineadas con la cabecera contra la pared. Las sábanas, con manchas de sangre, pus y orín, caen con descuido hasta tocar el suelo. Veo a hombres que gimen y se quejan de su dolor. Estoy en un hospital, en la sala enorme y fría de un hospital. Procuro reconocer a alguien. Busco con la mirada a mi hermano, pero no está aquí; tampoco encuentro ningún otro rostro que me resulte familiar. Un abultado vendaje me cubre la mano izquierda. Me duele, y también me duele el pecho. Con la mano sana, me toco el vendaje; llega hasta la cintura, y está bien trabajado, procurando no apretar en las heridas. Me cuesta respirar. Sin energía para levantarme, cierro los ojos y me vuelvo a dormir.

Cuando despierto de nuevo, el sol de la mañana que entraba por la ventana ha sucumbido a las lúgubres penumbras que ahora dominan la estancia. Ha anochecido, pero, en cambio, ahora junto a mí sí veo un rostro conocido que me sonríe. Sé quién es. Hemos luchado juntos, hemos mirado a la muerte a la cara, y él siempre sonreía, como ahora. Puede que yo esté, otra vez, a punto de morir.

—De buena os habéis librado, caballero de los tres nombres.

Lo miro con fijeza, quizás excesiva dado el contraste entre su nobleza y mi humilde condición de soldado. Me guía la osadía de haber escapado a las garras de la muerte. «Caballero de los tres nombres»,

me ha llamado. Mi mente viaja tiempo atrás y me recuerda que admiro a ese tipo, pero que también, en terrible paradoja, lo desprecio por aquellos hechos terribles de un pasado no tan lejano.

—¿Lo decís en serio, majestad? ¿Me he librado?

Me observa con agrado. Sé que le gusta que lo llame majestad, aunque no sea rey ni príncipe. Su hermano le niega el tratamiento, pero yo siempre lo he llamado así: «majestad». No en balde, el hombre que tengo delante y que me mira con benevolencia es don Juan de Austria, el hermanastro del rey Felipe II. Hermanos de padre y con madres diametralmente distintas, son personas también muy diferentes. Prudente, mediocre y legítimo uno; arrojado, apuesto y bastardo el otro.

El rey Felipe ha utilizado a su medio hermano, este hombre valeroso, para apagar los dos fuegos que más se le resistían: la revuelta morisca en la Alpujarra y la batalla contra el turco. Y Juan de Austria lo ha hecho bien, tan bien que desea más reconocimientos, más poder. El rey lo sabe, pero le niega el título que lo vincula al linaje real, para que no se crea con derecho alguno.

—Los físicos así lo afirman —me contesta con tono grave, ajeno a mis pensamientos—. Os recuperaréis. Claro que lleváis delirando semanas, y parece que la mano izquierda no os va a servir demasiado en adelante…

«La mano izquierda no me va a servir…», susurro para mí. Los pinchazos empiezan a ser otra vez insoportables, como cuando perdí el conocimiento. Miro las vendas manchadas, tratando de aguantar el dolor.

—¿Y mi hermano? ¿Qué ha sido de Rodrigo? ¿Acaso murió en la batalla?

—Vuestro hermano está bien. Ha venido a veros en varias ocasiones, pero o dormíais o delirabais. Vos sois el peor parado, pero los dos seguís con vida. Habéis tenido suerte. Aquel día murieron muchos hombres.

—¿Dónde estamos?

—Estáis en el hospital.

—Pero ¿dónde? —insisto, pensando que tal respuesta se la podía haber

ahorrado.

—En Mesina. Tenemos aquí un campamento en el que nuestros soldados se preparan para nuevas incursiones. Ahora están descansando. Se lo merecen. Lo de Lepanto ha sido muy duro.

Lepanto. El agua teñida de rojo; el cielo rojo. Juan de Austria me explica que los caídos en la batalla se cuentan por miles y miles de hombres, de uno y otro bando. Aunque los enemigos salieron peor parados.

Veinticinco mil muertos en las tropas turcas, ocho mil en las nuestras. Soy uno de los más de diez mil que han resultado heridos. Nuestras naves, me cuenta, parecían erizos al arribar a puerto, por la cantidad de flechas clavadas; pero ellos han perdido casi toda su flota. Afirma con soberbia que ha sido un encuentro legendario, que con esta victoria hemos hecho historia.

—¡Nos recordarán durante siglos! —exclama con un orgullo que se contagia.

Sin embargo, poco después matiza que la batalla fue épica, sí, pero que, en realidad, no hemos conseguido detener el avance de la hegemonía turca en el Mediterráneo. Aunque la batalla ha sido un duro golpe para ellos, siguen siendo fuertes.

Nosotros debíamos ganar para salvaguardar al mundo cristiano. Si hubiéramos perdido, en estos momentos, tanto España como Italia sufrirían una situación crítica en todos los frentes. El Mediterráneo sería turco, y España se hubiera quedado sin sus mejores soldados, marinos y almirantes, pues estaban jugándose la vida en Lepanto. Y no solo los turcos hubieran sido una amenaza directa, también Inglaterra, Francia, Alemania y Flandes tendrían vía libre para atacarnos sin encontrar demasiada resistencia, puesto que nos hubiera quedado una flota muy enclenque y seríamos presa fácil.

La victoria era obligada para sobrevivir.

—Os voy a declarar soldado aventajado, Cervantes.

Lo miro ahora con humildad.

—No quiero ofenderos, vuecencia, pero… ¿ha de servirme de algo ese honor?

He adelantado hacia él mi mano estropeada, la que él mismo acaba de

decir que no me ha de servir. Un pinchazo cada vez más agudo me obliga a callar, y contraigo el rostro en un gesto de dolor. Recuerdo la imagen de los

huesos astillados rompiendo la carne; trozos blancos y blandos de cartílago se confundían con los huesos rotos y ensangrentados. Ahora esa mano es un muñón de vendas amarillentas con manchas de color granate oxidado. Se la pongo ante la cara y repito la pregunta:

—¿Me ha de servir ese honor?

—¡Den algo a este hombre para calmarle el dolor!

La orden de Juan de Austria obtiene respuesta en forma de vino. Una enfermera trae un cuenco lleno, que bebo con fruición. Él espera a que apure el líquido avinagrado, que arde en mi garganta.

—El ejército os necesita —añade, serio—. ¡Yo os necesito! ¿Acaso habéis olvidado nuestras aventuras en Galera? ¿En Serón?

¿Cómo olvidarlas? Galera. Serón. ¿Cómo olvidar la crueldad que se apoderó de su mirada? ¿Cómo olvidar los gritos de los niños descuartizados o el olor de la mujer de canela?

—¿Las habéis olvidado? —insiste.

Lo ha preguntado con ternura. A mí, por lo menos, me parece que lo ha repetido con ternura.

—Vuecencia, nunca podré olvidar lo que nunca podré explicar.

El hermanastro del rey ahora vuelve a sonreír. Comprometido a guardar silencio acerca de su crueldad, me convenzo de que es mejor así. Podré seguir colaborando con él en el futuro. Además, en cierto modo, ya me resarcí. Lo observo con el temor de que esté leyendo mis pensamientos y distinga mi traición.

—Bien, bien… —dice, alejándose de mí al fin—. En cuanto salgáis de aquí, os diré cuál es vuestra próxima misión.

Mi mirada va tras él, sigue su caminar majestuoso hacia el fondo de la sala, lo acompaña hasta la puerta. Me deja solo con esos recuerdos que tengo prohibido explicar.

Me incorporo. El alcohol va amortiguando lentamente el dolor. Ruego a una enfermera que pasea entre los heridos que me acerque mi bolsa.

Ella, sonriendo, se agacha y coge de debajo del camastro el hatillo roñoso que contiene mis escasos objetos personales. Me lo entrega con una sonrisa y valora los vendajes, que deben de parecerle bien porque no los cambia ni dice nada. Se va con la misma discreción con la que se había acercado. Ya a

solas de nuevo, saco uno de los dos papeles arrugados que me acompañan desde hace un par de años. Lo despliego y fijo la vista en el garabato, con el mismo interés de aquel primer día que lo vi en Roma.

Ahora lo entiendo; aquel día, no. Ahora sé qué significa, y también sé que esa palabra me define. Suspiro. Lo doblo y lo vuelvo a dejar dentro de la bolsa, junto al otro. ¿De verdad? ¿De verdad nunca podré explicar todo lo que ocurrió?

El profesor de árabe

Roma, otoño de 1569. Dos años antes.

Hui a Roma a toda prisa hace solo unos meses. O me iba de España o me cortaban la mano derecha. Todo por un duelo, una travesura de taberna, una tontería de bocas que se calientan al discutir y la soberbia de demostrar quién tiene razón en una disputa ridícula. Con las espadas en el aire, me quedé colgando de las nubes del amanecer y, casi sin darme cuenta, el filo de mi hoja rajó la mejilla del otro. Hubo sangre. Los duelos están prohibidos, así que la justicia me citó. No me presenté, porque no quería ir a prisión. Estuve escondido algún tiempo hasta que me enteré de que habían declarado mi búsqueda y captura. Por desobediencia, me condenaban a diez años de destierro y a que me fuera cortada la mano derecha con vergüenza pública.

Entonces, ayudado por mis padres, tracé un plan. Iría a Sevilla. Allí contactaría con un familiar, con quien viviría a escondidas un tiempo mientras me conseguía documentación con un nombre falso y un pasaje para poder llegar a Italia, donde la justicia española no podría ejecutar la sentencia. Desde Sevilla, siempre de incógnito, viajaría por caminos recónditos hasta Valencia, y de allí a Barcelona, donde embarcaría con destino a Roma para ponerme al servicio del cardenal Acquaviva.

Recuerdo bien la mañana del día que me fui «Ten cuidado. Llévate esto». Las manos de mi madre temblaban. «Gracias, madre». Las

monedas tintineaban dentro del saco de piel.

«¡Escóndete bien, hijo!». La mirada de mi padre dejaba entrever el miedo. «Le daré cuenta, padre, de dónde me encuentro». Él estaba muy serio, como nunca lo había visto. «Está bien, pero ahora ve directo a Sevilla. Todo está arreglado. Tu tío te espera». Mis padres hablaban con nerviosismo contenido, y yo asentía con un gesto de la cabeza a todo lo que decían. Ellos me dieron una instrucción tras otra, hasta finalizar con un

«¿Entendido?» cargado de lágrimas. Yo los miré fijamente, intentando aguantar las mías. Repuse únicamente: «Entendido», y salí a la calle cuando ya el ajetreo de los mercados había empezado y las gentes iban y venían por las calles, procurando pasar desapercibido entre el bullicio. Me dirigí hacia las afueras para recorrer, ahora en dirección contraria, los caminos por los que había entrado a la villa pocos meses atrás.

Todo fue como estaba previsto en el viaje, pero, una vez en Roma, no.

Debía, sencillamente, servir al cardenal desempeñando un discreto cargo como funcionario burocrático, pero las cosas se precipitaron. En España, temían que un levantamiento morisco pusiera en una situación comprometida a la corona. Los rebeldes resistían con éxito en algunos pueblos del sur, en la zona de la Alpujarra, y el rey quería poner freno a una posible invasión por parte de tropas árabes. Sus informantes le habían contado que estaban planeando reconquistar desde dentro la tierra que ellos llamaban Al-Andalus. Grupos de rebeldes se estaban atrincherando y recibían refuerzos, en forma de soldados y de armas, llegados desde Argel y Constantinopla. Incluso había grupos de guerreros de élite que se estaban preparando para plantar cara a los enviados del rey Felipe, quien temía una guerra intestina.

Esto me lo explicó el cardenal Acquaviva al poco de mi llegada.

—¿Y bien? —me preguntó, una vez expuesta la situación—. ¿Qué opináis?

—¿Qué puedo hacer yo, vuecencia? —No entendía qué quería que dijera.

El cardenal Acquaviva, tan joven como yo, alto y delgado, me miró con sorpresa.

—Tenía entendido que os habíais puesto a mi disposición…

Estaba a su disposición, sí…, pero en Italia. Yo sabía, y él también, que

no podía regresar a España por un período de diez años, y no había transcurrido ni uno. Si lo que quería era enviarme a Argel o a Constantinopla, la idea me parecía descabellada. Y si, en fin, lo que me estaba pidiendo era consejo, tampoco podía ayudarlo, porque de la situación en la Alpujarra solo conocía lo que él me acababa de explicar. Estaba francamente desconcertado.

—Sí, claro, vuecencia. Estoy a vuestro servicio.

—Bien, pues… os necesitamos para luchar contra los moriscos.

—Nunca he participado en una batalla. —Se me ocurrió poner una objeción práctica.

—No os necesito en el frente.

Pensé entonces en que debía recordarle la orden de destierro que pesaba sobre mí.

—Pero… Vos sabéis que he venido huyendo de España. Mi familia y yo os pedimos protección.

—Hay muchos modos de regresar.

Lo miré con curiosidad y preocupación. Seguía muy confundido.

—Veamos… No tiene por qué viajar Miguel de Cervantes Cortinas —se explicó—. Fuisteis capaz de salir del puerto de Barcelona sin que nadie os interceptara. Estoy seguro de que podréis volver a hacer lo mismo en la dirección contraria.

La idea de embarcar de nuevo no me seducía, pero no podía hacer otra cosa que obedecer. Estaba en sus manos.

—¿Y cuál es mi misión exactamente? ¿Qué necesitáis de mí?

—Necesitamos que seáis nuestro espía. —Al momento, tan pronto como pronunció esas palabras, se rio de mi cara, que debía de ser dˆ

sorpresa total. Parecía estar divirtiéndose—. Si cumplís bien este encargo, conseguiré del monarca español que os sea perdonada vuestra deuda para con la corona. ¿Qué os parece?

—Parece un buen trato, sí.

—Solo hay un pequeño inconveniente.

—¿Cuál es?

—¿Conocéis el árabe? ¿Conocéis la lengua aljamiada?

Mi sorpresa iba en aumento. Incluso a los moriscos les está prohibido

hablar árabe en España. ¿Cómo iba a conocer el árabe, yo, que soy cristiano?

—No, no la conozco.

—Pues bien, entonces necesito dos cosas de vos. Para que podáis servir a la Iglesia no puede haber duda alguna de que tenéis fe, así que vuestra familia debe enviarme un documento que demuestre la limpieza de sangre…

—Lo entiendo. Lo solicitaré.

—Y la segunda… es que debéis aprender árabe.

De nuevo, me resultaba imposible disimular mi asombro.

—¿Aprender árabe?

—Lo necesitaréis para cuando os infiltréis. Debe ser verosímil que sois uno de los suyos.

¡Infiltrarme! Sonaba muy arriesgado.

—¿Conforme?

Dudaba que pudiera negarme. Mientras, el cardenal me miraba con impaciencia. Volvió a preguntar, entonces con un tono enfadado:

—¿Estáis o no estáis conforme?

No me indicaba exactamente adonde debería ir y qué es lo que debería hacer. Sin embargo, su mirada iracunda exigía una respuesta inmediata.

—Estoy conforme, vuecencia.

Así que solicité el documento de limpieza de sangre a través de mi familia y me dediqué meses enteros a aprender árabe de la mano de un maestro, como me anunció el cardenal con tono de triunfo: ¡El

gran Giordano dal Ricote!

* * *

Las clases ciertamente resultan sugerentes y llenas de curiosidades. La estancia en la que me enseña su lengua es una extensión de la biblioteca, una pequeña sala anexa con paredes forradas de libros que descansan en estantes artesonados de roble. Una enorme mesa de madera maciza acoge los volúmenes, legajos y manuscritos que utilizamos para que yo avance en

el conocimiento del idioma.

Ricote me enseña cómo dibujar esas grafías tan peculiares, con determinados y seguros movimientos de la mano, de izquierda a derecha.

Me explica la ausencia de vocales y mayúsculas. Me introduce en la hermenéutica de los textos. Y, en definitiva, me enseña a amar esa lengua.

Aprendo mucho, y rápido. Sin embargo, el misterio que quiero descifrar todavía no aparece.

El enigma se remonta a la misma noche del día en que llegué a Roma, cuando me pasaron un papel con un garabato bajo la puerta: una palabra árabe; toda una incógnita para mí. Ese arabesco sin sentido me persigue día y noche, pero no me aventuro a preguntar a mi maestro qué significa, entre otras cosas porque imagino que fue él quien me lo hizo llegar y pretende que lo averigüe por mí mismo.

Estaba intentando dormir tras el viaje ajetreado y agotador que me había llevado a Roma, cuando oí tres golpes en mi puerta. En la duermevela, pensé que quizá lo había imaginado, o que tal vez formaban parte del sueño que ya me estaba atrapando. Pero no; los golpes habían sido claros, secos y rotundos. Me levanté, me cubrí con una sábana y abrí la puerta. No había nadie. Incluso me aventuré a salir y recorrer el pasillo, iluminado solo por la vela que reposaba prendida en uno de los muebles que se apoyaban contra la pared. Sin embargo, estaba desierto. Cerraba ya la puerta cuando vi en el suelo, bajo mis pies, el papel con aquel dibujillo árabe.

Aunque no tengo la certeza, estoy casi seguro de que es él quien lo coló en mi alcoba. Puede que quisiera acicatearme a estudiar colándome una palabra misteriosa que, imaginaba, querría descifrar.

Lo cierto es que espero con ansia el momento en que alguno de los dibujillos que el maestro me va enseñando coincida con el que figura en la nota anónima.

—Repetid conmigo: *'Alíf*…

Su voz es grave, con un tono profundo que la carga de misterio. Parece sentenciar cada vez que habla.

— *'Alíf*…

— *Bâ*…

— *Bâ*…

Me esfuerzo en repetir cada letra con la misma entonación que le da él.

Aún estoy aprendiendo las herramientas básicas, las letras: desde *'alif* hasta *yâ'*. Al llegar a la última, mi maestro le da siempre una melodía especial, lo que significa que hemos terminado la serie. Entonces, volvemos a empezar.

Giordano dal Ricote es un tipo curioso. Tiene algunas manías que al principio me parecieron ridículas, sin embargo, dado el rigor con el que veo que las ejecuta, han acabado por resultarme trascendentes. Algunos de estos rituales tienen que ver con el papel. Siempre, tras abrir un libro y antes de leerlo, lo huele. Se queda un momento con los ojos cerrados y se regodea en el olor de las páginas, como si estuviera en medio de un prado de flores en primavera.

Otras peculiaridades suyas se dan cuando compartimos el almuerzo. A menudo, para no perder tiempo, comemos juntos en la misma mesa de estudio. Un criado nos sirve las viandas. Él siempre toma sopa hirviendo.

Esa costumbre, invariable, sea el día frío o cálido, la desempeña como si se tratara de un oficio religioso. Yo me entretengo con el filete o las patatas asadas que llenan mi plato, mientras él, día tras día, sorbe con fruición el caldo con una cuchara que saca de entre sus ropas. Nunca come con otra que no sea esa cuchara metálica. A mí me sorprende que no se queme, pero nunca se queja. Y, en tanto sorbe caldos de ave o de pescado, explica pasajes literarios o comenta rincones filológicos en los que se esconden excepciones de la lengua.

En una de las sesiones, cansado ya de la lección, me atrevo a empezar

una conversación distendida que esconde mi interés verdadero: saber para qué exactamente voy a necesitar el árabe.

—Maestro, ¿sois el único aquí que habla esta lengua? No he oído a nadie más utilizarla.

—Bueno… Muchas veces, las cosas no son lo que parecen.

—Siempre habláis con enigmas.

—No es un enigma, sino la idea clave: las cosas no son sencillas. Algo que parece blanco puede ser negro, y al revés.

Como no comprendo sus referencias, opto por ser más directo:

—¿Sabéis dónde quiere el cardenal que me infiltre?

—No tengo esa respuesta.

Muestro un gesto de desaliento. Me siento confuso. El maestro me

reconviene, porque dice que no mantengo la misma atención que demostraba en las primeras clases. «Tengo la impresión de que estáis perdiendo el interés», añade. Y entonces Giordano dal Ricote baja el tono de la voz, como para indicar que está entrando en el terreno de las confidencias. Por su mirada cómplice, supongo que me va a explicar para qué me necesita el cardenal y por qué la necesidad del árabe.

—Mirad, esta lengua os puede servir para esconder información.

—¿Es que tendré que esconder información? —Me atrevo a preguntar.

—¿Acaso no os ha dicho el cardenal que quiere que os infiltréis? Vos mismo me lo contasteis.

—Sí…

—Bueno, pues alguien que se infiltra tiene que simular ser otro cuando en realidad es uno y, para simular ser otro, tiene que inventar cosas del otro y callar cosas del uno.

Niego con la cabeza y le hago un gesto con la mano. Todo lo que dice me parece demasiado confuso y laberíntico, de modo que respondo con otra pregunta para cambiar de tema:

—¿Qué opináis vos de los moriscos?

—Que no han tenido suerte.

—Maestro, ¿vos sois musulmán?

—¡Soy cristiano! ¿Cómo, si no, podría colaborar con un cardenal?

—Pero ¿es sincera vuestra actitud?

—¿Lo veis, Cervantes? ¿Blanco o negro? ¿Negro o blanco? Deberéis averiguarlo. ¿Vos qué creéis?

Sin duda, es un hombre misterioso. Sé, porque me lo ha explicado, que fue comerciante en su juventud y que viajó por el Mediterráneo. Sé también que tiene un pasado oscuro, porque se niega a contármelo. ¿Tiene mujer, tiene hijos, los tuvo? Se lo he preguntado varias veces, pero nunca responde. Cuando constato que en esta ocasión tampoco me va a responder, continúo la charla con comentarios sobre la lengua.

—Es melódica la lengua árabe…

—Sí.

—El alfabeto árabe es bello.

—No lo llaméis alfabeto, llamadlo alifato o abjad.

—Alifato, claro, con la primera letra, *'alif*.

—Eso es. Aprendéis rápido. Pronto distinguiréis entre blanco y negro, estoy seguro. —Interrumpe sus palabras con una risa ronca y sincera, espontánea. Me sobresalto, ya que, en los dos meses que llevamos compartiendo las horas de la mañana y las de la tarde, nunca lo había oído carcajearse—. El cardenal me ha ordenado que, una vez que conozcáis la lengua, se lo haga saber. Yo creo que, con la rapidez con que aprendéis, en poco tiempo más lo habréis logrado.

—¿De veras no sabéis hacia dónde me dirigiré?

Ricote sonríe con placer. Y me lanza una de sus miradas profundas y enigmáticas mientras me indica con el dedo los estantes de libros donde, lo sé porque me lo ha dicho ya en varias ocasiones, se almacena la sabiduría de los grandes filósofos árabes.

—Yo no tengo la respuesta. Lo único que sé es que debéis seguir leyendo, y pensando… Acabaréis por descubrir que las cosas importantes se revelan cuando deben ser reveladas, ni antes ni

después. Solo hay algo que no debéis olvidar nunca…

Ha vuelto a poner ese tono que precede a las grandes revelaciones.

—¿Qué es?

—Nunca debéis olvidar, pase lo que pase, quién sois.

—¡Yo sé quién soy! —le contesto con energía.

—Bien, pues no lo olvidéis. Vayamos ahora a los números. Repetid conmigo: *wahid*…

Aunque da la impresión de que se ha burlado de mi comentario, obedezco y comienzo a repetir los números:

— *Wahid*.

Pero mi voz ha perdido toda energía, y Ricote me lo recrimina elevando el tono en el número dos:

— *Athnyn*.

De repente, veo en esa palabra una pista.

— *Athnyn?*

— *Athnyn*! —insiste con énfasis.

Me mira fijamente. Y yo repito: *athnyn*. Esa palabra estaba junto al garabato enigmático. Bueno, me voy acercando. Ahora ya sé que *athnyn* es

«dos».

— *Thlath*… —prosigue él con el tres.

Se van combinando en armonía nuestras dos voces en una melodía monótona que se pasea por entre los volúmenes de la biblioteca y las paredes repletas de cuadros. Seguiré aprendiendo árabe hasta el momento justo en que los secretos me sean revelados, pero me quedo con varias ideas: en el papel donde está escrito el garabato en árabe hay también un

«dos», las cosas pueden ser diferentes de lo que parecen ser y nunca debo olvidar quién soy.

Espía

Cartagena, finales de 1569.

Aprendí árabe y ahora ya sé exactamente adónde debo ir y para qué: Galera, el pequeño pueblo de la Alpujarra donde los moriscos se han atrincherado, donde he de infiltrarme para pasar información a don Juan de Austria, que estará acampado cerca con sus tropas, al acecho. No conozco al hermanastro del rey, pero me lo han descrito: apuesto, joven, valeroso.

Repuesto de la sorpresa inicial, esta misión me parece fantástica. Voy a luchar junto a los mejores. Y, si lo hago bien, me ganaré el favor del rey y podré formar parte de los tercios.

Tal y como me había indicado el cardenal, al llegar al puerto de Cartagena, me he acercado a una taberna, de paredes oscuras y jarapa verde en la puerta, y me he identificado con el nombre cristiano falso que han inventado para mí. Al instante, el tabernero me ha pedido que lo siga a las cuadras. Ciertamente, parece que la red de espionaje del rey Felipe está bien preparada.

Aunque prefiero comer y beber alguna cosa antes de emprender viaje, no me atrevo a pedirlo. Pero, como me han facilitado una bolsa con monedas en Italia, imagino que tendré ocasión de detenerme a reponer fuerzas en alguna venta del camino.

—Este será vuestro caballo. Lleváis comida y vino en las alforjas.

Sonrío. El hombre me ha leído el pensamiento.

—Gracias.

—Deberéis devolverlo sano y salvo cuando regreséis. Volveréis a dar vuestro nombre, y os conseguiré pasaje en la primera galera que parta de vuelta a Italia.

No quiero decir nada, pero considero que, si mi misión acaba bien, quizá no regresaré a Italia. Puede que me gane el favor de don Juan de Austria y tal vez me lleve a la corte con él. Cabe la posibilidad, sueño, de que llegue a ser cronista del rey… Sea como sea, sí regresaré a la taberna para devolver la cabalgadura.

—¿Estaréis vos? —pregunto sencillamente.

—Supongo, si no tardáis demasiado. He de partir de viaje en unas

semanas. Por si acaso, si estuviera mi mujer, ella conoce también vuestro nombre. ¡Ah! Lo olvidaba… Tened.

Sus manos, de dedos gordos y rojos acostumbrados al frío, me alargan un objeto. Miro de hito en hito al tabernero.

—Es el antifaz…, para el camino. Si no os queréis quedar ciego, os aconsejo que lo utilicéis. El viento por estos parajes es el mayor enemigo.

Sin hacer comentario alguno, lo guardo entre las alforjas. Sé lo que es un antifaz. Muchas veces antes lo he utilizado en los peregrinajes por los agrestes caminos de mi infancia siguiendo a mi padre en su búsqueda de trabajo. Y, sin más dilación, monto. Me ha dicho el tabernero que, si me apresuro, llegaré a tiempo para hacer noche en la siguiente venta, a medio día de allí. De modo que emprendo el camino calculando que me detendré a comer algo de lo que llevo en las alforjas en un par de horas.

Cabalgo con calma, a buen ritmo. La montura es buena y se deja guiar.

Recorro campos húmedos, vegas arenosas, huertas en barbecho, pueblos de puertas cerradas y ventanas entornadas. «En un lugar de la Mancha…».

Estas palabras se me habían quedado grabadas en la memoria desde que leyera, años atrás, un romance que corría en pliego suelto por las calles. No sé por qué ahora se me van repitiendo al ritmo del cabalgar tranquilo de mi montura, como una letanía. «En un lugar de la Mancha», como este lugar, solitario, agreste y lleno de polvo, tan parecido a los lugares solitarios, agrestes y llenos de polvo de mi infancia. Me coloco el antifaz. Tiene una redecilla en la parte de los ojos que permite ver al tiempo que amortigua los ataques de la arena y las hojas secas. Realmente, los vientos son látigos en

estas tierras. No estoy en la Mancha, ni siquiera estoy cerca, pero me parece que todos los pueblos son uno, todos los pueblos el mismo pueblo. Una jornada tras otra, cada paso de mi montura es el mismo paso, helado por el viento que me azota ya sin clemencia en un cabalgar desagradable que, con el paso de las horas, se va convirtiendo en rutinario. A ratos dormito, en ocasiones me detengo, y siempre vuelven a mí las palabras del verso de ocho sílabas —«En un lugar de la Mancha…»— que va acompañándome en el galopar de los siete días que invierto en llegar a Orce, el diminuto pueblo del interior

que es mi primera escala.

Cada vez que paso por uno de los pequeños núcleos habitados, estudio el mapa que llevo conmigo. Me lo dio el cardenal, junto con una carta en la que constan todos los detalles de la misión que me ha encomendado. Ahí figuran los nombres falsos que han inventado para mí —el cristiano y el moro—, el recorrido que debo seguir, algunas informaciones estratégicas para pasar desapercibido simulando ser musulmán y la contraseña en caso de que me intercepten las tropas españolas. La carta, la tenía que haber destruido, pero preferí guardarla como prueba, por si no me creían los soldados del rey.

Muestro el mapa allá por donde voy. Los labradores pacientemente me indican la ruta para llegar a destino.

—Ese pueblo es un paraíso rodeado por un infierno —me sorprende un campesino, cuando ya ando cerca del lugar—. Unos verdes prados en medio de montañas ariscas y huecas —aclara, al ver que no comprendo la referencia a infiernos y paraísos ni tampoco a qué se refiere con eso de la oquedad de las montañas.

—¿Es que hay montañas huecas? —pregunto al cabo.

—Tienen agujeros en los que viven algunos…

—¿Viven en agujeros?

—Cuevas. Las montañas están repletas de ellas, y hay muchos que viven dentro.

Sí, recuerdo haber oído algo de eso. También en algunos pueblos de Granada hay cuevas donde se alojan gentes. Y enseguida empiezo a distinguir agujeros negros que, a medida que me acerco, se van haciendo mayores y se convierten en boquetes que se abren en las áridas paredes. El

contraste con la verde vega de la llanura es grande. Y por fin sé que, al fin, ciertamente estoy llegando.

No me resulta difícil encontrar alojamiento en una venta de las afueras del pueblo, y decido invertir algunos días en dejarme ver por las calles justo en los ratos en que los lugareños se reúnen alrededor de una enorme chimenea, mientras algún tipo lee al calor del fuego. Empiezo a confraternizar con las gentes en cuanto me ofrezco a leer. Aceptan encantados de que una voz distinta a la que están acostumbrados les deleite con las aventuras de los libros de caballerías

que atesoran en una caja de madera. Recito con histrionismo para mantener al público interesado.

Empiezan así a confiarse, y me admiran porque sé leer y entonar. Y todo ello lo hago con un claro objetivo: que me inviten a una casa morisca, cosa que debe de ser muy sencilla porque, según consta en la carta que me dieron en Roma, Orce es uno de los hervideros de resistentes.

—¿Por qué habéis vuelto a España? ¿Acaso Italia no os trata bien?

—Siempre queda la nostalgia.

—Pero viajar es muy costoso…

Me miran con recelo. Hay que estar muy seguro de a quién se le hacen las confidencias. Las paredes oyen.

—Valía la pena el viaje.

—No es que Orce sea un paraíso…

—La verdad es que no es Orce mi destino. Quiero decir que voy de camino.

—Pues mucho os habéis entretenido.

—Hacía tiempo que no tenía tantas buenas historias a mi alcance y, además, gentes dispuestas a escuchar cuando leo.

—¿Os gustan las letras?

—Más que ninguna otra cosa.

Tras una hora larga de charla con uno de los lugareños que más se ha interesado por mí, el tipo me invita a su casa. Ha imaginado, por los guiños a la cultura y la religión árabe que cuidadosa y discretamente he incluido en la charla, que soy morisco. Y sé que ahora quiere asegurarse. Si estoy allí para unirme a la lucha contra las tropas españolas, es seguro que seré bienvenido, pues sé que necesitan refuerzos desesperadamente. Esperan un

ataque inminente, y contar con un soldado más o menos puede significar, para ellos, vivir o morir. Por sus miradas y preguntas, me doy cuenta de que también se plantea la posibilidad de que yo sea un espía, alguien que pretenda conocer sus planes para filtrar la información a las tropas del rey.

Todavía desconfiado, me observa con detenimiento; veo cierto recelo en él mientras vamos de camino a su casa. Me dice su nombre, Pedro Ramírez de Tudela, y me pregunta el mío. Doy, como en la taberna de Cartagena, el nombre cristiano que se han inventado para mí. Poco a poco, nos alejamos del centro del pueblo. Yo también lo observo y analizo todo a mi alrededor.

Nunca he estado en ninguna cueva habitada, así que, cuando llegamos al agujero en la montaña cubierto por una pesada cortina, quedo fascinado.

Parece que vamos a entrar en un pequeño zulo, pero el interior se abre con amplitud en una estancia que hace las veces de salón. En realidad, es enorme.

Mi anfitrión explica que es típico en esta zona horadar un hueco en la pared de la montaña e ir abriendo dependencias según la necesidad de cada familia. Resulta fácil agujerear la piedra, porosa, y las paredes se mantienen compactas, de modo que no hay riesgo de derrumbe. En su caso, con seis hijos, esposa y padres, ha trabajado la piedra hasta crear un laberinto de más de diez habitáculos.

Al verme entrar, una mujer, que supongo que es la suya, esconde el rostro tras un velo tupido y se escabulle. Yo observo su figura escurridiza con atención mientras ella desaparece silenciosamente en lo que parece ser la cocina, dado el olor a comida que proviene de allí.

—Veréis, en su casa, cada hombre vive como quiere.

Eso me dice Pedro Ramírez para explicar el comportamiento de la mujer. Pero yo ya estaba avisado de que tal costumbre es propia de los moros, y me felicito interiormente por haber acertado a la primera y haber dado con una familia morisca. De aquí podré sacar información.

—Mi madre hacía lo mismo —me aventuro.

—¿Ya no lo hace?

La pregunta sostiene un tono intrigante. ¿Acaso es una morisca que ha renegado totalmente de Alá? ¿Quizá pertenezco a una familia de conversos que han olvidado sus costumbres musulmanas?

—Murió hace años. Y recientemente mi padre. Por eso he vuelto.

Ahora sí que el hombre me mira con interés, como solicitándome que le explique más. Sin embargo, guardo silencio, simulando dolor en el

recuerdo. No tarda él en intervenir:

—Lo lamento. ¿Tenéis propiedades aquí? ¿Es esa la razón por la que habéis regresado?

—Es el momento de poner a prueba mi árabe. Me siento en el suelo, cruzando las piernas, y le pregunto si puedo confiar en él:

— *Ymkn 'an 'atahq bik*?

Pedro Ramírez, boquiabierto, abre unos ojos enormes. Yo quedo a la expectativa. El corazón me late con fuerza. Quizá mi pronunciación ha sido incorrecta. Tal cosa podría costarme la vida. Si descubren que soy un espía, me matarán. Eso lo sé. Espero unos segundos, aguantando la respiración, simulando calma.

— *Madaa alhayaa!* —exclama finalmente.

«Siempre». Respiro de nuevo. Pienso en Giordano dal Ricote, mi maestro en Roma, y agradezco todos y cada uno de los minutos que dedicó a enseñarme su lengua, esa lengua que ahora me salva la vida.

* * *

Como Pedro Ramírez me ha dicho que siempre puedo confiar en él, empiezo a relatar las falsas confesiones aprendidas de memoria para cuando llegara el momento. Este momento.

—Veréis… He venido a buscar un tesoro que mi padre escondió antes de marchamos. La presión contra mi familia era muy grande y tuvimos que huir, dejándolo todo atrás. Vivíamos en Ronda.

—En Ronda… Allí quedan muchos que resisten.

—Sí, lo sé.

Debo ir con cuidado, pienso. Yo, en realidad, nunca he estado en Ronda, así que cualquier desliz al dar detalles sobre lugares concretos revelará mi mentira. Procuro hablar poco y dejar que sea él quien lleve el peso de la conversación.

—Por lo visto, hay grupos resistentes en las montañas.

—Sí, monfíes.

Suspiro. Llevo la lección bien aprendida. Y eso sí lo puedo utilizar

para darle verosimilitud a mi apego a la causa de los resistentes.

—¿Los conocéis? ¿Tenéis todavía allí familia o amigos?

Sigo caminando por terreno peligroso. Quizás el hombre, que ahora se ha sentado en el suelo frente a mí, tiene algún contacto entre los insurrectos de la serranía de Ronda.

—Sí, conozco a los monfíes. Y no, familia no me queda.

—¿En qué lugar de Ronda vivíais?

—Veréis…, la verdad es que yo era muy niño… Recuerdo un gran tajo entre las dos paredes de piedra… Un pueblo dividido…

Pedro Ramírez me mira con sospecha. Muchos conocen ese accidente geográfico de Ronda sin haber estado nunca. Saber eso no es una garantía de haber vivido allí.

—Pero, si vais hacia Ronda, ¿qué hacéis aquí? ¿Por qué os detenéis tanto en este pueblo olvidado? No creo que se trate solo de que os guste leer ante gentes que os escuchan…

Es el momento de dar verosimilitud a mi coartada.

—Mi padre enterró todas sus riquezas muy cerca de aquí —suelto—. En su huida, le contaron que, antes de embarcar, les quitaban todas las pertenencias a los moriscos que abandonaban el país…

Pedro Ramírez me mira con sumo interés. Asiente a medida que hablo como para animarme a continuar.

—Al llegar a estos parajes, a mis padres les pareció que era un buen lugar para enterrar las joyas y el dinero. Me lo explicaron cuando aún era joven, pero ya se sentían viejos pana regresar… Y por eso me hicieron prometer que un día, cuando ellos murieran, volvería para buscar el tesoro familiar. Ese tesoro es mi herencia.

Hago una pausa efectista en el discurso y rebusco entre mis ropas.

Extraigo con cuidado el mapa arrugado donde están escritos los nombres de los pequeños pueblos que debo recorrer. Procuro no temblar. Debo esconder mi nerviosismo para disimular la mentira.

—Mirad… Tengo un mapa.

Le enseño el papel doblado y arrugado que representa de forma

rudimentaria todos aquellos lugares en los que yo nunca he estado. Como no hay ninguna marca que indique que proviene de las estancias del cardenal, muy bien podría tratarse de un dibujo hecho en el pasado por mi padre para darme las pistas de dónde buscar el tesoro.

—¿Y vos? ¿No los acompañabais?

Está claro que Pedro Ramírez es un hombre precavido. Quiere asegurarse de que mi historia es verdadera.

—Sí, yo iba con ellos, pero, como os he dicho, era aún muy niño. No sé bien en qué lugar enterró nuestras riquezas. De todas formas, ni siquiera este mapa me ayuda mucho. Cuando busco en mis recuerdos de los tres años solo encuentro tierras áridas y mucho miedo.

—Lo lamento… Yo sí conozco bien estos lugares. Puedo ayudaros, si así lo deseáis, a encontrar ese tesoro. ¿Recordáis algún detalle? ¿Algún árbol? ¿Alguna piedra con forma peculiar? Hay muchas por estos contornos. ¿Os hablaron de algo así?

—Sí, había… Una roca con forma de mujer tendida sobre el costado, sí.

Me lo explicaron mis padres muchas veces.

—¿Una roca con forma de mujer…?

Me doy cuenta al instante de que seguir por un camino de invenciones es arriesgado. Me está ganando la ficción. He empezado a salirme del guión, y Pedro Ramírez puede pillarme en una contradicción con facilidad.

Debo ir al grano.

—Sin embargo, a lo que de verdad he venido es a unirme a los hermanos que resisten ante los cristianos en Galera. Todo el mundo que viene a Italia desde España habla de ello. Son héroes. Quiero compartir su guerra. Primero lucharé, y después buscaré el tesoro de mi familia.

El hombre, cauteloso, me sigue mirando con recelo. Sé que todavía está sopesando mi historia, tratando de discernir si soy un espía. No está seguro de la veracidad de mis palabras. Veo la sospecha en su rostro. Quizá me he sincerado con demasiada facilidad. En realidad, caigo ahora, él no ha mostrado ninguna costumbre árabe en la

taberna. Parece haberme leído el pensamiento. Callo un momento al ver el gesto de su mano, que me indica silencio porque aparece su mujer. Ha entrado en la sala con una bandeja en

la que humean un par de tazas y chocan entre sí algunas bandejillas de barro que contienen dátiles y dulces impregnados en miel. El aroma del té con menta se extiende por la estancia. Ella sirve las tazas con delicadeza, mientras su marido y yo miramos hacia el suelo, sin decir nada. Sé que no he de mirarla. Solo cuando la mujer se aleja, Pedro Ramírez vuelve a hablar:

—¿Por qué confiáis en mí? Podría delataros.

—No comisteis nada en la taberna de la posada ninguno de los días que coincidimos —decido arriesgarme.

Una sonrisa se dibuja en sus labios. También él habrá observado lo mismo en mí, puesto que he tenido mucho cuidado de tomar solo las viandas que llevo en las alforjas y en la alcoba de la venta, a escondidas. La comida puede delatar a un hombre y dar una pista de su religión, por lo que comer es algo que se ha de hacer en la intimidad si se quiere preservar la identidad. Los musulmanes solo pueden consumir comida *halal; kasher*, los judíos. Ninguno de los dos puede probar carne de cerdo, pues es señal de cristiano viejo. Y este detalle sí lo he cuidado bien.

—Ni vos.

—No, ni yo.

—Solo *halal*. Aquí, en casa, estoy seguro de que es así.

—Eso es. Sois muy suspicaz. Me estudiasteis bien… —Pedro Ramírez ríe ahora con más confianza—. ¿Cómo me habéis dicho que os llamáis?

—No os lo he dicho todavía.

—Dos hombres no pueden compartir una mesa si no conocen su nombre. El mío es Cacelmi ben Haudalac. ¿Cuál es el vuestro?

Ha llegado el momento de estrenar mi nuevo nombre moro.

—Hamete Benengeli.

Nos miramos fijamente durante unos segundos. Es un momento

importante. Conocer nuestro nombre auténtico es un signo de confianza, y siento cierta culpabilidad por la mentira. Sin embargo, no tengo otra opción.

Estoy aquí para esto. Me doy cuenta de que, en escenarios de espionaje, ser fiel a unos implica traicionar a otros.

Para que afiance su confianza en mí, me preparo a cumplir algunos rituales. Giordano me ha instruido bien en el protocolo. Antes de probar el

alimento, le muestro las manos, como señal de que quiero lavármelas.

Cacelmi asiente con una sonrisa y me lleva hasta una palangana. Una vez allí, vierte agua limpia sobre mis manos, y yo hago lo mismo sobre las suyas. Recuerdo también que solo puedo utilizar la mano derecha para comer y que debo sentarme en el suelo, así que, sin dudarlo, vuelvo a acomodarme en uno de los grandes cojines junto a la pared. Cacelmi sonríe y se relaja. Empezamos entonces una charla más seria, la que planeará la tarea que nos ocupará las próximas semanas.

Cacelmi ben Haudalac me confiesa que también él tiene intención de unirse a los rebeldes de Galera. Iremos juntos, si yo quiero. Me ayudará a desenterrar el tesoro y, luego, lucharemos contra los nobles cristianos.

Acepto, pero le repito que prefiero hacerlo al revés. Primero lucharemos, y después desenterraremos el tesoro. No podemos arriesgamos a dejar solos a los compañeros de Galera frente a los soldados españoles. Argumento que me consta que el ataque es inminente. Él también lo sabe, por otras fuentes.

Entiendo, en su silencio, que Cacelmi piensa que quizá moriré en la lucha y que no habrá modo de recuperar las joyas y el dinero, pero no lo dice.

Una vez acabada la cena, acordamos encontrarnos al día siguiente a la salida del sol para viajar juntos hacia Galera. Yo iré en mi caballo, que habrá reposado en la venta ya suficientemente de las jornadas anteriores; Cacelmi, en el suyo.

Horas después, al amanecer, un precioso ejemplar negro, con el cuello arqueado y fuerte, con la crinera larga y de proporciones equilibradas, confiere una elegante belleza al hombre que lo monta. La figura de Cacelmi se recorta a contraluz. Parecen una espléndida pareja mitológica, caballo y caballero, bajo el primer sol dorando el pelo de

ambos. Durante un segundo fugaz, me viene a la mente la imagen de aquella cara cortada por el duelo, en otro amanecer del pasado, con una luz muy parecida a esta.

Ahora, el momento es muy distinto. Estoy a punto de empezar otra

ˆventura, tras haber aprendido un nuevo idioma, después de haber cruzado el mar Mediterráneo, otra vez en la clandestinidad, escondiéndome en otros nombres de la orden de búsqueda y captura que pesa sobre Miguel de Cervantes Cortinas.

Tras admirar la montura del que me será guía, lo saludo.

— *As-salâm alaik!*

— *Alaik as-salam!* —contesta Cacelmi—. Pongámonos en marcha para llegar cuanto antes.

La mujer de canela

Galera (Granada). Horas más tarde.

Cabalgamos durante unas seis horas hasta llegar a Galera. A ratos íbamos en silencio, a ratos charlábamos sobre Italia, el mar y mil cosas inventadas que se me iban ocurriendo. Al fin apareció el pueblo en el horizonte. Cacelmi fue el primero en verlo.

—¡Galera!

El pueblo es tan pequeño como Orce, pero tiene más pendientes. De hecho, parece una fortificación, construido como está en la cima de una montaña. Me sorprende no ver a ningún soldado cristiano, y así se lo hago saber a mi acompañante.

—No hay soldados cristianos porque tuvieron muchas bajas hace unas semanas. El marqués de Mondéjar salió huyendo. Ahora se han replegado.

Galera es un bastión moro. Han venido muchos hombres desde Argel a ayudarnos, y también monfíes de los que viven en vuestro pueblo. Ahí dentro estaremos entre hermanos. Sin embargo, se dice que van a enviar multiplicadas las tropas del príncipe bastardo.

No le contesto. Estoy contrariado, porque pensaba que veríamos a algún cristiano al que pudiera preguntar, a escondidas, dónde encontrar a los soldados del rey. Sin embargo, es cierto que todo el

pueblo parece morisco.

Me incomodo. Sé que he de ponerme a disposición de don Juan de Austria cuanto antes. Es seguro que hace tiempo que me espera. Pero no tengo idea alguna de dónde diablos puede estar. El cardenal me había asegurado que

me aguardaría por los alrededores de Galera. Y, si no lo encuentro, no puedo pasarle la información que vaya consiguiendo, como tengo ordenado…

Estoy sumido en estos pensamientos, balanceado por el galopar cansado de mi caballo, cuando Cacelmi me avisa de que ya llegamos. Ahí está, en lo alto de la árida montaña de color ocre. Los caballos suben con alguna dificultad, pero, finalmente, logramos alcanzar la cima. Descabalgamos ante una puerta con una cortina muy parecida a la de la vivienda de Cacelmi en Orce.

—Venid. Seguidme.

Y al momento cruzamos las telas polvorientas que hacen las veces de puerta.

— *Marhaban!*

Cacelmi grita el saludo desde la entrada. Al fondo, dentro, se oye una voz que responde; una voz grave que llega amortiguada desde el fondo la roca. Poco después, un hombre apuesto, rozando la cincuentena, con la piel morena, los ojos negros y el cabello ensortijado, abraza afectuosamente a mi acompañante. Luego, Cacelmi hace la reverencia de cortesía habitual: con una leve inclinación del tronco, su mano recorre una línea imaginaria que empieza en el corazón, viaja hacia los labios y se dirige al cielo desde la frente. Corazón, boca, mente y al aire.

— *As-salâm alaik!*

— *Wa alaik s-salam!*

—¡Al fin habéis venido, mi buen amigo!

—¡Claro! Siempre cumplo con mi palabra. Llego, además, con refuerzos. Aquí tenéis a Hamete Benengeli. Ha venido desde Italia para recuperar un tesoro que escondió su familia al marchar al destierro. Pero, antes, está dispuesto a ayudamos. Si nos atacan en los próximos días, Hamete luchará con nosotros. ¿No es así?

—Así es.

Respondo al tiempo que saludo al estilo moro. De nuevo, corazón, boca, mente y al aire.

—Alí ben Huyaya es mi nombre —corresponde a mi saludo el hombre

—. Si sois amigo de Cacelmi, sois amigo mío. Sed bienvenidos a mi hogar.

Justo entonces, entra en la sala una muchacha cubierta con un velo de color azul celeste casi transparente. Ha aparecido por un pasillo oscuro y, sin mirarnos ni a Cacelmi ni a mí, murmura al oído de Alí ben Huyaya unas palabras que no logro escuchar. Él le da algunas indicaciones, también en un susurro. Involuntariamente, he visto el rostro de la mujer, y estoy anonadado ante tanta belleza. Pero ella vuelve a penetrar en la oscuridad de la que ha surgido momentos antes.

—Pero pasad. Querréis descansar del camino.

Aceptamos gustosos el agua que Alí nos ofrece para asearnos. Nos ruega también que nos acomodemos. Poco después, reaparece la fascinante joven con una bandeja de plata y el servicio de un té con hojas de menta y bastoncillos de canela, que aromatizan la estancia. Me encuentro mirándola directamente a la cara, aunque sé que no debo hacerlo. Y ella me corresponde fugazmente con unos ojos enormes, rasgados y pintados con carboncillo, que destaca el blanco de sus ojos y realza el color oscuro de su piel. Durante unos segundos, me quedo hechizado. Solo me doy cuenta de que Alí ben Huyaya me está fulminando con la mirada cuando percibo la incomodidad de Cacelmi, que interviene para interrumpir la escena.

—Hamete, contadnos cosas de Italia. ¿Es tan artística como dicen? —Y, volviendo su atención a Alí, Cacelmi continúa—: Ha estado ilustrándome durante el viaje, pero es tan buen narrador que me he quedado con ganas de más…

Aunque no debo, sigo con la mirada la figura de la joven mujer mientras, de espaldas, tras colocar unas bandejas repletas de dulces a nuestro alcance, desaparece contoneándose por el pasillo. Cabello oscuro, caminar lento, ojos negros. El corazón me late con fuerza.

—¿Verdad, Hamete Benengeli?

—¿Cómo?

—Italia…

—¿Italia? ¡Oh, sí!

Y empiezo a explicar mil historias inventadas, pero verosímiles, sobre palacios y arte, y también de moros llegados allí huyendo de una España en la que se les perseguía por mantener sus costumbres. Cuento también relatos de confidentes que, en realidad, nunca existieron. Al cabo de un

rato, me doy cuenta de que mi cháchara, elocuente y ágil, pues estoy animado por la ficción de mis invenciones, empieza a cansarles, y decido callar.

Es entonces cuando Cacelmi me informa de que el plan es dormir en esa casa unos días, mientras preparamos las defensas por si las tropas del rey aparecen repentinamente. Estaremos allí un tiempo, un par de semanas, puede que más, quizá menos, quién sabe. Todo depende de cuándo se produzca el ataque del rey o de si podemos adelantamos nosotros y montarles una emboscada.

Media el mes de enero, y los días son gélidos. Al principio, me entusiasmo con la sabrosa comida y con el frío, que en el fondo me reconforta, pues me mantiene alerta. Y además vivo ilusionado con la esperanza de volver a ver a la joven morena. Sin embargo, diez jornadas después, cansado de comer cordero especiado y atún amojamado, sentado siempre sobre cojines dispuestos sobre jarapas de colores, no he vuelto a ver a la hija de mi anfitrión.

Me han adjudicado un pequeño habitáculo justo a la entrada, con una ventanita por la que se puede ver todo el pueblo. Solo una cortina cubre el pequeño hueco, de manera que el helor penetra en mis huesos. Me trae siempre Cacelmi la comida y la comparte conmigo. Me aconseja que no salga a pasear todavía por las calles, para evitar comentarios de los vecinos.

Ellos me presentarán cuando sea el momento oportuno.

Y Cacelmi, a quien no se le escapó el primer día mi fascinación por la mujer de la casa, me había prevenido: soy joven, y la mujer extremadamente bella, pero debo mantenerme alejado. Por él supe que es la hija menor de Alí.

—No debéis volver a mirar a la hija de Alí ben Huyaya a la cara. Ya lo sabéis. La mirada sobre la mujer es una ofensa.

—Lo sé. Os pido disculpas. No volverá a ocurrir.

Prosigo la conversación, excitada mi curiosidad por saber más sobre ella, pero simulando interés por toda la familia.

—¿Es la única hija de Alí?

—No, tiene cinco hijos. Tres varones y dos mujeres. La hija mayor y los tres hombres están ya casados. Solo viven aquí Alí y ella. Su esposa murió

el año pasado. —Detiene un momento su discurso y me mira. Al final, dice

—: Hamete…

—Decidme.

—Me habéis de prometer que nunca más la miraréis. No debemos violentar al hombre que nos acoge en su casa.

—Os lo prometo.

Pero no cumplo la promesa. Días más tarde, me quedo solo en la cueva.

Alí y Cacelmi han ido a reunirse con algunos cabecillas. Están planeando cómo resistir, y la estrategia de la batalla cuando llegue el día del enfrentamiento. Todavía me mantienen al margen. No me importa, pero sí que me incomoda no haber podido contactar todavía con las tropas españolas. Al no poder salir de la vivienda, con la excusa de protegerme de moriscos desconfiados, también me privan de las excursiones que me hubieran permitido llegar al campamento de los soldados del rey o ser contactado por alguno de los suyos. Mi llegada al pueblo sigue siendo un secreto, y Juan de Austria debe de estar esperándome hace ya tiempo.

Estoy solo, pues, cuando escucho el ruido de la loza y el metal de las bandejas al fondo del pasillo. Me atrevo a ir hacia allí, tras el murmullo de la vajilla. A medida que me voy acercando, el corazón me late con más fuerza. Sé que voy a volver a ver a esa mujer fascinante. Cuando me topo con los ropajes de la cortina que da acceso a la cocina, donde la figura femenina debe de estar poniendo en orden el menaje a la luz de muchas velas, percibo el sutil olor a canela que tanto me agrada. Es el mismo aroma del primer día, cuando nos trajo el té con menta. Me embeleso con la imagen: piel

tostada de canela, aroma tostado de canela…

Carraspeo para que se gire. Ella, como si estuviera esperando mi visita, se vuelve hacia mí con calma. No lleva puesto el velo. Su cabello oscuro baja en una cascada por la espalda, anudado por una cinta de color indefinible en la penumbra. Sus ojos negros, negrísimos, brillan con el reflejo de la vela temblando en sus pupilas. La boca, de labios gruesos, está entreabierta por la sorpresa, y se adivinan unos blanquísimos dientes alineados. Nos miramos durante unos segundos que me parecen todas las horas que caben en el tiempo detenido. No hablamos. Solo nos miramos. Su belleza oscura frente a mi piel clara.

De pronto, se sobresalta y me indica con un gesto rápido de las manos que me vaya. Parece repentinamente nerviosa. Aguzo el oído. Se distingue el sonido de los cascos de los caballos en la entrada. ¡Alí y Cacelmi vuelven antes de lo previsto! Todavía la miro una vez más, saboreando la piel tersa y morena de la mujer que no ha escondido su rostro ni tampoco ha bajado su mirada de fuego ante mí. Corro luego por el pasillo hasta mi pequeña cueva dentro de la gran cueva. Jadeo, tiemblo, pero llego a tiempo. Ahora debo disimular. Me llaman desde fuera.

—¡Hamete! ¡Hamete! ¡Venid!

Simulo estar medio dormido al asomarme a la ventanita que da al exterior.

—¿Qué deseáis?

—Venid. ¡Ha llegado el momento!

Salgo, repuesto ya de la carrera por el interior de la vivienda. Cacelmi y Alí han venido acompañados de media docena de hombres. Me presentan, y correspondo a los saludos. Dedos en el corazón, en los labios, en la frente y hacia el cielo… Una vez, dos, seis.

Han descubierto que las tropas cristianas andan acampadas en una llanura escondida tras las montañas. «¡Los han encontrado! ¡Al fin! ¡Ahora podré contactar con ellos!», me digo. Uno asegura que, en su incursión, distinguió a un alto mando que, por las ropas que lleva, debe de ser el emisario del rey «Juan de Austria». Parece claro que van a atacar en breve, porque están bien abastecidos. Por lo visto, son muchas las tiendas de campaña, de forma que debe de haber alojados allí miles de soldados. Han visto también provisiones para muchos hombres y varios días. Otro, en la distancia, ha logrado vislumbrar el interior de la tienda de armas; está repleta de arcabuces, picas y

rodelas. Las espadas deben de dormir al lado de cada soldado. Hay sitio para muchos más de los que han visto. Seguro que llegarán más tropas, pero están convencidos de que el ataque a Galera es inminente.

—¿Y qué vamos a hacer? —Lo pregunto intentando no parecer demasiado ansioso.

Es Cacelmi quien responde:

—Esto es lo que vamos a hacer…

Procuro memorizar las indicaciones para encontrar el lugar en el que aseguran que está el campamento cristiano. No conozco el terreno, pero debo acercarme hasta allí hoy mismo, en cuanto oscurezca. ¡Tengo que advertir a don Juan de Austria de que corre un grave peligro! Las horas que me separan de la noche trascurren con una lentitud exasperante. Después de conversar con Alí y Cacelmi, después de compartir comida y cena, después de ver salir la luna y todas las estrellas, al fin se despiden de mí hasta el amanecer del día siguiente. Debemos descansar, dicen, aunque sea apenas unas pocas horas. Al día siguiente, los voy a acompañar. Me lo dicen con emoción en la mirada, como concediéndome el regalo de la venganza.

Solo cuando el silencio es como una manta sobre el pueblo, me aventuro a salir. Compruebo que ningún ruido se oye fuera ni dentro de la cueva y me abrigo todo lo que puedo. Esta noche de febrero en la montaña de Galera es inhóspita. Parece que el campamento no está lejos, así que voy a ir a pie.

De ese modo evitaré el riesgo de que los caballos relinchen y despierten a los que duermen. Horas antes, tomé la precaución de coger a escondidas un candil de la zona de la cocina para iluminarme durante el camino, aunque la luna llena baña de una luz lechosa el entorno. Corro la cortina de mi alcoba y salgo con sigilo.

Al iniciar el descenso por las callejas inclinadas del pueblo, me siento observado. Un escalofrío me recorre el cuerpo. Miro hacia la cortina que cubre la entrada de la cueva por donde acabo de salir, y tengo la impresión de que, bajo el reflejo de la luna, se mueve la ropa de la entrada. ¿Me han descubierto? ¿O es producto de mi imaginación?

Me detengo, con el corazón en la boca. Las estrellas me observan.

Aunque podría alegar, si me descubrieran, que me apetecía pasear en la noche, el candil en la mano y la temperatura gélida les harían desconfiar. De modo que, si alguien da la voz de alarma, saldré

corriendo hacia el campamento de *Juan de* Austria y no *regresaré jamás*. Si nadie dice nada, volveré. No sé qué prefiero. Huir significaría que se ha acabado la obligación de esconderme, de fingir que soy otro. Regresar me daría la posibilidad de seguir consiguiendo información valiosa y, lo que es más importante, tendría una nueva oportunidad de ver a la mujer de canela.

Sigo esperando. Solo escucho mi propia respiración, todo es silencio.

Todavía aguardo unos minutos más, hasta que achaco mi temor a imaginaciones infundadas, seguramente provocadas por la tensión del momento. Y entonces camino ladera abajo. Volveré. Iluminado por la luz blanca de la luna, con el candil inútil en la mano, me imagino con ardor sus intensos ojos negros siguiendo mi sigiloso descenso a través de las cortinas.

El caballero de los tres nombres *En el campamento de Juan de Austria. Poco después.*

Tardo poco más de media hora en llegar al emplazamiento donde, efectivamente, hay soldados españoles, caballos y tiendas de campaña. He tropezado varias veces e incluso me he caído una, pero, reponiéndome enseguida, no me he detenido más. Esta carrera me ha recordado la huida tras el duelo por los caminos polvorientos de Madrid, y también las noches que pasé al raso antes de llegar a Roma. Me maldigo interiormente porque coger el candil ha sido una supina tontería. En primer lugar, porque la luz de la luna es tanta que casi parece el amanecer y no me hace ningún servicio. En segundo, porque, de haberlo necesitado, no hubiera tenido modo alguno de prenderlo hasta llegar al campamento. Lo tomé sin pensar en cómo encenderlo y ahora es un estorbo, pero no puedo desprenderme de él.

Conforme me acerco al campamento, los vigías se ponen en alerta, porque mis pasos sobre la grava resuenan en el silencio de la noche, anunciándome. Hablo enseguida para evitar que me ataquen:

—¡Buenas noches nos dé Dios!

El par de soldados que hacen guardia están apuntando sus armas directamente hacia mí. He tenido la precaución de quitarme el turbante que me ha dejado Cacelmi y que, en Galera, llevaba puesto al modo moruno.

Sin embargo, ahora, tras deshacer el lío del pañuelo, me he cubierto con él como si fuera una capa española. Levanto el candil apagado en la mano.

—¿Quién anda ahí?

Me quedo quieto frente a ellos. La luz lechosa de la luna no es suficiente para que distingan mi rostro. Me acercan una antorcha que casi me quema la cara.

—¡Santo y seña!

Sé lo peligroso de la situación. En medio de la noche, dirigirme directamente a dos soldados que hacen la guardia nocturna y… ¡quedarme en blanco! He olvidado la contraseña. En el ejército se dan muchas bajas porque la oscuridad no permite distinguir entre un afín o un enemigo, y los soldados de guardia, ante la duda, prefieren matar que arriesgarse a morir.

Además, habitualmente cada día se cambia el código, pero, como mi viaje era largo y ajetreado, sin saber exactamente cuándo iba a poder dar la clave, el cardenal me había proporcionado unas palabras que debían servir siempre. Una especie de contraseña universal. Los soldados de Juan de Austria lo sabían o, por lo menos, eso me aseguró el cardenal. He memorizado esas palabras, las he repetido una y otra vez, las conozco, pero me he quedado en blanco. Uno de los hombres me apunta directamente con el arcabuz; el otro me roza con la pica. Todavía me permiten la licencia de contestar la segunda vez que me piden la contraseña.

—¡Santo y seña!

Al fin, como salido de un agujero que llega desde lo más profundo de la tierra, suelto:

—¡En palabra y obra!

Tras un momento de duda, los guardias bajan las armas. Es el lema de la orden trinitaria, comunidad protectora de los soldados cristianos. Y debo de haberlo pronunciado correctamente. Según el evangelio de san Juan, Dios dijo a los hombres que no se amaran los unos a los otros solo de palabra y boca, sino también con verdad y acción. «En palabra y obra»; y eso debo decir cada vez que, en esta misión, sea interpelado con la petición de un santo y seña por un soldado cristiano.

—¿Quién sois?

—Un emisario del rey Felipe, del papa Pío y del cardenal Acquaviva.

Traigo un mensaje urgente para su alteza, el príncipe don Juan. Me espera.

—¿Cómo os llamáis?

—¡Es urgente!

—¿Cómo os llamáis? —repite alzando la voz.

El tono impaciente del soldado es inequívoco. Está claro que aquí son los soldados del rey los que deciden cuándo se habla y qué se tiene que decir. Aceptándolo, doy el nombre cristiano que han inventado para mí.

—Alonso Quijano.

—¡Esperad aquí!

El guardia con el que he hablado desaparece entre la red de tiendas de campaña, mientras el otro sigue apuntándome en el silencio oscuro. El frío de la noche me hace tiritar. Pocos minutos después, reaparece el primer hombre.

—Está bien, Alonso Quijano, seguidme.

Voy tras él a través de la serie de cuerdas y palos que sostienen las telas de las tiendas de campaña. En el recorrido, veo soldados dormidos junto a pequeñas hogueras y sacos con víveres. Yo sigo con el ridículo candil apagado en la mano. Dejarlo tirado podría ser la prueba de que he estado allí.

Al fin, llegamos a una tienda que se distingue de las otras por los ropajes de terciopelo que cubren la entrada. Se intuyen de color rojo a la luz amortiguada de alguna hoguera medio apagada.

—Pasad —dice sin más el soldado que me ha servido de guía, corriendo la cortina de acceso como invitándome a entrar.

—¡Adelante!

Esta vez la voz ha tronado desde el interior de la tienda, una voz grave y autoritaria. Allí me encuentro con la figura de un hombre al que supongo de la realeza, tal es la altivez con la que me mira desde el resplandor amortiguado de las velas que se distribuyen por todas partes. Es tan joven como yo, tan joven como el cardenal Acquaviva. Viste con lujo aristocrático y sostiene una copa de plata en la mano.

—Alonso Quijano… —dice después de beber un sorbo—. ¿Vos no sois Alonso Quijano, no es cierto?

—Sí soy.

—Ese es el nombre que os ha dicho Acquaviva que debéis darme, pero yo quiero conocer vuestro nombre auténtico.

—¿Os referís al que uso como moro?

—No. Me refiero al vuestro, al que os pusieron al nacer.

Quedo un momento pensativo, valorando si debo o no revelar mi secreto. Yo no debería estar en España, adonde se supone que no puedo regresar durante diez años, pero tampoco puedo desobedecer al príncipe Juan, quien, en este momento, es el máximo representante de la corona española. Al fin y al cabo, he venido hasta aquí y me estoy jugando la vida para ayudarlo.

—Mi nombre es Miguel de Cervantes Cortinas, señor —decido al fin contestar.

—Miguel de Cervantes Cortinas, Alonso Quijano, Hamete Benengeli…

Constato, como imaginaba, que lo único que quería era confirmar mi identidad, puesto que ya conoce todos mis nombres: los dos inventados, y seguro que también el auténtico. Asiento.

—Bien, caballero de los tres nombres, ¿habéis conseguido información?

—Mañana, antes del alba, en realidad hoy, en unas horas…, seréis víctima de un ataque. Van a envenenar a todos vuestros caballos con aguas putrefactas y, después, el objetivo primero seréis vos. Tienen planeado decapitaros.

Estalla el hermano del rey en una risa que me parece más histriónica que histérica. Al cabo logra decir, entre toses:

—Decapitarme…

Cacelmi me había explicado el plan con detalle: «Mañana, antes de salir el sol, vamos a dar de beber agua corrompida, en la que se han macerado animales muertos y plantas venenosas machacadas, a los caballos enemigos.

Estaremos al acecho. Con los primeros rayos del día, cuando los

cristianos, recién despertados, amanezcan bajo los efectos de la sorpresa de ver a todos los animales yertos por el suelo, entonces los degollaremos. Mataremos primero a Juan de Austria. Una vez muerto su líder», había afirmado, «será más sencillo deshacerse de los otros mandos. Los soldados de a pie, probablemente, van a huir, como ya hicieron semanas atrás».

Los moriscos están felices de tener la oportunidad de acabar con el hermano bastardo del rey de España. Mientras Cacelmi explicaba el plan, los demás lanzaban gritos eufóricos, y yo pensaba en cómo escabullirme

para llegar cuanto antes a este campamento y avisar a unas tropas que, al fin y al cabo, son también las mías.

Ahora, Juan de Austria se ha quedado pensativo.

—Todavía no han llegado todas las tropas que espero…

—Pero debéis estar prevenidos. Han venido muchos refuerzos de Argel y están ya preparados. Yo puedo intentar retrasar la carga un día, pero no creo que me hagan mucho caso, porque soy solo un recién llegado. He tenido suerte de que no hayan sospechado de mí. De momento, no desconfían.

—Claro… Y, si retiramos nuestras cabalgaduras, sabrán que ha habido una filtración. Si vos sois el recién llegado, seréis el sospechoso principal…

Necesito que sigáis con ellos.

Queda durante unos segundos en silencio el hermano del rey, reflexionando. Da vueltas por la tienda arriba y abajo. Yo no dejo de observarlo; parece un majestuoso animal enjaulado. Al final, mirándome intensamente, dice:

—Mirad, caballero de los tres nombres, esto es lo que vamos a hacer.

Sangre

Galera (Granada), 10 de febrero de 1570.

La batalla de la que no puedo hablar.

Apenas una hora después de haber salido del pueblo, tomo el camino de regreso. La noche sigue helada y pálida, bañada por la luz brillante

de la luna. Cuando encaro el último tramo, ya cerca de la cueva de Alí ben Huyaya, me parece, de nuevo, ver una sombra, un tímido movimiento de la tela que hace las veces de puerta.

Pero constato, otra vez, que no hay nadie, y entro con rapidez a mi habitáculo. Afortunadamente, está justo a la entrada de la vivienda. No quiero arriesgarme a que me pillen devolviendo el candil a su lugar, de modo que lo dejo bajo el jergón y me meto sigilosamente entre las ropas heladas. Debe de quedar una hora para el amanecer. Ya clarea por algunos contornos. Sé que no voy a conseguir dormir, pero simularé que sí lo he hecho. En cualquier caso, quiero estar atento al momento en que los hombres de Alí ben Huyaya vayan a atacar el campamento español, por si no me avisan. No creo que salgan sin mí, pero no me quiero arriesgar a quedarme en la casa. Tengo una tarea encomendada. Sé cuáles son los pasos que Juan de Austria me ha ordenado dar.

Me revuelvo incómodo durante un rato entre los lienzos. Un intenso olor a canela penetra en mi nariz. Rápidamente, caigo en la cuenta de que ella ha estado aquí. Durante un rato, dormito con imágenes en la cabeza de la joven mora paseándose por la cueva, con su aroma de canela

impregnándome la piel, hasta que los enardecidos gritos de los moriscos anuncian que vienen a buscarme. Oigo de lejos sus voces. «Es la hora», dicen. «Hamete, debemos irnos. ¡Ha llegado el momento!». Ruego a Dios que los hombres de Juan de Austria hayan tenido tiempo de salir, como me dijo que iban a hacer. Luchar contra mis propias tropas no me apetece en absoluto. Si, por lo que fuera, Juan de Austria no hubiera cumplido su palabra de abandonar el campamento, deberé estar muy atento para actuar correctamente.

Tengo claras dos cosas: no quiero matar a ningún soldado del rey y no quiero morir. De hecho, tampoco quiero matar a ninguno de estos resistentes que han confiado en mí, pero no puedo impedir que los otros los maten. He venido a esto. Intento dibujar mentalmente la escena de lo que voy a presenciar: el campamento estará vacío, nos cercarán desde las montañas y atacarán. Me habrán dado tiempo para esconderme en la tienda de Juan de Austria, la única que no recibirá disparos.

Los moriscos siguen gritando desde fuera.

—¡Hamete! ¿¿Venís?? ¡Hamete Benengeli!

—¡Voy!

Tras cabalgar al galope con ellos un corto rato, llegamos al campamento en el que he estado furtivamente hace apenas un par de horas. En efecto, nadie queda allí, aunque las hogueras todavía desprenden tímidas lenguas de fuego, humeando entre la soledad de las tiendas abandonadas.

— *Allaena! Allaena! Allaena!*

Sé lo que están diciendo. «¡Maldita sea!». Parecen enfadadísimos.

Algunas piezas de armadura olvidadas, armas por el suelo y ropas abandonadas con descuido revelan que han marchado a toda prisa. Miro a los rostros consternados de los moriscos. Imagino perfectamente lo que piensan: ¿acaso alguien ha dado la voz de alarma?, ¿es que alguien los ha delatado? Alí ben Huyaya me mira, a mí, al hombre del que no tiene más referencias que su labia y la confianza que el bueno de Cacelmi ha depositado en mí.

—Hamete Benengeli, ¿juráis por Alá que no salisteis anoche de la cueva?

—¿Para qué iba a salir si no conozco estas montañas? Y, de haber

salido, ¿cómo iba a llegar hasta aquí sin vuestra guía y, además, sin luz?

Por un momento, mi pensamiento vuela hacia el candil que he escondido hace un par de horas bajo el jergón. Y me doy cuenta de mi torpeza. Eso puede delatarme y, además, les he puesto en bandeja la sospecha. Ha sido una estupidez, sobre todo teniendo en cuenta que no había caído en que la luna lleva varias jornadas siendo un faro luminoso en las noches heladas. Me recorre un escalofrío y noto el corazón saliéndome del pecho, aunque intento, por todos los medios, mantener la calma. Ahora solo puedo pensar en el candil. Si miran bajo mi jergón y lo encuentran, soy hombre muerto.

—¡Volvamos!

El grito de Alí me provoca un escalofrío. Me vienen a la cabeza las palabras del hermano del rey: «Cuando lleguéis, nosotros no estaremos en el campamento. Nos habremos escondido en las montañas. Desde allí, os atacaremos. Vos debéis esconderos en mi tienda. Os daremos el tiempo que se tarda en contar cien. Cuando veamos que estáis todos en el campamento, comenzaremos la cuenta para que os podáis

esconder y empezaremos el ataque». Ha transcurrido más tiempo del previsto, pero no ataca nadie.

Ciento diez, ciento once… Cierto es, también, que yo no me he alejado, pero no puedo hacerlo sin levantar sospechas. Tal vez no han atacado porque yo sigo por allí en medio. Estoy bloqueado. Intentó balbucear algunas palabras, pero ya todos voltean a sus monturas y comienzan a cabalgar de regreso a la aldea con ímpetu, dejando rápidamente atrás el campamento desierto. ¿Dónde diablos están las tropas de Juan de Austria?

Trescientos veinticuatro… Los sigo, espoleando a mi caballo para ponerme a su altura.

Los moriscos llevan consigo las botas que contienen el agua envenenada con la que teníamos que haber matado a los caballos cristianos.

Al llegar a su cueva, Alí entra como una furia en el pequeño habitáculo donde he dormido las últimas semanas. Yo me quedo fuera, de pie, esperando su sentencia cuando dé con el candil. Contengo la respiración.

Nada puedo hacer. Los minutos se alargan, pero él no sale en un rato largo.

Mientras, me da la impresión de que todos pueden oír los latidos de mi corazón martilleándome en el pecho.

—Lo siento, Hamete. Estoy desquiciado —dice cuando reaparece tras la cortina.

Se está disculpando, me asombro. Hace una pequeña reverencia ante mí.

—No, no… Yo… Entiendo que soy un recién llegado…

Eso digo, aun cuando estoy sumido en un mar de confusión. Alí debería de haber encontrado el candil. Sin embargo, ahora balbucea cosas como que no tenía que haber desconfiado de un morisco y que es seguro que los soldados españoles están preparando una trampa, puede ser que para entrar en ese mismo momento dentro del pueblo. Hay que ponerse en guardia.

Vigilaremos por turnos desde la puerta de entrada, pues desde allí se domina todo el terreno. Me entero entonces de que esperamos la

llegada inminente de algunos guerreros más, unos a los que llaman «jenízaros».

Pregunto quiénes son los jenízaros de los que hablan, pero solo me contestan que, si ellos llegan, tenemos la batalla ganada.

—Son luchadores excepcionales —añade uno.

La tensión crece. Todo el mundo está nervioso. Aprovecho un momento de confusión para entrar en mi pequeña alcoba, mirar bajo el jergón y comprobar que, en efecto, allí no está el candil. Sorprendido, soy consciente de que alguien lo ha quitado de ahí.

—Vamos a por las armas. Hamete, entrad también.

Me llaman desde el pasillo de la cueva para que vaya con ellos hasta el comedor. Los sigo. Al entrar en el salón, lo primero que veo es que el candil reposa en el lugar donde estaba cuando lo cogí a escondidas el día anterior.

Y, además, todo está impregnado de olor a canela. No me atrevo a volver la vista, pero siento su mirada clavada en mi espalda. Se me eriza la piel y cojo con rapidez las armas que me han destinado. ¿Acaso ha sido la mujer de canela quien lo ha devuelto a su lugar? Y, si es así, ¿por qué?

De pronto, un griterío proveniente de las callejas del pueblo mezcla las voces agudas de los niños con las histéricas de las mujeres y con las roncas de los hombres. ¡El ejército de Juan de Austria está aquí!

De inmediato, todos salen a la puerta de la cueva. Por abajo, al final de la cuesta, el paisaje es infernal. Los hombres mueren ensartados por las espadas y las picas mientras las mujeres corren, intentando proteger, inútilmente, a los niños. Tropiezan, se caen. Una anciana logra llegar hasta

el camino que empieza unos metros abajo y acaba donde yo estoy, en lo alto, justo en la puerta. La mujer corre de un modo insólito para su edad, pero aun así no es suficiente. Pronto la alcanza uno de los soldados a caballo y le clava la espada por la espalda. Veo cómo sale la punta del arma por entre los pechos de la mujer, limpia, sin mancha alguna de sangre. Ella mira con los ojos muy abiertos el filo de metal que aparece ante su rostro y, justo a continuación, la sangre empieza a manar por la herida, y luego por su boca.

La escena me paraliza. El soldado recupera la espada con rapidez,

dejando caer el cuerpo de la anciana como un saco, y vuelve atrás para perseguir a otros que huyen. Un niño de apenas ocho o nueve años, otra anciana, y un hombre joven que intenta acabar con él pero que termina como los otros. Los hay desangrados en la tierra con agujeros de arcabuzazos o con tajos de espada por todo el cuerpo. Una mujer ruega clemencia, de rodillas, con las manos en alto, pero también es ejecutada. Un tajo brutal le corta la cabeza, que rueda por el polvo.

Valoro rápidamente la situación. A mí solo me han visto por la noche los dos soldados que estaban de guardia y el príncipe Juan, al que ahora no distingo. ¿Cómo voy a explicarles que soy uno de los suyos, si voy cubierto con un turbante, con ropa mora y saliendo de una de sus cuevas? Es imposible sentarse a explicar nada, ni siquiera serviría enseñarles los papeles del cardenal que llevo como salvoconducto. Pensarán que soy un moro miedoso que se inventa una identidad falsa para salvar su vida. Tengo que seguir infiltrado entre los moriscos; es más, debo empezar a luchar si no quiero que me maten: los cristianos, por moro, y los moros, por cobarde.

Cojo una daga mientras pienso con rabia que el hermano del rey no ha cumplido el plan previsto y me ha dejado fuera de la nueva estrategia. Me siento traicionado. Pero me embargan las ganas de vivir. Apuesto por la vida, por intentar conservar la mía y por ayudar a que otros la conserven.

Pero ¿a quién debo ayudar? ¿Quién debe conservarla?

—¡Hamete! ¡A las armas! ¡Apresuraos! ¡Es el momento de la venganza!

Me lo grita Cacelmi mientras busca más armas a toda prisa dentro de la cueva. Entre tanto, cuesta arriba, llegado de no se sabe bien dónde, aparece un hombre de piel muy oscura con aspecto imponente. Sus ojos azules

rasgados, perfilados por pestañas largas y negras, me miran de arriba abajo y, sin decir nada, penetra en el agujero de la montaña. Lleva ropajes moros con colores brillantes. Me llama la atención su turbante azul turquesa, del que cuelga una cuchara brillante que le cae un tanto sobre la frente. «¡Una cuchara!», me sorprendo. «¡Qué ocurrencia! ¡Y qué tontería fijarme en ese detalle justo en un momento como este!». Observo cómo Alí saluda con una reverencia al recién llegado y le pide que lo acompañe dentro. Deduzco que debe de ser uno de los jenízaros de los que hablaban, ese cuerpo de soldados de élite que

viene a ayudar en la lucha. Ha llegado justo a tiempo.

Oigo solo unos murmullos quedos. Ante la algarabía de fuera, alzan la voz.

El tipo con la cuchara en el turbante y Cacelmi intercambian un diálogo nervioso. Al poco, sale el hombre, con fiebre en la mirada, la cuchara colgando, y grita:

'Iilaa alharb!

«¡A la guerra!». Toca luchar. Salen tras él a la carrera Cacelmi y otros vecinos. Todos armados, todos gritando. ¿Y la mujer de canela? Dentro, solo el silencio.

—¡Hamete, vamos! ¡Es el momento, Hamete!

Miro hacia el pueblo. Luego me vuelvo para mirar hacia la oscuridad del interior. Decido correr tras ellos. Intentaré salvar la vida sin matar a nadie. Sé que esa no es la actitud de un soldado, pero esta es mi primera batalla y no me han preparado para manejar las armas. Procuraré evitar situaciones fatales. En este momento, no estoy seguro de saber quién soy.

La mirada irónica de Giordano dal Ricote me viene a la cabeza. Le había contestado con seguridad que sé quién soy, y él me sugirió que no lo olvidara. ¿Se refería a esto?

Corro ladera abajo, salvando piedras, gritando «allahu akhbar» como los demás, con mi turbante prestado, con mi ropa mora, intentando ayudar a los cristianos y no matar a los moriscos. Me doy cuenta de que me he convertido en un hombre de frontera. La misión como espía me ha obligado a confraternizar con los unos y con los otros. Es difícil vivir sin emoción, sin tomar partido. Vestido a lo turco, los rebeldes moriscos me piden ayuda y me salvan de morir.

Hay un momento, en el fragor de la batalla, en que no sé de parte de

quién estoy, contra quién debo luchar o a favor de quién. El olor de la sangre me enfebrece, como a todos. Y el color rojo me seduce fatalmente.

A pesar de mis buenas intenciones, creo que he matado a alguien, porque he clavado la daga en el cuello de un soldado que estaba a punto de disparar a un niño morisco. No he mirado el chorro de sangre que ha salido disparado.

El niño, sí; ha fijado sus ojos hacia allí. Luego he gritado al pequeño que corriera a las montañas, al tiempo que me aseguraba de que ningún soldado español me había visto. Ahora he conseguido, al fin, llegar hasta el caballo que tiene más adornos, el de Juan de Austria. Me pongo ante él y abro los brazos, confiando en que, a pesar de la intensidad del momento y mis ropajes morunos, me reconozca desde lo alto de la montura.

—¡Miguel de Cervantes!

Me empuja al suelo para simular que me ha atacado y ordena a los suyos cabalgar hacia la montaña para que alcancen a los pocos que quedan con vida en el pueblo y que huyen subiendo hacia la cueva de Alí.

—¡Revisaremos todos sus escondrijos sin dejar uno! —grita cuando estamos solos—. ¡Esa montaña está repleta de cuevas!

—Pero… ¡este no era el plan! ¡Majestad! ¿Y nuestro plan? Teníais que matar solo a los guerreros, esta madrugada, ¡no al pueblo entero!

—¿El plan? ¡Hemos cambiado el maldito plan! ¿Quién manda aquí? —

Y repite en voz más alta—: ¿Quién manda aquí? —Parece enloquecido por la batalla—. ¡Vamos a matar a todos estos perros, y a todas sus crías!

¡Indicadme quién es el cabecilla! ¿Quién es, Cervantes? ¿Cuál de ellos?

«El cabecilla», pienso. Me acuerdo de la mujer de canela. Entretanto, el grueso de soldados ya se dirige hacia el camino que lleva a la cueva. No he dicho nada, pero el otro ha entendido, al ver mi mirada intensa, que allí debe dirigirse. Sin esperar más, Juan de Austria acicatea a su caballo para llegar cuanto antes junto a sus hombres, que están a punto de alcanzar la cima de la montaña.

Me quedo paralizado. Sin quererlo, he delatado a la mujer, como antes estuve a punto de delatarme a mí mismo con el candil. Me maldigo. Veo entonces el cuerpo de Alí, que yace muerto a pocos metros. También Calcemi ha perecido. Su cuerpo reposa en medio de un gran charco de sangre. Pienso entonces en el gallardo jenízaro. Tengo que salvar a la mujer

de canela. Quizás él pueda ayudarme.

Recorro en su busca las calles repletas de cuerpos. Niños de meses en el regazo de sus madres con las tripas saliendo por entre grandes tajos en la carne; mujeres jóvenes encogidas con el gesto de dolor con el que acaban de morir y, al fondo, el hombre de piel morena y ojos azules que lucha como un titán. La cuchara lanza destellos al sol. Él solo contra tres soldados. Su espalda se ensancha con valor. Me parece una escena tan bella que me prometo que, si sobrevivo, un día la describiré en un papel.

A pesar de su brío en la lucha, está a punto de perder el equilibrio, porque está herido. La sangre que baja por su brazo revela un tajo profundo.

No va a poder seguir peleando mucho más. Pero combate contra tres hombres como si luchara contra un solo monstruo de tres cabezas y seis brazos.

Vuelvo a mirar hacia donde ha partido el enloquecido don Juan de Austria para reunirse con sus tropas. Solo quedan vivos aquí abajo esos tres soldados cristianos que luchan contra el jenízaro. Cuando mi mirada se cruza por unos segundos con la mirada heroica del titán que sigue peleando hasta la muerte, sé lo que debo hacer.

Echo a correr y, tras coger del suelo la espada de uno de los soldados caídos en la tierra, se la ensarto por detrás al que más ferozmente está atacando al jenízaro. Los dos cristianos que quedan, sorprendidos por mi presencia repentina, pues es seguro que creían que no había nadie con vida, dejan un momento de luchar. Ese instante fugaz es aprovechado por el héroe de ojos azules, que vuelca toda su fuerza en un golpe de espada que mata a uno de ellos. En cuestión de segundos, me apresuro en sacar la espada del cuerpo del soldado al que he matado y la clavo en el tercero. A estos dos sí que los he matado, no como a aquel con quien me batí en duelo tiempo atrás. Estas muertes, sin embargo, son muertes de batalla y están permitidas, aunque sean en el bando equivocado. Nos quedamos solos, en pie. El jenízaro, tambaleándose; yo, erguido. A nuestro lado, tres cuerpos derrumbados sobre la tierra polvorienta de la pequeña plaza.

—¡No hay tiempo que perder! ¡Van a saquear las cuevas! ¡Está la hija de Alí!

Eso lo he gritado yo, mientras señalo a lo lejos la nube de polvo que los

caballos van dejando a su paso. Se ocupan en matar a todo el que se

les pone por delante, pero pronto llegarán a la cueva. El hombre moreno, cabello de ébano ensortijado, mar azul embravecido en los ojos, se agarra con una mano el hombro gravemente herido. Tiene la mirada dirigida hacia arriba, hacia la cueva.

—Fathima… —susurra.

Fathima. Fathima. Su nombre. «¡Qué bello nombre!», me digo, al tiempo que me doy cuenta, por el tono de su voz, de que también él está enamorado de ella. Está a punto de desmayarse, y lo ayudo a sostenerse.

—Pero ¿qué vamos a hacer cuando lleguemos? —me dice con voz cansada—. Yo estoy herido, y a vos solo os reducirán enseguida. No podemos contra todos ellos.

—¡Confiad en mí!

Avanzo con esfuerzo, llevando casi a rastras el cuerpo del gran jenízaro herido. Tanta matanza me parece excesiva. Está claro que no quieren dejar a nadie con vida. Me siento extraño. He traicionado a unos y a otros: al avisar a Juan de Austria de que iban a envenenar a sus caballos he traicionado a los moriscos y ayudado a los cristianos; matando a dos soldados del rey he traicionado a don Juan y ayudado a los moriscos. Sin embargo, estoy convencido de que las acciones las explica cada momento, y he hecho lo que he creído más oportuno, dirigido por el corazón.

Tampoco creo que tenga ningún sentido matar a todas estas gentes con la extrema violencia que están utilizando. Y, sin embargo, estoy aquí para colaborar con el ejército español y aspiro a formar parte de los tercios… Me superan las contradicciones. La vida es difícil y, en este momento, la vida es llegar a los pies de don Juan de Austria, que se dispone ya a bajar de su caballo y a entrar en la cueva donde está escondida Fathima.

—¡Don Juan! ¡Don Juan! ¡Su majestad!

Juan de Austria se vuelve y me mira con aplomo. Tras la matanza, nos envuelve un silencio casi terrorífico. Los españoles que no han muerto se repliegan ahora a la entrada de la cueva. Parece ser que la han registrado y no han encontrado nada. Don Juan me sonríe.

A mi lado, el jenízaro me mira como si yo estuviera loco. ¿Cómo me atrevo a ponerme a los pies del enemigo? ¡Estamos rodeados! No entiende

nada, me doy cuenta. Sin embargo, débil por la sangre que ha perdido, no dice nada. Finalmente, se desmaya a mis pies.

—¡Matad a ese perro! —ordena don Juan.

—¡No!

Todos los soldados se giran al oír mi grito. Me miran, y luego vuelven la vista hacia su capitán general. Uno de ellos me apunta con la pica, y está ya a punto de clavármela cuando don Juan le dice con calma que se detenga. El comandante supremo de las fuerzas reales se queda un momento en vilo. Un nuevo silencio, que él rompe al fin:

—¿Por qué no hemos de matar a este perro, Cervantes?

Los soldados observan la escena con incredulidad. Yo, con turbante y ropas moras, soy para ellos un enemigo. El hecho de que su comandante sepa mi nombre los deja anonadados un segundo, pero rápidamente comprenden que soy un espía. La red del rey es inmensa y están acostumbrados a tratar con todo tipo de gente. Pero no me quitan ojo. Me estudian. Mi nariz aguileña les da la pista del castellano que disimulan los ropajes. Entretanto, yo jadeo de cansancio, puesto que acabo de arrastrar pendiente arriba al corpulento malherido.

—Porque… es él el cabecilla que buscáis… Este hombre…, él ha de servirnos. Debéis dejarlo con vida. Nos dará información… Hemos vencido en Galera, sí, pero quedan rebeldes por toda la Alpujarra… Se harán fuertes en la serranía de Ronda… Necesitaremos información. Él la tiene… Tiene más valor vivo que muerto. Creedme.

Don Juan de Austria, que ha escuchado con atención mis palabras, sigue mirándome fijamente. De repente, un destello de luz ilumina la cuchara del turbante del hombre que está tendido en el suelo.

—De acuerdo. Es verdad que hemos dado con un tipo importante.

¡Fijaos! —Habla a sus hombres—: ¡Mirad la cuchara! ¡Es un jenízaro!

Seguro que tiene información de primera mano de la Sublime Puerta —dice con tono admirado—. Ayudadlo a reponerse de sus heridas. Curadlo, vendadlo y luego venid al campamento. Nosotros volvemos de inmediato.

Ya sabéis dónde está. Os esperamos al caer la tarde.

Se refiere a mí. Debo ocuparme del prisionero y llevarlo al campamento. Me pone en bandeja ayudar al herido dejándome a solas con

él.

—Un grupo de soldados se quedará con vos por si se recuperara demasiado rápido y quisiera escapar.

Eso sí me parece inoportuno, pero disimulo mi consternación.

—Os lo agradezco. Es una gran idea.

—También debéis aseguraros de que no queda nadie convida.

Los soldados dibujan una amplia sonrisa. Eso les da permiso para saquear el pueblo. Levanto la vista hacia don Juan de Austria. Estoy a punto de recriminarle que haya atacado de tal forma, que haya masacrado a niños, mujeres y ancianos, pero su mirada soberbia me detiene. La verdad es que ha sido una victoria inequívoca.

Sin palabra alguna, intento levantar al hombre que yace inconsciente, pero yo solo no puedo. Un par de soldados me ayudan, y entre todos lo entramos en la cueva y lo dejamos caer en las pajas sobre las que yo he dormido los últimos días. Quiero que salgan de allí cuanto antes, pues no quiero ni imaginar que Fathima aparezca al oír ruidos dentro de la casa, al pensar que ha vuelto su padre o sus amigos, y que estos soldados claven sobre ella la mirada lasciva de los que llevan privados de mujer demasiado tiempo. Les digo que yo me ocupo de curarlo y que es preferible que ellos esperen fuera por si quedan rebeldes y atacan por sorpresa.

—El pueblo es un hervidero —les miento, porque, en realidad, creo que ya los han matado a todos. Y añado—: De aquí no podrá huir. Es una cueva.

Apostaos a la entrada.

—De acuerdo, pero antes quiero revisar el lugar otra vez.

Uno de los soldados, armado con una espada ensangrentada, se dirige hacia el interior de la vivienda. No se me ocurre ningún modo de impedírselo, y menos cuando otros dos soldados más lo siguen por la penumbra laberíntica que forman los recodos con la intención de registrar toda la cueva. Rezo para que la hija de Alí sepa esconderse tras los gruesos cortinajes. Me sudan las manos como me sudaban

cuando finalizamos el duelo en el pasado, como cuando supe que debía huir del país.

Espero que no haya decidido irse sola. Me había explicado Cacelmi que había un pasadizo que llevaba al otro lado de la montaña. El hueco está escondido tras una de las gruesas cortinas. Quiero que Fathima ayude a

escapar al jenízaro y que él, a su vez, la proteja a ella en la fuga. Pronto vuelven los soldados, una vez que han recorrido todas las estancias. No han encontrado nada, y se apostan en la puerta de la cueva.

—Esos perros saben vivir. Se está bien ahí dentro —dice uno.

Es cierto que el interior de la cueva mantiene una temperatura agradable comparada con lo gélido del exterior. De todos modos, insisto en que se queden fuera a pesar del frío, por si nos pillara por sorpresa algún grupo resistente.

—Así lo haremos —me responde el otro—, pero no lo creo; aquí no quedan vivos ni los gatos. Ni las hierbas van a sobrevivir… Ese bastardo hideputa que quiere ser rey ha ordenado sembrar todos estos campos con sal. No va a vivir nada en esta tierra durante mucho tiempo.

No contesto. Y, con la excusa de buscar algo de beber, marcho a la cocina. Nada más verme, la mujer de canela sale de detrás de unos cortinajes. Su olor, su mirada y nuestra intimidad hacen de ese momento uno de los más eróticos de mi vida. La empujo para que quede de nuevo oculta tras las gruesas telas de las que acaba de salir, y le susurro en árabe:

—Escuchad bien lo que os digo. Tengo a uno de los vuestros malherido en el jergón donde he estado durmiendo yo estos días. Hay soldados cristianos en la puerta. Vuestro padre me explicó que tenéis un pasadizo secreto. Voy a dejaros solos. Ellos no saben que vos estáis aquí. Intentaré que el jenízaro vuelva en sí, y después debéis ir a buscarlo y escapar con él.

Lleváoslo. Yo entretendré a los soldados fuera, en la puerta de entrada, durante un par de horas. Ese es el tiempo que tenemos. Cuando sea la hora de marchar, entraremos y descubriremos con asombro que no estáis.

¿Habéis entendido?

—¿Y vos?

Su voz suena como si mil ángeles estuvieran hablando en coro. Se me eriza la piel.

—No os preocupéis por mí.

—Pero… He oído cómo hablabais con ellos. ¡Sois uno de ellos!

He interpretado un lamento en el susurro ahogado. No tengo valor para mentirle, no ante los ojos ardientes y llenos de lágrimas de Fathima. Afirmo con un gesto, sin dejar de mirarla para que comprenda lo que mis palabras

no dicen.

—¿Habéis entendido lo que tenéis que hacer?

Lo ha entendido todo, sí. Ha entendido lo que le he dicho, pero no comprende por qué los ayudo si soy un aliado del rey de las Españas. No entiende por qué estoy traicionando a mis tropas. No entiende por qué me infiltré y sin embargo ahora me alío con ellos. Lo veo en su mirada, pero no dice nada. Yo tampoco me atrevo a hablar. Ni siquiera para decirle que su padre ha muerto peleando como un bravo guerrero; ni siquiera para preguntarle por qué devolvió anoche el candil a su lugar ni, desde luego, me atrevo a confesarle que estoy loco por ella.

—¿Y mi padre? —Me lee parte del pensamiento.

Yo niego con la cabeza. Antes de volverme hacia la alcoba donde reposa el herido, veo que unas gruesas lágrimas ruedan en silencio por su mejilla.

Lanzo agua a la cara del jenízaro, y este empieza a toser. Procuro alzar la voz para que los guardias sepan que ya no está inconsciente, que lo voy a curar y que luego deberíamos dejarlo descansar un par de horas. Quiero que lo oigan los soldados que esperan fuera, y también la mujer que sigue escondida dentro. Para entretener a los españoles, saco comida y bebida a la puerta de la cueva. Algunos se han ido a saquear, otros prefieren beber. Me siento en una piedra enorme desde la que se ve toda la villa, y espero.

La belleza del paraje adquiere un tinte trágico con los cuerpos desmadejados por los caminos. Miro hacia el horizonte al tiempo que me doy cuenta de que he participado en mi primera batalla. Y ahora

no sé qué pensar. La adrenalina que me ha dominado al tratar de defender mi vida es muy distinta a la que me ha embargado al susurrar el plan al oído de la mujer, pero las dos son intensas. Me siento extraño. El momento es tan terrible, impactante y fugaz que estoy como ausente de mí mismo, como si estuviera siendo testigo de la vida de otro.

Cuando, unas dos horas después, entramos para llevarnos al jenízaro fuera del pueblo, la cueva está vacía. Recorremos inútilmente el laberinto agujereado en la piedra, pasillos y estancias, varias veces. Yo simulo consternación. «¿Dónde se ha metido?»; «¡Es imposible que haya escapado!»; «¡Si no hemos abandonado en ningún momento la puerta de entrada!», murmuran unos y otros.

Al llegar a la alcoba que más huele a canela, me fijo en que una de las cortinas se mueve ligeramente. Está claro que el pasadizo empieza allí. Me apresuro a ponerme delante sin dejar de mirar alrededor por toda la estancia para despistar a los soldados. Cuanto más tarden en encontrarlo, más tiempo concedo para la huida a Fathima y al jenízaro. Entretanto, los españoles buscan sin éxito por todos los rincones y tras las cortinas. Ninguna de ellas es necesaria, puesto que, en principio, no hay salidas al exterior. Son utilizadas para dar privacidad y, en el caso concreto de la que tengo a la espalda, para disimular el agujero que lleva hacia el exterior por dentro de la roca. Inspiro profundamente; deseo retener en la memoria el olor a canela de aquella habitación repleta de cortinajes, un olor con el que espero reencontrarme en un futuro no muy lejano.

—¡Mirad! ¡Esa cortina se mueve! ¡Ahí tienen un pasadizo! ¡Hideputas!

Cierro los ojos y rezo a Dios para que los soldados cristianos no den con la bella mujer de canela.

Cuando, unas horas después, rendimos cuenta ante don Juan de Austria, este se convierte en una fiera rabiosa:

—¿Cómo es posible que se haya escapado? ¡No tenía que quedar nadie vivo en Galera! ¡Se han atrevido a burlarse de las tropas del rey de España!

¡Hijos de las mil putas!

—Parece ser que la cueva tenía un pasadizo secreto, alteza —responde un soldado con un hilo de voz—. No podíamos saberlo. Estuvimos de guardia en la puerta. No imaginamos que pudiera salir por detrás.

La voz aflautada del soldado suena con el temor del que cree que va a ser ajusticiado. El otro vuelve a tronar:

—¿De veras no habíais oído hablar de sus pasadizos secretos? —Truena la voz del comandante—. ¿Y no habéis intentado seguirlo por ahí?

—Sí, alteza, pero no era un único pasadizo. Se abría en un laberinto de caminos. Es imposible saber cuál de ellos habrá tomado. Además, nos faltaba el aire…

—¡Basta!

Era cierto que habíamos intentado dar con ellos, muy a mi pesar. Yo había procurado persuadirlos de que no valía la pena seguirlo, ellos no sabían de la existencia de Fathima, pues ya estaría lejos. Pero los soldados

—convencidos de que don Juan de Austria nos mataría a todos si no recuperábamos al fugado— insistieron. El pasadizo se abría en dos bifurcaciones y cada una de ellas, a su vez y a pocos metros, en otras.

Imposible saber cuál era el camino correcto. Aun así, todos rastreaban como perros el lugar para dar con alguna pista; yo también, buscando con desesperación para encontrar algo que me revelara la presencia de la mujer de canela y así despistarlos animándolos a ir por otro lado. A medida que avanzábamos por dentro de la montaña, el aire se volvía asfixiante.

Intentamos recorrer un par de pasadizos, pero los candiles se apagaban por falta de oxígeno en los perdederos, así que rehicimos sin luz el camino, con las manos pegadas a la pared.

Habíamos desistido, y ahora allí estábamos, frente a don Juan de Austria.

—¡Tendríais que haber muerto antes que venir aquí a decir que lo habéis perdido! ¡Os mataré yo mismo con mis propias manos! ¡Como a esos perros!

Yo, como los otros, agacho la cabeza. Espero una condena a muerte por mi fracaso, aunque, si me sincero, lo valoro como un éxito. No hubiera podido dormir con todas esas muertes sobre mi conciencia. Al menos, he intervenido para evitar alguna. Sin embargo, ahora entiendo mejor el rigor del ejército, la obediencia incuestionable que se le debe al mando y lo mucho que me he arriesgado al jugar a dos

bandos. Es más: me he convertido en un doble espía, en un hombre de frontera. Pero, con todo, sé que no he tenido alternativa. La matanza que han llevado a cabo en el poblado me parece excesiva. No era necesario matar a los ancianos, las mujeres y los niños. Me parecía suficiente acabar con los hombres en la encerrona de madrugada que habíamos planeado previamente y que Juan de Austria no cumplió.

—¡Dad gracias a Dios de que hemos de continuar la lucha y os necesito!

¡Recoged el campamento! En unos días debemos estar en Serón.

Nos lo ha dicho a todos. Yo sigo cabizbajo, pero me atrevo a levantar la mirada y valoro si el hermano del rey se va a molestar ante mi intervención.

Me doy cuenta de que ya se dispone a irse, así que me arriesgo. No quiero dejar en el aire mi destino. Necesito saber qué va a ocurrir. Ha dicho que

nos necesita, pero… ¿dónde?

—Majestad —pregunto al fin, disimulando mi ansiedad—, ¿yo también debo acompañaros o he de regresar a Roma con el cardenal Acquaviva?

Juan de Austria, enérgico y animoso, sonríe con una mueca de desagrado.

—Alonso Quijano, Hamete Benengeli, Miguel de Cervantes Cortinas o comoquiera que os llaméis…, de momento, debéis venir a Serón conmigo.

Os convertiré en un buen soldado. Formaréis parte de los tercios. ¿No es eso lo que deseabais? Eso es lo que me escribió Acquaviva.

¿Formar parte de los tercios? Sí, eso puede estar bien, aunque el olor a muerte todavía me lacera en la nariz, y por eso tardo en responder. Juan de Austria se impacienta ante lo que él cree que es una oferta imposible de rechazar.

—¿Lo deseáis o no?

Supongo que sí lo deseo.

—Sí, su majestad.

Pero, de camino a Serón, un pequeño pueblo que dista pocas millas y que también está en posesión de los moriscos, recuerdo los llantos de los niños de Galera. Me embarga una tristeza honda y un terrible sentimiento de contradicción, aunque trato de hallar consuelo pensando que los moriscos también han protagonizado matanzas de cristianos. Una de las más sonadas fue en la villa de Axarquía. A los hombres, los han torturado y mutilado delante de sus familias. Después de partirlos por la mitad, los han colgado. «Como a puercos», se rumorea que decían. No es que me reconforte, pero me hace ser consciente de que, en esta lucha, como en todas, mueren de uno y otro lado.

Vivir con los moriscos me ha hecho comprender que no quieran perder sus tierras, sus pertenencias, su pasado. Incluso me parece profunda y admirable su concepción religiosa, sus ritos. Sin embargo, yo soy ahora oficialmente un soldado del rey. Voy a formar parte de los tercios. Eso ha dicho don Juan de Austria. Y por ello debo aprender a poner distancia entre unos y otros y, sobre todo, debo elegir en qué bando estoy. Voy grabando a fuego, tatuada en mi piel, la idea a la que se refería mi maestro de árabe.

Después de todo esto, ¿sigo sabiendo quién soy?

La matanza de los inocentes

Roma, finales de 1570. Pocos meses después.

Un paisaje nevado, tejados en pico, tropas de soldados y niños muertos.

No me había fijado en ese lienzo la primera vez que, como en esta ocasión, esperaba al cardenal Giulio Acquaviva en las dependencias de su palacio en Roma. Es un cuadro tremendamente trágico. Lo vivido en Galera y en Serón me obliga a rellenar los huecos del lienzo con el olor de la sangre de los muertos. Las tropas me parecen idénticas y el cuadro, perverso.

—Estáis concentrado, Cervantes…

Me ha sobresaltado su voz.

—Ese cuadro…

— *¿La matanza de los inocentes?*

—¿Ese es su título?

—Efectivamente. Se trata de una copia de un discípulo de Pieter Bruegel, un regalo de uno de los emisarios en Flandes. Hay quien dice que muestra la violencia del duque de Alba en aquella tierra; yo no veo más que el episodio bíblico. ¿Qué opináis vos?

Vuelvo a sumergirme en el paisaje nevado y me detengo en la figura central del hombre que, arrodillado, ruega clemencia. Es el reflejo del miedo, del afán desesperado por sobrevivir cuando la decisión de que así sea depende de otro. Ruega por su vida, como lo hacía una de las mujeres de Galera.

—Opino que es un cuadro extraño.

—Pero no estamos aquí para hablar de pintura, ¿verdad?

—No, supongo que no.

—Vuestras acciones en Galera y en Serón han sido impecables. Don Juan de Austria habla maravillas de vos. Dice que le salvasteis la vida en el ataque que acabó con su tutor.

—Solo cumplí con mi deber.

—Parece que esas campañas han sido suficientes, por lo menos de momento, para aplacar los ánimos de los moriscos resistentes en España.

Hicisteis un buen trabajo.

La sangre de los niños y los ojos desencajados de los viejos se me han quedado tan dentro como el olor de la mujer de canela. Sin embargo, el cardenal me está felicitando porque he hecho un buen trabajo. Y yo no estoy seguro de tal cosa. Algunas imágenes del momento en que maté a los dos soldados del rey para salvar al jenízaro aparecen ante mis ojos. Los estertores antes de la muerte eran iguales en moros y cristianos. No sé bien dónde está la heroicidad… Acaso en mi fortaleza por haberme mantenido con vida, después de todo. Quiero ser un soldado de los tercios, pero la idea de justicia por la que luchar se me ha desdibujado un poco después de estar en la Alpujarra.

—Los capitanes que os están preparando dicen, además —la voz del cardenal rompe de nuevo el silencio de la majestuosa sala—, que sois buen soldado. Aprendéis rápido el arte del arcabuz.

Es cierto que se me da bien. No es fácil cargar el arcabuz con rapidez.

Es tan importante no detenerse en el proceso como hacerlo correctamente.

Se trata de sincronizar los tiempos. Mientras unos disparan, otros estamos ya preparados con el arma, y los que acababan de disparar vuelven a cargar con rapidez para que haya siempre fuego dispuesto en las filas.

—Don Juan de Austria os reclama. Por lo visto, confía en vos. Afirma que os debe la vida.

En Serón, fuimos víctima de una emboscada. En cuanto entramos en el pequeño pueblo donde nos esperaba el tutor de don Juan, nos rodearon los rebeldes. Las flechas llovían sobre nosotros. A Juan de Austria le alcanzó un disparo de arcabuz. Luis Méndez de Quijada, su tutor, luchó como un león para mantenerlo con vida, mientras un grupo de soldados cristianos se

enfrentaban a un conjunto de moriscos que lanzaban piedras. Yo me agaché junto a don Juan para valorar la gravedad de la herida, aprovechando que los otros nos cubrían. En ese momento, el tutor cayó junto a nosotros. Cogí varias rodelas y nos cubrí a los tres: a Juan de Austria, a Luis de Quijada y a mí mismo. Las flechas seguían lloviendo sobre nosotros, y también los guijarros. El tutor tenía una herida enorme en la cabeza. Una piedra se la había partido, literalmente. Todavía pasaron unas horas hasta que nos hicimos con la victoria.

Cuando los nuestros consiguieron reducir a los rebeldes, nos trasladamos al pueblo vecino, pero nada se pudo hacer por salvar al tutor. Él hermano del rey lloraba como un niño a los pies de la tumba del hombre que lo había criado. Le juró venganza, y el fulgor de su mirada me llenó de temor. Estaba enajenado, enfurecido, lleno de rabia.

Con todo, a pesar de la pérdida de Quijada, la campaña de la Alpujarra ha sido una gran victoria para don Juan de Austria. Los grupos de moriscos han sido aniquilados, y será necesario mucho tiempo para que logren rehacer sus tropas. Ahora lo interesante sería mermar sus fuerzas fuera.

Argel ha estado enviando refuerzos durante años de manera clandestina.

Hay que atacar en el origen, aunque sea complicado entrar en la boca del lobo. Lo necesario sería hacer alguna incursión en tierra mora,

pero sé que don Juan de Austria quiere ir al norte.

El cardenal Acquaviva, ajeno a mis terribles recuerdos y a mis reflexiones estratégicas, prosigue con su conversación lánguida.

—Partiréis de nuevo en breve.

—¿Para ir a Bruselas?

Lo pregunto dándolo por hecho. Juan de Austria ya me lo había anunciado, y es mi deseo ahora marchar hacia Flandes. De toda mi vida militar hasta el momento, no puedo hablar. Me han prohibido explicar nada de mis asuntos como espía, pero pertenecer a los tercios es diferente. Voy a formar parte de la historia oficial del ejército español, y su cinta roja me va a distinguir. Viajar a la heroica Flandes, además, me alejará de los vulgares lugares de la Mancha.

—No, no vais a ir a Bruselas.

Estaba convencido de que se preparaban para resolver el conflicto en el

norte. He recibido una formación militar dura y disciplinada; estoy listo para luchar en todas las condiciones. Incluso he estudiado la historia y la geografía de las ciudades flamencas más importantes, las costumbres de sus gentes. Domino perfectamente el arte del arcabuz y también he perfeccionado la defensa con la rodela… Las palabras de Acquaviva me pillan por sorpresa, así como la siguiente declaración del cardenal:

—Don Juan de Austria ha sido nombrado capitán general de la Liga Santa.

—¿La Liga Santa?

—El papa Pío ha conseguido que el rey Felipe se una a Venecia y al papado para luchar contra el turco. Miles de hombres han sido ya reclutados. Vos seréis uno de ellos. Don Juan saldrá antes de que acabe el verano. Partiréis con él.

—Luchar contra el turco… Pero ¿dónde?

—Don Juan embarcará hacia Italia desde España, desde el puerto de Barcelona. Os reuniréis con él en Mesina y desde allí iréis a Corfú.

Corfú. Una isla cristiana en medio del Mediterráneo, una isla en medio

de la hegemonía turca.

—¿No a Flandes?

—No. No a Flandes… Seguiréis luchando contra el enemigo musulmán, pero ahora en el Mediterráneo.

La noticia cae sobre mi ánimo como una losa. Pensaba que ya se habían acabado tales enfrentamientos. Hubiera preferido ir al norte, cambiar de aires y dejar de ver la media luna que, ambivalente, me seduce y me amenaza por igual en su horizonte con un terriblemente maravilloso olor a canela.

Cuando el criado abre la suntuosa puerta de madera labrada, que mantenía entornada, para que el cardenal salga, veo a Giordano dal Ricote en el pasillo. Me está mirando con gravedad. Ha estado escuchando y entiendo, por su mirada profunda y su gesto preocupado, que tiene algo que decirme.

En el delirio

Hospital de Mesina, 14 de octubre de 1571. Una semana después de la batalla de Lepanto.

Los intestinos de un niño se desparraman a mis pies. Apestan a heces.

Un moro me grita palabras sin sentido mientras pasea una daga ante mi cara. Sonríe. Se la arrebato con una imprevista agilidad y le corto la cabeza por en medio. Caen al suelo dos mitades, con facilidad, como si fueran las dos partes de una sandía de arena. Cada trozo tiene un ojo y una oreja, media nariz y media boca.

Intento correr, pero no puedo. Veo sombras, y luces. Hay gentes que hablan. Me ponen un emplaste en la frente, otro en el pecho y un tercero en la mano izquierda. Oigo a mi hermano Rodrigo; me dice que todo irá bien.

La voz de mi maestro Giordano dal Ricote me ruega que guarde silencio.

Luego me da sopa con su cuchara.

Entonces, surgiendo de la nada, aparece don Juan de Austria a caballo.

Desciende con soltura. Ante mi estupor, se acerca al cadáver del niño, mete la mano en su vientre agujereado y saca los intestinos humeantes. Se los come. Ríe con la boca llena de vísceras y los labios chorreando sangre. Ríe, come y me mira.

Giovanna

Nápoles, abril de 1574. Casi tres años después.

Me acaricia el muñón. Ha empezado con un tímido rozar de su mano en la mía, deforme, y ha acabado lamiendo la prominente cicatriz mientras me mira con lascivia. Siento cómo mi excitación avanza desde el cosquilleo entre los dedos estropeados hasta el brazo y luego

baja hasta el centro. Noto el pene erecto, tanto, tan cargado de sangre y de semen que me duele.

Ella se sienta a horcajadas sobre mí. Se balancea, presionándome el miembro, que mueve hacia delante y hacia atrás bajo las ropas, en un contoneo que hace que el corazón se me salga por la boca. Cansado de los breves preludios que, a pesar de todo, me parecen demasiado largos, me levanto, obligándola a erguirse también, y me dispongo a arrancarle la ropa con la mano derecha mientras la sujeto con el brazo izquierdo. Los cordeles que le atan el corsé se resisten poco al ímpetu de mi deseo. La tiendo en un montón de paja. Le subo los faldones y los refajos y me coloco encima. Y

entonces la penetro, como si fuera algo esperado desde siempre. Ella gime de placer. Empiezo un vaivén de empuje y repliegue, empuje y repliegue, que se armoniza con sus gemidos, cada vez más rápidos, más cortados, más hirientes, hasta que le cojo el rostro entre las manos, tapándole los ojos con sus alborotados cabellos rojos, y lanzo un grito ahogado que se pierde en el aire.

Durante unos minutos nos quedamos en silencio, los dos tendidos, jadeando.

—¿Cómo te llamas? —pregunto en un susurro.

—Giovannnnna.

La voz sensual, un poco ronca y aletargada, arrastra la *n* en la pronunciación de su nombre.

—Giovanna… Es un bonito nombre.

—¿Sí?

Ella apenas habla español. Es la hija del propietario de una taberna que se enriquece en el puerto de Mesina con el ir y venir de marinos y soldados.

Ya he estado antes en lugares parecidos, y los conozco bien.

Después de varios meses de recuperación en el hospital de Mesina, fui enviado con una compañía a Nápoles. Aquí me he acercado a la literatura italiana, a las galeras del puerto y a las tabernas. Espero la ocasión de subir de nuevo en uno de los barcos, en cuanto don Juan de Austria me lo ordene.

Desde la terrible batalla de Lepanto, una vez recuperado de mis heridas, he viajado con él a varias campañas militares con más o menos éxito, pero en todas me he entregado con valor, y él lo sabe. En este tiempo, he visitado también muchas tabernas, a las que acudo en busca de bebida y también de conversación.

Hoy no he desperdiciado la ocasión que esta mujer de belleza salvaje me ha presentado, tomándome de la mano ilesa y llevándome hacia el trasfondo con la excusa de que la ayude a llevar unos sacos que guardan en el almacén. El local está abarrotado. Su padre, el tabernero, va algo bebido y anda despistado riendo con los clientes. Nosotros nos hemos mirado con un deseo punzante.

Ahora que conozco su nombre, me quedo indefenso ante su belleza.

Necesito decir algo, y suelto lo primero que me pasa por la cabeza.

—Giovanna, pronto partiré.

Me mira. Seguimos acostados sobre la paja. Sus pechos tiemblan cuando se mueve para recorrer con su dedo índice mi perfil. Me susurra en italiano:

—Frente amplia, nariz aguileña, barba rubia mal rasurada, mandíbula fuerte y más abajo…

Ella ríe, y yo también, porque me hace cosquillas. Más abajo, el pene está todavía erecto, potente y grande, bañado por una capa blanquecina de

semen que se va derramando por el muslo.

— *Tornerai?*

—No lo sé.

Me siento repentinamente culpable. Tengo la ridícula impresión de haber engañado a la mujer de canela yaciendo con Giovanna, pese a que no la he vuelto a ver desde que escapó por los huecos laberínticos de la montaña de Galera. Tengo también el remordimiento de haberme acostado con esta cuando pensaba en la otra. Siento por Fathima una admiración profunda que, en vez de amortiguar el deseo que acabo de saciar con la bella italiana, lo ha acentuado. Recordar los ojos oscuros de la morisca me hace olvidar los verdes luceros que todavía brillan junto a mí.

Un calambre me recorre la cabeza, y la mano lisiada empieza a dolerme con el roer de los días que presagian lluvia. Ella no ha dicho nada más. Se ha levantado, se ha recompuesto la ropa.

— *Non sai se tornerai?* —pregunta, mirándome.

Ante mi silencio, se aventura a decir en un rudimentario castellano:

—Podrías que… podrías quedar… te…

Quedarme. Quedarme supondría abandonar el ejército. Dedicarme a vender vino y a bebérmelo, como hace su padre. Quedarme implicaría la familia probable, la rutina segura, puede que los hijos, la pérdida de la aventura, abandonar el proyecto de la escritura. Sé que a su padre le parecería muy bien. La fama me precede. ¡He luchado en Lepanto! Todos los soldados que hemos sobrevivido sabemos que ese honor nos acompañará toda la vida y lo utilizamos para lograr un ascenso, para ganar más soldada y, claro, para seducir a las mujeres.

—No lo sé.

Observo el vaivén de sus caderas al caminar. Al salir del fondo de la taberna, su padre nos mira con interés, sonríe y sigue bebiendo y riendo con otros borrachos. Giovanna, pelo rojo revuelto, ojos brillantes, labios abultados, me sigue hasta salida de la taberna. Me giro para mirarla una última vez antes de irme. Es atractiva. Tiene las mejillas sonrosadas, los pómulos altos y los labios gruesos. Se toca el vientre liso en el que acabo de alojarme.

¿Volveré? No tengo ni idea. Partir significa la guerra y, de nuevo, la

posibilidad de la muerte. Deseo volver, sí, pero no a Italia para casarme; lo que quiero es regresar a España para escribir, para servir al rey y, ojalá, para encontrarme con la mujer de canela, aunque solo sea una vez más. Alzo la mano derecha a modo de despedida.

—¿Hasta mañana?

Lo pregunto casi deseando que me diga que no quiere volver a verme.

—Hasta mañana.

Responde con la voz ronca del deseo. «Hasta mañana». Sí. Y vuelvo al día siguiente. Vuelvo a sus abrazos y a sus caderas de fuego una vez y otras muchas más durante varios meses, hasta que don Juan me manda aviso de que me quiere hablar. Me propone que regrese a

España con la solicitud de que me concedan el cargo de capitán de uno de los tercios, pues desea que lo acompañe en las nuevas campañas que va a emprender. Tiene una misión para mí.

—Miguel de Cervantes, estoy planeando algo realmente grande.

Le pregunto a qué se refiere, pero él prefiere ser enigmático o cauteloso, que, al final, resulta ser lo mismo.

—No puedo ahora entrar en detalles, pero, si todo va bien, quizás estáis frente al próximo rey de Túnez, ¡o de Inglaterra!

—¿Vos seréis rey?

—Si todo sale como lo tengo previsto, seré rey, y vos, mi secretario y consejero. Nunca olvidaré que me salvasteis la vida en Serón.

—Majestad, yo soy vuestro humilde servidor.

—Lo único que os pido, Cervantes, lo único que os exijo es que nunca habléis de nuestro pasado juntos en la Alpujarra.

No comprendo por qué razón no quiere que se sepa que somos ya viejos conocidos de batallas. Entiendo que acudí como espía y que nadie supo de mi nombre, pero esta obligación al silencio hace que mis compañeros no respeten mi veteranía. Nadie sabe que llevaba ya tiempo en la lucha antes de Lepanto. Me vi obligado a pasar por soldado novato cuando contaba con sobrada experiencia. Por eso me adjudicaron en la batalla las piñas incendiarias y no el arcabuz, algo humillante para mí. El parece percatarse de mi desconcierto.

—Os necesito como enlace. Nadie en nuestro ejército debe saber que

conocéis el árabe, solo yo. Es probable que tengáis que volver a infiltraros en tierra mora, y ni el mejor de vuestros amigos deberá saber que yo os envío.

—¿Deberé volver a tierra mora? Pensaba que íbamos a ir a Flandes.

—Mirad, estoy en desacuerdo con mi hermano. Ahora parece que el rey Felipe se olvida de todo lo que hemos sufrido para frenar al turco y solo piensa en Flandes.

—Creía que también vos queríais luchar en el norte.

—Me han llegado noticias de que el rey de Portugal prepara una ofensiva contra Marruecos.

—¡Contra Marruecos!

—Tenemos que jugar bien nuestras cartas, Cervantes. Si lo hacemos, si escogemos bien a nuestros aliados, tal vez podríamos unirnos al rey Sebastián.

—Pero eso sería alta traición hacia vuestro hermano… Al fin y al cabo, el rey Sebastián es su sobrino.

Me estoy poniendo muy nervioso, porque yo quiero volver con honores a España, no enfrentarme al rey, el más poderoso de entre los poderosos de los reinos cristianos. Colaborar con Portugal a espaldas de España es peligroso.

—Cervantes, paso a paso. De momento, tomad estas cartas. El duque de Sessa y yo mismo las hemos escrito para vos. Os han de servir para que mi hermano os nombre capitán de una compañía. Una vez que lo consigáis, contactaréis conmigo y os pondréis a mi servicio.

Yo lo escucho en silencio mientras tomo los papeles que me alarga. Me pide que los lea. Son dos cartas de recomendación que hablan de mi osadía y buen servicio en el ejército español. Me ofrece también un canutillo de metal para que las guarde.

—¡Ganamos en Lepanto, Cervantes! ¡Nada puede ir mal!

Guardo las dos cartas que me han de servir para conseguir un puesto en el ejército.

—Partiréis en una semana en la galera *Sol*. Vuestro hermano irá con vos. Si todo va como está planeado, en menos de medio año estaréis a mi servicio. ¡La gloria nos espera, caballero de los tres nombres!

Al día siguiente, regreso a la taberna de Giovanna y hacemos el amor en el fondo de la bodega. Ella con rabia; yo con pasión. Ya sabe que voy a partir hacia España en menos de una semana e intuye, también, que no quiero volver.

Al acabar nuestro encuentro, ya en la calzada polvorienta de la entrada a la taberna, recorro con la mirada la silueta de la mujer —ojos verdes, cabello alborotado, caderas de fuego—, a la que no volveré a ver nunca más.

¡Tierra a la vista!

Frente a la costa catalana, septiembre de 1575. Pocos días después.

Llevamos horas navegando. Hemos salido del puerto de Nápoles con destino al de Barcelona. Olor a sal, cielo de sangre al amanecer y cargado ahora de negros augurios de tempestad. Es el mar Mediterráneo. Lo conozco bien. Ya lo he surcado varias veces. Desde que salí, allá en 1569, han transcurrido seis años y no he parado de viajar por él. De Barcelona a Nápoles, de Nápoles a Cartagena, y otra vez Nápoles y Lepanto y Mesina, y, desde ahí, a todos los lugares a los que he seguido a don Juan de Austria unas veces y al cardenal Acquaviva otras en los últimos años: Navarino, Modón, Corfú, Bizerta, Túnez, La Goleta, Siracusa, Palermo, Milán, Florencia, Venecia. Y Nápoles de nuevo… Soy un veterano de guerra. He matado y he visto matar.

A medida que avanza la jornada, el oleaje, frío y salado, golpea la nave con más ímpetu. Las olas crecen a gran velocidad, contagiadas por la furia del viento. Eramos un grupo de tres galeras, pero ahora vamos solos, en medio de una violenta tormenta que desorienta a la nave. De repente, la voz del vigía en lo alto se impone al rugido del agua:

—¡Tierra a la vista! ¡Tierra a la vista! ¡A noreste!

Doy gracias a Dios. Debe de ser la costa catalana, al norte o al sur de Barcelona. ¡Al fin! Puede que no sea la ciudad condal, pero tiene que ser España. Viajo en cubierta, así que distingo la silueta de la tierra en el horizonte, bien aferrado a una cuerda para evitar caer al mar con los golpes

de viento y el zarandeo de la galera. La lluvia se confunde con el agua del mar, que salpica, así que el aguacero me llega desde arriba y desde abajo.

Se me inunda la mirada. Solo algunas millas nos separan de la costa.

Estamos a punto de llegar. Mi hermano Rodrigo está abajo, en la bodega, pero yo quiero ver cómo nos acercamos a tierras españolas.

En esta ocasión, vuelvo cargado de proyectos y con la ilusión de volver a empezar, con más experiencia. En el fondo, también con la esperanza de volver a encontrarme con la mujer de canela.

Gracias a mis dos cartas de referencia, es seguro que me concederán el puesto de capitán de una de las compañías de los tercios. Entonces, viajaré junto a don Juan de Austria, a su servicio. Él sabrá encontrar un lugar para mí. Todas sus empresas son heroicas, todas victoriosas. Estar junto a él es garantía de triunfo.

Totalmente concentrado en mis planes, incluso la tormenta agitada me agrada, me reconforta con su vigor.

—¡Moros! ¡Moros! ¡Moros a la vista! ¡Por el sur! —Un grito sobresale de repente entre el estruendo de la tormenta.

El aviso del vigía, que irrumpe desde la cofa, me pilla por sorpresa. La costa está muy cerca, demasiado. ¡No puede ser! Me coloco para mirar en dirección al sur y distingo, entre las cortinas de agua, unas naves ligeras que se acercan rápidas, nefastas. Son tres, y en ellas ondea la bandera de la luna creciente. «¡Sin duda, corsarios!», me desespero. Sé que aprovechan las tormentas para alcanzar naves más pesadas y hacer prisioneros. Y eso es lo que pretenden hacer con nosotros. ¡Qué rápido avanzan, demonios!

—¡Nos van a abordar! —Aúllo.

Los remeros, afanados en su tarea, apenas pueden ya respirar. Vienen cansados de luchar contra la fuerza del violento oleaje. Ahora no ocurre como en Lepanto, donde la chusma quería que nos pillaran. Estos remeros quieren llegar a tierra, igual que los soldados. Los van a dejar bajar a puerto para limpiar la nave y, además, algunos serán liberados. En medio de los gritos y la tormenta, todo se precipita. El capitán vocea para controlar el ritmo de boga:

—¡Remad! ¡Remad! ¡Remad!

Pero cada vez están más cerca. No tenemos tiempo ni de coger las

armas. Nos han pillado desprevenidos. Entre las cortinas de agua, solo había sido posible avistarlos cuando los teníamos prácticamente encima. Ya casi llegan. Veo sus rostros de furia empapados de agua. No nos lanzan flechas. Nos quieren vivos. Cuando nos hagan prisioneros, ya harán la selección.

Al fin llega el encuentro de casco contra casco. Todas las imágenes de Lepanto vuelven a mi memoria, y murmuro en una súplica que es casi una oración:

—Remad, por Dios, remad…

Sin embargo, consiguen alcanzarnos, saltan, y quedamos a su merced.

— *'Iilaa alsueud!*

«¡Al abordaje!». El grito llega con el eco de la muerte. Matan primero

a la mayoría de remeros, para que el barco deje de moverse y quede a la deriva. Y poco podemos hacer. Las armas están en la bodega y la pólvora ha quedado empapada a causa de la lluvia, a pesar de los trapos con los que hemos procurado protegerla. De todos modos, ni siquiera hay oportunidad de resistirse con la espada, ya que son muchos más que nosotros y no llevamos armaduras, porque no teníamos que luchar. Nos hacen prisioneros.

Paso de una galera a otra, de una bandera a otra. Así que callo y obedezco.

Nos meten a empujones en la bodega del navío musulmán, apiñados en el suelo. Los golpes llegan desde todos lados. Nos maniatan. «¡Menuda heroicidad!», pienso. «¿Cómo explicar con dignidad que ahora no me he resistido?». En esta ocasión, he sido solo un hombre temeroso de perder la vida.

Palpo entre mis ropas; ahí sigue el canutillo metálico con las dos cartas de recomendación, y también los dos papeles misteriosos que me colaron bajo la puerta, en Roma. Uno había aparecido el primer día; el segundo, después de mi entrevista con el cardenal, el día en que conversamos sobre aquel cuadro, cuando descubrí a Giordano observándome desde el suntuoso pasillo.

Cuando busqué a mi maestro al día siguiente, me dijeron que había tenido que partir a cumplir con una misión urgente. Me quedé con la intriga de saber qué quería decirme, con las ganas de conocer su opinión de todo lo ocurrido en la Alpujarra. Yo estaba seguro de que él sabía a qué había ido, y

quería comentar con él mi sensación de no pertenecer a ningún lugar, una sensación que él había predicho. Esa segunda vez, todo ocurrió como la primera: tres golpes en la puerta de madera maciza, nadie en el pasillo y la hoja en el suelo. Esta vez, con estos símbolos:

Ahora llevo ese papel junto al primero en el canuto metálico que guardo entre mis ropas. Lo acaricio, como si así pudiera proteger los documentos que portan la promesa de mi nueva vida. Puedo distinguir, por entre uno de los huecos abiertos en la madera de la bodega, cómo nos alejamos de la costa catalana que ya estaba tan cerca… Y pronto volvemos a entrar a mar abierto.

Este barco lucha como el nuestro contra las olas salvajes, pero navega

más rápido. No sé a dónde nos llevan, pero imagino que nos dirigimos hacia algún puerto del norte de África, al más cercano. Las corrientes entre la costa española y la africana son senderos que los marinos, y también los comerciantes, conocen bien. No creo que, con este temporal, vayan a arriesgarse a llegar hasta Constantinopla. Intento entender algo de lo que dicen. Hablan en árabe, pero lo hacen demasiado rápido, y no estoy familiarizado con muchas de las palabras; parece una variante de la lengua que me enseñó mi maestro, tal vez sea un dialecto. Solo pillo alguna palabra al vuelo.

Aprovecho un momento en que uno de los captores baja a la bodega repleta de cautivos como yo para preguntarle:

—¿Adónde vamos?

Me grita en árabe que no me entiende. Como no quiero mostrar mis cartas y había prometido a don Juan de Austria mi silencio, vuelvo a preguntar en castellano, acompañando las palabras con el indicar de la mano hacia el horizonte y el encogerme de hombros, como traduciendo con el gesto el tono de pregunta.

—¿Adónde vamos?

La respuesta llega rápida y con un tono de enfado e impaciencia.

—Aljazayir.

Todo el mar que queda por recorrer penetra por mi nariz.

Un par de días después, agotado, sucio, rendido y apesadumbrado, vuelvo a ver la costa recortarse en el horizonte desde uno de los agujeros de la bodega. Esta vez la tierra no me promete un cargo en el ejército o un reconocimiento en palacio, sino que anuncia los peores presagios escondidos en los oscuros y temibles baños de Argel.

Sayb ab-dira' **(II)** *Argel, finales de septiembre de 1575*

— Sayb ad-dira'!

El moro que registra nuestra fila se ríe. ¡Otra vez aquellas palabras! Por los alrededores, hay más guardianes que también se burlan de mí, me doy cuenta. ¿Qué les hace tanta gracia? El primero me señala descaradamente la mano retorcida. «Sayb ad-dira'…». ¿Qué diablos significa eso, lo mismo que gritaba el soldado que me iba a matar en Lepanto? Supe después que en aquella batalla había habido un importante contingente de bajeles argelinos comandados por Uluj Alí,

el único líder que pudo escapar. Y ahora, un argelino, me grita esa palabra de nuevo. Debe de ser dialecto de estas tierras, porque sigo sin entenderla.

Llegan más soldados al puerto. Me dan tirones, me estiran la ropa. Me sacan con violencia el hatillo que llevo escondido. Me asusto cuando lo abren. Ahí está el canutillo con los documentos de don Juan de Austria y el duque de Sessa. Intentan leer las misivas, pero no las entienden. Sin embargo, el papel es oficial, y de eso sí que se percatan. Se forma de repente un pequeño revuelo: ha aparecido un anciano al que parecen respetar. El recién llegado toma los documentos entre sus manos temblorosas y lee en voz alta en árabe, improvisando la traducción del texto castellano. Al final, pronuncia con tono sublime los nombres de los firmantes, como si acabara de encontrar un tesoro.

—Don Juan de Austria… Duque de Sessa.

Entre las expresiones que he comprendido, los dos nombres me llegan con claridad.

—Este puede conseguirnos mucho dinero.

— *Sayb ad-dira'! Sayb ad-dira'! Sayb ad-dira'!*

Se ríen los soldados. Me señalan, gritándome eso una y otra vez. He entendido que creen que les voy a conseguir mucho dinero. Me aventuro a preguntarle en español:

—Disculpad, ¿qué significa lo que dicen? ¿Qué significa «sayb ad-dira'»?

El hombre, de cejas pobladas de color blanco y tez morena, me contesta:

— *Sayb* significa «brazo»; *dirá*' «roto». *Sayb* «brazo roto»,

«defectuoso». Sois vos. Aquí todos nos conocemos por algún rasgo peculiar. Vos seréis aquí «el del brazo roto»: *Sayb ad-dira'*.

El anciano me sigue explicando que, de perder un brazo, es mucho mejor que sea el izquierdo que el derecho. El derecho es el considerado por el islam como sagrado, pues con él realizan sus rituales y comen, mientras que con el izquierdo hacen las poluciones. Eso yo ya lo sabía porque me lo había explicado mi maestro.

—Y… ¿por qué se ríen tanto?

—Ellos piensan: «¿Cómo hace este lisiado las tareas consideradas indignas con esa mano?». —Ante mi mirada todavía expectante, el anciano me aclara—: Que cómo os limpiáis el culo cuando cagáis.

A pesar de lo trágico de la situación, los prisioneros españoles que me rodean esbozan una sonrisa. Yo no contesto. Y, sin que nos demos cuenta, el anciano desaparece. Inmediatamente, vuelven a tomar el mando de la situación los soldados que nos han recibido al llegar.

Han dado ahora con las hojas que tienen dibujadas las palabras y el número que me pasó bajo la puerta Giordano.

Sé que la primera significa «lengua» y «dos»; la segunda, «silencio».

Ellos no tienen ni idea de a qué se refieren. Solo ven que no les serán de utilidad. Hacen una bola con los dos papeles y los lanzan al suelo.

Lengua, dos y silencio. Yo sí sé a qué se refería mi maestro en el primer papel. Él mismo me lo había explicado. Ser lengua es ser espía, hablar a

uno de lo que hacen otros sin que estos se enteren. Ser dos lenguas es ser un doble espía. Con ese papel, me había dado una pista del destino que me tenían preparado en Roma y al que me tendría que enfrentar yo solo. En la segunda ocasión, en cambio, me aconsejaba callar. Como esto no pude comentarlo con él, no comprendí bien si se trataba de mantener en silencio lo de ser espía, si se había enterado de que ayudé a los moriscos y debo guardar el secreto o si imaginó mi traición a las tropas españolas… Maldije mil veces no poder verlo en aquella ocasión. Necesitaba hablar con él, y su inoportuna desaparición, tan repentina y misteriosa, me pareció un mal presagio. Lo cierto es que todavía no sé sobre qué debo guardar silencio.

Y ahora sus garabatos se han borrado —diluida la tinta— en un charco de agua sucia. No queda ya nada de ellos. Miro con lástima hacia esos papeles que me han acompañado tanto tiempo, como si se esfumara una parte de mi pasado en unos segundos.

Entiendo en sus gritos algunas palabras sueltas; dudan si destinamos a una u otra fila. Aunque comprender eso, aun sin conocer el idioma, es fácil, porque nos empujan. Los hombres de armas son lanzados a la fila de la derecha; los de mar, junto con la poca chusma que han dejado con vida, a la de la izquierda. A estos últimos los destinan a galeras. A mí me mandan a la derecha, solo después de volver a registrarme y de constatar que no llevo nada más de valor.

—Os consideran cautivo de rescate.

Me lo ha susurrado uno de los caballeros españoles cautivos que tengo al lado. Noto un escalofrío.

—¿De rescate? ¿Pedirán dinero por mí? —pregunto, nervioso.

—Pedirán por vos una fortuna.

—¡Eso es imposible! ¡Mi familia no podrá pagarla!

—Ellos no lo saben. Han visto vuestras cartas, y creen que sois noble.

—Pero…

—¡No protestéis! —me interrumpe, en voz baja pero enérgica—. Eso es ahora lo mejor. Los de aquel lado van a galeras. Ya sabéis lo que es eso. No sobrevivirán ni dos meses en las aguas del Mediterráneo. Los usarán para ir a Constantinopla. Esa ruta es un infierno; mueren en alta mar y lanzan los cadáveres por la borda. Intentad escapar cuando podáis, pero ahora…

¡callad!

— *Alsamt!*

Callo. Eso sí lo he entendido. Además, el gesto de llevarse el índice a los labios es inequívoco. Me ordena silencio, como me lo ha ordenado el caballero preso, como me lo recomendaba Giordano en su segunda nota.

Me llevan a los baños de Argel y piden por mí quinientos escudos de oro. Sé que debo huir, porque mi familia nunca conseguirá reunir tal cantidad. Además, tengo a Rodrigo conmigo. Viajábamos los dos en la misma galera. No hemos podido hablar después del asalto, pero sí lo he visto. Está en otra de las filas de guerreros. Es seguro que nuestros padres no podrán pagar el rescate de los dos. Voy a trazar un plan, pero, antes, tengo que aprender a hablar correctamente el dialecto de mis raptores. Ya sé bien que conocer un idioma es disponer de una llave.

Descubro pronto, gratamente sorprendido, que las prisiones argelinas permiten ciertas licencias. Puedo, por ejemplo, salir libremente por las calles de la ciudad. Muy pronto, pasearme con tranquilidad por el zoco y por las calles laberínticas del centro se convierte para mí en una agradable rutina.

Me ofrezco para ir a buscar comida o bebida, para hacer encargos por los mercadillos, a los que puedo acudir con grilletes en los pies pero sin cadenas. Allí aprendo la lengua delos mercaderes, con los que regateo el dinero que los caballeros cristianos, quienes prefieren no salir, me confían para que les compre dátiles, berenjenas maduras, queso blanco, *lakerda, leblebi, sucuk* o rábanos tan rojos como nunca antes había visto. Tomo las provisiones a cambio de unas monedas de plata parecidas al *kurus* y regreso cargado.

Sé que algunos cautivos nobles se burlan de mí a escondidas porque me ofrezco para hacer sus recados, pleitesía que confunden con servilismo, pero yo voy aprendiendo nuevas palabras. Tengo un plan, y he convertido el mercado en mi academia. Un día, entre las tiendas que se dispersan por el zoco, contacto con un joven que me han dicho que ejerce de guía por el desierto.

—Pero yo nunca he trabajado con presos.

—Eso no es un problema. Nosotros nos encargamos de la fuga.

Él me observa con recelo. Yo continúo en voz baja, mientras los dos simulamos valorar unas alfombras:

—Debéis limitaros a guiamos por las dunas, hacia Orán. A mí y a un grupo de nobles.

Se lo piensa y, tras un momento, lanza una cifra. Yo no tengo dinero, solo arrojo e idioma para negociar, de manera que convenzo a unos cuantos hombres destacados que están presos junto a mí. Ellos sí tienen monedas escondidas. Nos beneficiamos todos: los caballeros cautivos van a escapar y yo, además de huir, me ahorro el tener que poner un dinero que no poseo.

Me ocupo de planificarlo todo, y corro el riesgo de que me pillen. Si nos descubren, además, me comprometo a asumir toda la culpa. A través del desierto, llegaremos a Orán, ciudad aliada. Después, todo será sencillo: embarcaremos en una galera hacia España, y yo me pondré al servicio del rey, como un héroe.

Miro la cinta roja que me identifica como miembro de los tercios; me la dio Juan de Austria antes de mi embarque hacia Barcelona. La llevo anudada en mi muñeca derecha. Eso no me lo han quitado. Parece una simple pulsera sucia y descolorida, pero es la cinta roja del valor. Está tan manchada que casi no se percibe su color original, pero el hecho de llevarla encima me recuerda de dónde vengo y también quién soy. Esta cinta me ata a mi historia. Aquel caballero de los tres nombres

que luchó contra los moriscos en guerras de las que no puedo hablar, el que cayó en la prisión argelina, ahora va a fugarse cruzando el desierto.

El laberinto de arena

En el desierto del Sahara argelino. Un par de semanas después.

La belleza dorada de las dunas me cautiva. El paisaje es maravilloso.

Una cierta brisa mece los granos de arena en un baile sensual que va desde las líneas asombrosamente rectas de los vértices de las aristas a las más curvilíneas formas. Se me eriza la piel ante el baile que protagonizan el aire y la arena.

Sin embargo, horas después de recorrer esos millones y millones de granos de arena, la belleza ya no me golpea, y empiezo a descubrir la dureza del desierto, que se traduce en cansancio. Las dunas, que parecían blandas y acogedoras, son ahora peores que las rocas. Una vez superada mi fascinación por los reflejos dorados, constato que tras una hay otra, y luego otra y otra más… Lo peor de esas suaves y preciosas montañas es que no se acaban y que varían constantemente con el viento, como una masa de barro que es modelada constantemente. Suben y bajan. Donde antes bajaban ahora suben y donde subían, bajan. Resulta imposible situarse. El paisaje cambia rápida, endiabladamente, y no se puede tomar ningún punto como referencia más que el variar de la luz. Además, estoy exhausto. Todos lo estamos. Me han secundado nueve nobles españoles. Parecemos una sarta de prisioneros hacia el castigo mientras caminamos por las dunas, pero un soldado nunca se rinde, jamás. En el intento de llegar a Orán, la ruta por el desierto es más segura que bordear la costa.

Hay algo fundamental: no perder de vista al guía. He observado que se

orienta por la dirección del sol, calculando la longitud de nuestras sombras, y, por la noche, gracias a las estrellas. Me he fijado en cómo se mueve, cómo mira el paisaje, familiarizándose con él. Sin embargo, yo no creo que sea de utilidad seguir la posición de las dunas a lo lejos, ya que las que están por la mañana desaparecen por la tarde. El sol es la verdadera brújula durante el día, y caminamos en su senda hora tras hora. Lo tenemos a la espalda al iniciar el camino, y nos ilumina siempre en nuestra marcha hacia el este. Al atardecer, nuestras sombras se alargan en la arena por detrás, siguiéndonos como perros fieles. De vez en cuando, pasamos de largo estructuras enormes de piedras que, de lejos, parecen gigantes amenazadores. Son rocas

enormes que se superponen unas a otras en lo que parece un frágil equilibrio. El calor de la jornada hace que, además, se muevan en el horizonte con el temblor de los espejismos, y parece que vienen a pelear contra nosotros. Conforme nos acercamos, descubrimos con tranquilidad que son inofensivas estructuras naturales de piedras rojizas.

Hasta el segundo día, el tiempo es sereno y, aun así, han sido dos jornadas durísimas. El tercer día, todo empeora. La ventisca levanta la arena y, a pesar de los pañuelos con los que nos tapamos el rostro, se nos cuela por la nariz, azota las orejas, entra en los ojos y en la boca. Echo de menos un antifaz español. Estoy destrozado, pero también convencido de que la huida de la casa de Dalí Mami «el Cojo», quien se había convertido en mi dueño, ha valido la pena.

Realmente, Dalí Mami es uno de los personajes más crueles de Argel.

Por eso no podemos fallar. Nos espera una muerte segura si nos atrapan, así que toda nuestra esperanza reside en el joven de piel oscura que nos guía.

En los descansos, lo estudio. Tiene unos enormes ojos de miel rasgados, la piel del color de un dátil maduro, y va vestido con ropas de colores cenicientos. Sería fácil perderlo de vista en la distancia: se confundiría con el paisaje. Lo pienso como una premonición cuando permito que el cansancio me venza, adormecido por el calor de la hoguera cercana, pensando en que cada vez estamos más cerca de nuestro destino: la ciudad de Orán y la libertad.

Orán es plaza española, y encontraré filiados. Mi objetivo es contactar con alguno de los hombres que sé que Juan de Austria tiene allí. Yo viajaba

a España porque tenía que conseguir un puesto como capitán para luego encontrarme con él en Flandes, pero ocurrió todo lo que ocurrió. Estoy convencido de que el hermano del rey conoce mi situación, pero imagino que nada puede hacer por todos los presos de Argel.

La cuarta mañana, los rayos del sol me deslumbran. Son llamas en el horizonte cálido. Me noto los ojos llenos de arena y los labios resecos.

—¡Cervantes! ¡Cervantes!

Cuando consigo abrir los ojos, veo con sorpresa que los nobles tienen el rostro totalmente desencajado. Gritan.

—¡El guía se ha ido, Cervantes! ¡Nos ha abandonado!

—¿Se ha marchado?

—Debió de irse cuando dormíamos. Nos hemos dejado vencer todos por el sueño. Nadie lo ha visto.

El paisaje de dunas, dorado por el sol recién nacido, es, a pesar de todo, tan precioso…

—¡Abandonados! ¡Abandonados, Cervantes! ¿Qué vamos a hacer?

Todos esperan mi respuesta, porque soy yo quien he tratado con el guía para que nos ayude en la fuga. Ellos han colaborado con dinero, pero me lo han dado a mí. Soy el máximo responsable. ¿Qué podemos hacer? Hay dos opciones: una es seguir sin guía, arriesgándonos a la suerte de dar con el camino que tiene que llevamos hasta Orán; la otra es regresar a Argel, y a la prisión.

Esta segunda idea me produce vértigo y náuseas. Sé lo que nos espera: posibles empalamientos, azotes, orejas cortadas, quizá narices… Pero cuento con poco, aunque sí con algo importante: el dialecto. Ya conozco bastante bien la lengua argelina, y también la lengua franca. Cada rincón del idioma, cada matiz, cada giro del vocabulario me abre una puerta. Me lo había dicho Giordano dal Ricote, y tenía razón. Puedo ofrecerme, en último caso, como informador. Es algo en lo que he pensado desde que me hicieron preso, pero seguía aguardando el momento propicio, por si la situación se complicaba. Y ahora parece un buen momento.

Regresaremos, sí. Regresaremos, y yo explicaré, en dialecto argelino, que soy el único responsable y jugaré con mis otras dos cartas, las mismas que me han condenado a ser un preso de valor. Tengo las lenguas y las

cartas. Negociaré. «Las lenguas son las llaves», eso es lo que me había dicho Giordano dal Ricote con la solemnidad de quien transmite una enseñanza milenaria. Pues bien, las utilizaré.

Miro a los que se han arriesgado a acompañarme en la huida. Hacía medio día que apenas nos quedaba reserva de agua. El guía había dicho que nos estábamos acercando a un oasis y, con esa promesa y esperanza, pasamos la noche. Ahora, abandonados, entiendo que quizás era una estrategia para provocar nuestra muerte en mitad del desierto. Nos ha alejado lo suficiente como para que el regreso resultara prácticamente imposible. Nos ha traicionado; se ha quedado

con el dinero y nos ha abandonado. No hay prueba alguna de su responsabilidad. Si lo detienen, puede decir que no sabe nada de los fugados.

Vuelvo a mirar a los hombres que, exhaustos y sedientos, como yo, esperan mi respuesta. Parecen desesperados. Sé que soy su única opción de supervivencia. Hasta ahora me he mostrado convencido, así que todos creen que sé exactamente lo que hay que hacer. Pero… no estoy tan seguro.

Inspiro un par de veces y vuelvo a contemplar las dunas, que son más un laberinto que un sendero. Si avanzamos y no existe el oasis del que hablaba el guía, moriremos. Si volvemos enseguida, podemos racionar la poca agua de la que disponemos y existe una esperanza, porque no estamos tan lejos de Argel como de nuestro destino.

—Regresemos a Argel —lo digo con voz firme y serena.

Nadie discute. Todos me siguen en la senda del sol naciente, hacia él por la mañana y dándole la espalda al anochecer. Rojo, naranja, amarillo, naranja, rojo y blanco, y otra vez crepúsculos, mañanas, tardes y noches de luna, otra vez. Tres días de nuevo. Mojándonos los labios con alguna gota de las pocas que contienen las botas y con la saliva que nos queda entre los labios agrietados, estamos a punto de sucumbir. Tenemos tres días para regresar a la cárcel, quizás al castigo, pero también para huir de una muerte segura en el maravilloso y terrible desierto.

Al llegar a las puertas de la ciudad, los soldados están sobre aviso de nuestra fuga, y se abalanzan sobre nosotros. Como si eso hiciera falta.

Estamos tan extenuados que lo único que deseamos es que nos lleven a los baños, donde, por lo menos, hay agua.

— *Sayb ab-dira'!*

Lo dice con sorpresa uno de los carceleros mientras nos lleva de vuelta a la prisión. Añade que me admira por la valentía de fugarme y, sobre todo, por la osadía de regresar.

«Sayb ab-dira'». Ese soy yo. Saavedra también soy yo. Ahora ya lo sé.

Cuando me meten en el baño, un pequeño habitáculo, esta vez cargado de cadenas, sé que me conceden una tregua. No me van a matar. Intentaré huir de nuevo, pero ahora por tierra firme, no por esa masa arenosa del desierto que es mucho peor que el mar. Huiré por

una tierra donde no se fundan los pies con la arena. Así tendré más posibilidades. Pero, antes, tengo que esperar a que desaparezca esta sed que me asfixia. Tengo que olvidar los días del desierto, el rugido de las alimañas en la noche y la amenaza de las tribus que pueden surgir de entre la arena…

— *Sayb ab-dira'!*

El grito de mi guardián ha sido más de desconcierto que de reproche.

Hemos sobrevivido al desierto, solos, y yo he sido su guía. Los que conocen la cara oculta del mar de arena saben que aquello es una auténtica odisea, una gran hazaña. Me doy cuenta enseguida de que incluso mis carceleros me consideran un héroe. Miro entonces las cadenas. Puede que me juzguen en las horas siguientes. Quizá me condenen a muerte, pero, si no es así, si no me matan, huiré. Huiré y buscaré a don Juan de Austria y, algún día, en algún momento, cuando sea, escribiré de una maldita vez mi historia. Me sigue inspirando el caballero andante que empecé a ser al huir de España, al viajar a Orce y a Galera, al luchar en Lepanto y en las otras batallas y, en fin, el que he sido al rehacer las huellas borradas en el desierto, aunque exhausto y con llagas en los pies. Si no me matan, lo reviviré de una vez por todas en el papel.

En la cueva

En los baños de Argel, abril de 1577.

Y no me matan, pero me dejan cinco meses en un cautiverio severo, encadenado a las paredes del baño, en la oscuridad. La mañana en que por fin me permiten salir, la luz de las galerías que llevan hacia la parte común de la prisión, donde hay ventanas y algo más de aire, me hiere con una punzada aguda en los ojos. Tengo que adaptar poco a poco la vista. Imagino que mi aspecto está muy deteriorado. Por lo menos, yo me siento deteriorado. Los meses en la oscuridad han tintado la piel de mis brazos de amarillo, y mis piernas están secas, con un tono también amarillento y enfermizo. He adelgazado mucho y apenas si tengo fuerzas para sostenerme en pie. La cinta marrón, tiempo antes roja, de los tercios me baila en la muñeca esquelética.

—¡Cervantes!

Sin duda, ante la mirada sorprendida y lastimosa de mis compañeros de prisión, he cambiado mucho.

—¡Cervantes! Venid, tendeos en el suelo. Aquí llega un poco la luz del

sol.

Me dejo guiar, sin fuerzas. Me recuestan en el suelo y me duermo, vencido por todos los fantasmas que me decían que debía sobrevivir para poder llevar a cabo la misión para la que estoy predestinado.

Meses después, algo más repuesto, preparo la segunda fuga. Concierto citas y pago con el dinero de los nobles, que vuelven a confiar a en mí.

Incluso consigo que un jardinero nos sea cómplice. No me resigno a morir en un baño insalubre. Para asegurarme de que no nos traicione, como el guía del desierto, le he pagado algo anticipadamente, pero el grueso del negocio vendrá después, cuando la barca de Mallorca llegue al puerto de Argel y nos recoja, tal y como hemos convenido.

Llevo meses recorriendo el mercado en busca de contactos, de cartas enviadas a España a cambio de dinero en los barcos de los comerciantes mallorquines y valencianos que se pasean por la ciudad como si fuera su casa. Me he convertido en un experto diplomático clandestino.

Y, además, el jardinero nos ha conseguido un escondite magnífico: una cueva desde la que se ve el mar. De ese modo, en el momento en que el barco llegue a puerto, podremos correr hasta él, subir y alejarnos a toda prisa de la costa argelina.

Entrar en la cueva me supone un grato y fugaz viaje en el tiempo. Mi imaginación vuela hacia las viviendas de Orce y, sobre todo, se sumerge en la cueva de Galera. En mi cabeza, Fathima, la mujer de la canela, se pasea por los pasadizos que, en este lugar, no son tan largos ni tan aromáticos.

Aquí la humedad y el musgo carcomen las rocas; el salitre del mar provoca que un moho entre marrón y verdoso invada las piedras, y es difícil conciliar el sueño con el resonar de las goteras, repicando con obstinación, al fondo de la gruta. Sin embargo, aquí permanecemos unos meses. A veces, para evitar que detengan al jardinero que actúa como enlace y también para que no nos descubran si alguien lo sigue, deja pasar demasiado tiempo sin traernos víveres. En esas ocasiones, yo me aventuro a salir en busca de algo que comer.

He aprendido a vestir de modo que nadie vea mi mano defectuosa, que podría delatarme. Sería demasiado fácil que me identificaran por el muñón.

Me coloco el *suriyah* tapando todo el brazo izquierdo, y me manejo

bien con el otro. Así nos van pasando los días, las semanas, hasta que demasiados meses se suceden sin que aparezca el barco esperado. El escondite es muy arriesgado, porque lo más probable es que lleven meses buscándonos, y van a acabar por encontrarnos. Cada día que pasa, el futuro es más oscuro. Todos me han dicho que esperan lo peor. Y, mientras, el tal Viana, un marino mallorquín que había sido liberado antes, no aparece.

Cuando, tiempo atrás, los monjes trinitarios habían venido con dinero para los rescates, solo había habido suficiente para mi hermano Rodrigo y para un par de nobles. Aprovechando entonces sus liberaciones, unos caballeros de la orden de San Juan de Malta, don Antonio de Toledo y don Francisco de Valencia, dieron a los que se marchaban unas cartas firmadas, con el fin de que sus adineradas familias los ayudaran a fletar un barco desde Mallorca. A finales de septiembre de 1577 tenía que llegar la fragata comandada por Viana. Ese era el plan.

Ha transcurrido más de un año desde que intenté fugarme por primera vez a través del desierto. Ya he olvidado el terror que me dominó cuando me hicieron preso y la incertidumbre de los días posteriores, a la espera de la sentencia a muerte. La esperanza acicatea mi ánimo, aunque empiezo a sentirme cansado y algo abatido. Hoy me toca turno de vigilancia.

Estoy despierto en el relente de la noche argelina. La costa africana es, a pesar de todo, maravillosa. Tal como me sedujo el embrujo árido del desierto, me seduce ahora la belleza de las aguas iluminadas por la luna llena y el olor salvaje del mar. Argel es, debo reconocerlo, mucho más cosmopolita que las ciudades españolas que conozco. La oscura austeridad española resulta muy aburrida y gris frente a las calles llenas del color de las ropas y las gentes. Si no fuera cautivo, la ciudad me parecería acogedora, e incluso fascinante. El problema es, además del hecho de estar en prisión, que aquí no hay libros, no hay bibliotecas, y nadie parece valorar el papel escrito. Les gustan las historias, escucharlas, pero no hay una cultura del escritor, del intelectual en el mentidero, del teatro-espectáculo, como sí la hay en España.

Perdido en mis pensamientos librescos, me dejo mecer por el sonido de las olas que van y vienen, rompen contra las rocas y vuelven atrás.

Transcurren las horas y, al amanecer, no hay señal alguna del barco. El sol ensangrentado mece ahora las olas, dorándolas. En lo alto de los minaretes, el canto de los muecines hace volar bandadas de palomas.

La imagen es cautivadora y el momento, embriagador. Vuelvo la vista hacia el horizonte, confiado en que en ese momento de puro misticismo aparezca el barco que ha de venir a rescatamos. No veo nada. Ninguna nave se acerca por mar, pero sí que se aproximan gritos por tierra. Se acercan a la cueva; distingo

entonces lo que dicen y murmuro entre dientes un ahogado: «Nos han encontrado…». Lanzo el grito hacia dentro para avisar al resto.

—¡Nos han encontrado! —repito, alzando la voz—. ¡Vienen a por nosotros! ¡Saben que estamos aquí!

Yo creía que, después de haber peleado en la Alpujarra y en Lepanto y tras haber sobrevivido al desierto, nada podía ya causarme temor. Sin embargo, al ver de cerca a aquellos hombres armados, de miradas iracundas y enrojecidas, me invade un miedo incontrolable. He visto actuar a soldados llevados por la rabia, como a don Juan de Austria, y parecen no saciar su sed de daño y tormento cuando están en la lucha contra el enemigo. Me aterroriza, más que ser hecho prisionero de nuevo, la tortura. Y no hay modo de escapar. Solo podemos intentar huir bajando por la montaña, pero hay soldados moros subiendo velozmente desde todos los puntos de la colina.

—¡Cervantes! ¿Qué hacemos? ¡Cervantes! —gritan los nobles, aún medio dormidos, al tiempo que salen de la cueva.

Otra vez, como entre las dunas, acuden a mí como último recurso.

—Yo…

Me siento impotente. «¿Qué diablos podemos hacer?», reflexiono.

Llevan armas de fuego. Si intentamos huir a la desesperada, nos dispararán.

Estamos en una ratonera. De nuevo, lo más sensato parece ser entregarse, como al regresar de la aventura en el desierto.

—Hay que rendirse.

Estoy seguro de que mi voz transmite toda la pena, el miedo y la frustración que siento. Ellos me miran recriminándome el fracaso de la misión.

—Entregaos. Entreguémonos. ¡Entregaos! —repito con más autoridad

—. Yo asumiré la culpa, no os preocupéis.

Estas últimas palabras coinciden con la llegada de la guardia. Todos nosotros levantamos las manos, mostrándoles que no vamos a ofrecer resistencia. De inmediato, nos atan a una cuerda gruesa que hiere las muñecas. Caminamos convertidos en una ristra de hombres. Si uno tropieza, caen también el de delante y el de detrás. Algunos van a rastras varios metros porque dan latigazos a los primeros, que se afanan en

avanzar, y los que caen no pueden evitar ser arrastrados, porque la marcha no se detiene. Nos llevan como animales.

Al llegar de nuevo al baño, nos enteramos de lo ocurrido: ha habido un chivatazo. Han ajusticiado al jardinero que nos ayudaba. Me consideran el cabecilla de la fuga, y me han citado para anunciarme cuál es mi destino. El juicio es rápido, y dictan sentencia:

—Se os condena a…

La gran sala decorada al estilo turquesco, con relieves de mandalas geométricos y farolillos de colores, resulta exótica y agradable. Perderme ahora en la decoración de la sala, justo en el momento en que van a anunciar la pena que han decidido para mí, puede parecer una tontería. Sin embargo, me vienen a la memoria vividas imágenes de otros mandalas.

Fathima, la mujer de canela, se pierde por un pasillo decorado con baldosas similares. La sigue su hijo, y también mi mirada ansiosa, mientras permanezco sentado junto a su marido en uno de los cojines de su casa esperando a que nos traiga un té.

—… A morir mediante…

Aprieto con fuerza la mandíbula y me preparo para oír el modo como han decidido que debo morir.

Fathima

Argel, enero de 1578. Unos meses antes.

En una de mis incursiones por el zoco, percibo un aroma a canela más sutil y personal que el que desprenden las paradas que venden especias. Lo reconozco al instante. Voy vestido al modo moruno, con el rostro medio cubierto. Estoy comprando unas berenjenas, cuando, siguiendo con la mirada el brazo de tela violeta que me ha dado un

ligero golpe en la mano, llego hasta un rostro de mujer cubierto por un velo azul celeste, y, en él, el brillo de aquellos ojos rasgados del pasado, pintados con carboncillo.

Tiemblo, asombrado porque es ella, la mujer de canela a la que ayudé a escapar de la cueva de Galera. ¡Es Fathima!

Sé que está mal visto que hablemos, así que no digo nada. Ella me indica, con un tímido movimiento de cabeza hacia la derecha, que la siga. Y

eso hago, dejando entre los dos unos cuantos metros de distancia, hasta que llegamos a un pequeño callejón solitario.

—Sabíamos que estabais aquí, pero no hemos podido contactaros hasta ahora.

Abro mucho los ojos, aún más sorprendido. Eso quiere decir que no ha sido un encuentro casual, que estaba preparado.

—¿Lo sabíais? ¿Sabíais que estoy preso?

—Sí.

Hablamos en árabe. Ella susurra, inquieta. Mira constantemente hacia todos lados para comprobar que nadie es testigo de nuestro encuentro en la

calleja. Y yo también estoy inquieto, pero por otros motivos: tengo delante a la mujer a la que amo desde que la conocí, ahora, tanto tiempo después.

Vienen a mi cabeza las imágenes de Galera: sus ojos la primera vez que la vi, los días en la cueva, el candil que ella repuso en su lugar, la batalla, la conversación en la penumbra el día de la matanza… La miro de cerca. Es un palmo más baja que yo, por lo que sus ojos quedan a la altura de mi barbilla. Repaso la parte del rostro que no se cubre: ojos, cejas, una parte de la nariz. Sigo recorriéndola con la mirada, hacia abajo. Las ropas se abultan notablemente a la altura del vientre.

Me quedo muy desconcertado. Sin duda, está embarazada. Ella me mira ahora también con gran intensidad. Pensándolo bien, debe de creer que soy un traidor, de unos y otros. Y dice que me buscaban. Pero ¿quién o quiénes?

En el peor de los casos, quizá quieren vengarse por mi traición; en el mejor, tal vez pretendan liberarme…

—Entonces, ¿me buscabais?

—Sí. Hay alguien que quiere hablaros.

Unas voces se acercan por el extremo del callejón que queda a oscuras desde el recodo en el que estamos.

—Venid aquí mismo dentro de tres días —se apresura ella a decir—. A esta hora. Así estaremos todos.

Y con una rapidez que apenas me permite contestar, se emboza y camina hacia las voces. Al poco, un par de hombres pasan por mi lado conversando con toda tranquilidad, totalmente ajenos a mi emoción.

Rehago el camino hacia la prisión pensando en el encuentro. Me ha encantado verla, pese a que esté embarazada. Pero son demasiadas las preguntas: ¿quién será el padre de su hijo?, ¿quién quiere hablarme? Y

¿quiénes serán todos los que quieren verme?

Tres días después, en el lugar y a la hora pactados, aquí estoy. Fathima llega desde el fondo del callejón. Se me acerca un momento, lo suficiente como para que oiga su susurro:

—Seguidme a distancia.

Obedezco. Me he dado cuenta de que se ha quedado mirando fijamente el muñón de mi mano izquierda. Pero no dice nada y empieza a caminar lentamente por delante de mí. No se distingue su cabello, aquella gruesa

trenza oscura que yo había admirado en la penumbra de la cueva de Galera.

Las muchas capas de ropa que la cubren flotan en el aire mientras avanza.

Se mueve con pesadez por entre el laberinto de callejuelas, hasta llegar a una puerta que, por la jarapa de colores en la entrada, me recuerda a su cueva en Galera. Se gira para comprobar que la he seguido. La veo de perfil, con su enorme barriga recortándose contra la pared. Ella entra en la vivienda con imprevista agilidad.

Durante un momento, vacilo. No me ha hecho ningún gesto que

significique que también debo entrar, así que decido esperar. Apenas unos segundos después, asoma la cabeza del valiente guerrero jenízaro al que arrastré hasta la cueva de Galera. El hombre mira a ambos lados para comprobar que no hay nadie más, y entonces me indica con la mano que entre.

Me sorprendo, pues me encuentro con una escena parecida a un pacífico cuadro familiar. El jenízaro de ojos azules y belleza mítica, la mujer de canela embarazada, un pequeño de unos tres años a su lado y, sentado en el suelo, un anciano.

—¡Giordano dal Ricote! ¡Maestro!

El hombre está acomodado en uno de los grandes cojines que se acumulan por todo el suelo de la estancia.

—¿Qué hacéis aquí? —Estoy tan sorprendido que me parece estar soñando.

—He venido a hablar con vos.

—Pero… Yo…

—No entendéis nada. ¿No es así, Cervantes?

—Sí…, es decir, no. No entiendo nada.

Y me explica. Se enteró por el cardenal Acquaviva de que la nave en la que yo regresaba a España había sido interceptada, que luego caí preso, que Juan de Austria montó en cólera cuando supo que nuestra nave, con todos los nobles que iban a bordo, fue saqueada. Se había quedado sin algunas piezas clave con las que contaba en sus compañías. Iban allí muchos de los grandes.

—Tengo un mensaje para vos.

—Soy todo oídos.

—Su alteza Juan de Austria quiere que contactéis con uno de sus enlaces en Orán. Tiene intención de ayudaros. Ha hablado con el rey, pero su hermano ya no tiene interés en el sur ni en la lucha contra el turco. Ahora está obsesionado con el norte. Lo único que le importa es hacerse con Flandes. Pero en Orán hay afines a Juan de Austria que os llevarán junto a él.

—Pero debo escapar para llegar a Orán…

—Sí, vos y todos los nobles. Os necesita.

Mientras conversamos, el jenízaro guarda silencio. Su mirada clavada en mí me inquieta. Creo que quiere decirme algo. Lo miro fijamente, como invitándolo a hablar.

—¿Por qué me ayudasteis? —se decide al fin—. Vos luchabais con los soldados españoles. Habíais mentido a los lugareños…

—Bueno, yo…

—¿Acaso no tenéis honor? ¿Quién os pagó?

Fathima me clava sus ojos negros desde el otro lado de la estancia. Me ha mirado varias veces la mano estropeada sin decir nada.

—No, no recibí ningún pago, yo…

—¡Mahamed, parad! —Lo interrumpe mi maestro—. Ya os expliqué el papel de Miguel en este asunto. Es un hombre de frontera, como yo.

Mi asombro va en aumento. ¿Él, un hombre de frontera? ¿Era un espía moro en el palacio de Acquaviva? Necesito situarme, así que le pregunto:

—¿Vos ahora no vivís en Italia?

—Cuando me enteré de vuestra captura, intenté contactaros, pero no había forma de que os hicieran llegar una carta. De todas formas, quizá no la hubierais podido contestar. Así que llevo bastante tiempo intentando venir para ayudaros a huir.

—No sabía que me tuvierais en tan alta estima.

—Juan de Austria me encargó que rescatara a todos los nobles que pudiera y, además, ocurrió algo…: los ayudasteis. —Señalaba a la pareja, que me miraba en silencio. Los observé a mi vez: el jenízaro rodeaba a Fathima por los hombros, y el pequeño estaba a sus pies—. Me alegré sobremanera de que hubierais comprendido lo que os quería decir.

—¿A qué os referís? Me dijisteis muchas cosas…

—Que las cosas no siempre son blancas o negras. Vos viajabais para luchar contra los moriscos, pero acabasteis por comprenderlos.

—Cierto, pero, ahora, sus iguales me tienen preso. Es un pago ingrato.

—Para eso he venido, para reparar una injusticia.

—¿Acaso podéis liberarme?

—No puedo sacaros de aquí oficialmente, pero sí puedo conseguir el dinero para que algún monje trinitario haga el trámite.

—¿Cómo?

—Soy muy conocido en estos mercados. Toda mi niñez y mi juventud transcurrieron aquí. Tengo todavía buenos amigos.

—Pero… no comprendo cómo os conocéis… ¿Cómo llegasteis a coincidir? Él estaba en España —digo, señalando al jenízaro, que sigue mostrándose reacio ante mi presencia—, y vos en Roma…

Los dos hombres se miran y salen un momento de la sala. Yo me quedo solo porque, justo antes, Fathima y el niño habían desaparecido.

Cuando vuelven a entrar, el jenízaro trae el turbante con la cuchara que tanto me había llamado la atención en Galera. Cuelga de su lugar, brillante aún. Giordano remueve entre unas ropas y saca su cuchara, aquella con la que yo lo había visto sorber innumerables caldos en Roma. Eran la misma.

—¡Sois jenízaros! ¡Los dos!

Giordano sonríe con esa mueca misteriosa que le transforma el rostro y comienza a hablar. Los jenízaros se organizan en ortas o regimientos. Al frente de cada una de ellas, está el *tchorbadji bachi bachi*, el coronel. Por debajo de él, está el *achtchi bachi*, el capitán o jefe de cocina. Ante mi sorpresa por la referencia gastronómica, me aclara que su orden militar gira en torno al *kazan*, un caldero de bronce en el que se cocina la comida que todos comparten. La cuchara con la que comen se convierte en su insignia.

Es condición necesaria no estar casado, y en eso es en lo que más se parecen Giordano y el jenízaro. Mi maestro, al fin, me cuenta su historia de amor en el pasado con una joven argelina, con la que se casó y tuvo una hija que murió en el parto, igual que la madre. Al haber faltado a su promesa de celibato, fue expulsado de la orden y se dedicó desde entonces al espionaje.

Al hombre que tiene a su lado le había ocurrido lo mismo al enamorarse de Fathima. Sin embargo, no podían olvidar la promesa

que habían hecho y,

me dijo, morirían sintiéndose jenízaros.

Comprendo ahora el valor simbólico y emotivo que tiene para él la cuchara con la que lo he visto comer tantas veces. Y pienso en mi cinta marrón, antes roja. La insignia del valor y de la pertenencia a un grupo.

Estos hombres están ahora traicionando sus ideales por ayudarme. Sin embargo, ¿no estoy traicionando yo los míos por el hecho de planear mi fuga con ellos?, ¿no traicioné a los míos en Galera ayudándolos a fugarse?

Giordano parece leer mi mente.

—Os expliqué el significado de aquella palabra…

—¿Lengua?

—Sí. ¿No os fijasteis en que no estaba en singular?

—Eran dos palabras: *lengua* y *dos*.

—¿No lo entendisteis? Yo os dije que ser lengua es ser espía; el número dos lo dejé para vos.

—Dos lenguas.

—Eso es. ¿Comprendéis?

—Dos espías en una persona… ¿Un doble espía?

—Sí, pero debíais guardar silencio.

—¿Ese era el segundo mensaje? ¿Por eso me esperabais al salir de la audiencia con el cardenal?

—Por eso. Pero fue él más listo que yo. Me envió enseguida fuera de la ciudad. Creo que sospechó entonces de mi doble identidad. —Y, repitiendo unas palabras muy parecidas a las que me dijera en Galera don Juan de Austria años atrás, añadió—: Escuchad, mi querido hombre de frontera, esto es lo que vamos a hacer.

* * *

Ricote me mira con intensidad antes de proseguir.

—Escribid de vuestra mano una carta, y yo me ocuparé de que uno de los mercaderes la haga llegar a Orán. Decidle vos dónde y cuándo os podrán rescatar.

—¿Estáis seguro de que es buena idea?

—¿Se os ocurre otra mejor?

Insisto en que la intervención del gran comandante español sería oportuna. Y, en cierto modo, siento que me la debe.

—Podría venir don Juan a rescatarnos. Ya que su hermano no puede, ni siquiera apelando a la diplomacia, él sabrá actuar. Es muy astuto.

—Tal cosa podría ser considerada como un ataque directo, y ahora al rey no le interesa calentar los ánimos, todo lo contrario.

—¿Queréis decir que ahora el turco y España son aliados?

—Bueno, más bien que España y el imperio tumo no están en su peor momento.

Me cuesta entender que sea un momento feliz. No hace tanto de Lepanto, ni una década. ¿Acaso tan rápido se han olvidado las enemistades?

El mundo gira a una velocidad que me marea, y yo, encerrado en un baño de Argel, nada puedo hacer, por más que me permitan salir a la calle. De todos modos, no acabo de creerme que moros y cristianos hayan llegado a un entendimiento, pero no se lo discuto a Giordano.

Allí mismo, me concentro en la escritura de la misiva. Giordano me ha facilitado los utensilios y me anima a redactar. Como él conoce bien al personal de Orán, me indica a quién debo dirigir la carta: Martín de Córdoba. Le solicito que me envíe a algún espía que me ayude a escapar. Si don Juan de Austria está por medio, es seguro que el plan tendrá éxito. Me ha dicho en muchas ocasiones que me estaría eternamente agradecido por haberle salvado la vida en Orce, que procuraría ayudarme siempre, y sé que es un hombre de palabra.

Dejo la carta en manos de Giordano, me despido de Fathima y de su marido jenízaro —ahora también sé que se casaron al poco de huir de Galera— y vuelvo a los baños, rogando a Dios que la carta llegue a buen término. Con esa esperanza, me siento ahora menos

desamparado.

Sin embargo, transcurren los días y no tengo más noticia que, una tarde de tormenta, los gritos de cólera de Hasán Veneciano. Viene a verme colérico.

—¿Cómo os habéis atrevido a enviar una carta a Orán? ¿Y solicitando un espía? Me tenéis ya muy cansado, Cervantes.

—Yo…

—¡Silencio!

Me condenan a estar encadenado en los baños, a oscuras, y a recibir dos mil palos. Apenas me dan de comer, pero no me importa, no tengo hambre.

Tengo solo ganas de salir, de que cumplan la condena sobre mí y de acabar de una vez por todas o de saber que voy a sobrevivir… Las horas se hacen eternas, y no me llaman para darme los palos. El tiempo va transcurriendo.

Tanto podrían haber pasado horas como meses enteros o años. El tiempo se dilata y se estira o se encoge sobre sí mismo.

—No digáis nada. Suerte tenéis de los buenos contactos que os salvaguardan. No dejáis de sorprenderme. Parece que os han comprado los dos mil palos que os teníamos que dar.

No entiendo qué quiere decir. Puede referirse a Giordano dal Ricote, o incluso al hermano del rey, así que no digo nada para no enfadarlo más. Lo que quiero es salir del baño, ir al mercado y volver a hablar con Giordano, que se ha convertido ahora en mi único enlace con el mundo fuera de Argel.

Necesito saber qué ha ocurrido con la carta y, sobre todo, qué debo hacer a continuación.

Después de varios meses, salgo de la prisión. Me han perdonado los palos, no sé por qué. Vuelvo a los baños y al permiso de salir por las calles, así que intento un encuentro fortuito con mi maestro por el mercado, en las placitas y callejas, pero no tengo suerte, no doy con él; de modo que me arriesgo a ir a la casa a donde me llevó Fathima, vigilando que nadie me siga.

Abre la puerta Giordano. Al verme, sin decir nada, me agarra por los

hombros y me mete dentro de la vivienda de un empujón.

—Necesitaba hablaros, maestro.

—Yo también, pero es peligroso. Hay más espías en Argel de los que podéis imaginar.

—Bien, aquí estoy.

Se hace un silencio denso por unos instantes.

—Interceptaron la carta —rompo a hablar.

—Lo sé. —Espero a que continúe. Lo conozco, y sé que quiere seguir hablando—. Cervantes, don Juan de Austria sospecha de su hermano. Han ocurrido cosas terribles en España y se siente abandonado.

—¿Qué sospecha?

—Que no lo apoya, que lo ha llevado a una ratonera en Flandes, que no tiene ningún interés en ayudar a los cautivos…

Me siento abrumado ante tanta información, y le pido que me lo explique con calma. Giordano me mira fijamente y me cuenta entonces, pausadamente, que el secretario del rey Felipe, Antonio Pérez, lo ha convencido de que su hermano trama un plan por el que quiere destronarlo.

O sea, que ha convencido al rey de que don Juan de Austria es un traidor.

—¿Juan de Austria, un traidor? —Recuerdo mi última conversación con él y, aunque sé que estuvo tentado de liderar un levantamiento contra su hermano, nunca lo creí capaz de hacerlo—. ¿Cómo puede creérselo el rey?

Si es así, está claro que no lo conoce. Solo alguien acomplejado ante el valor y la grandeza de don Juan puede dar crédito a esas acusaciones.

—Lo cierto es que unos sicarios han matado a Escobedo, su secretario, en Madrid, y él sospecha de un complot real. No cree que hayan sido unos simples ladrones.

—¿Cree que el rey Felipe ha ordenado la muerte de su secretario?

—Parece ser que Antonio Pérez ejerce mucha influencia sobre el rey, y este se ha creído sus argumentos envenenados.

—¿Y qué va a hacer ahora don Juan?

—Se ha quedado indefenso en Flandes. Tiene a todo el mundo en su contra, porque las tropas españolas se han tomado como motín las propiedades de la gente, dado que la corona hace tiempo que no les paga.

Han saqueado, violado y asesinado… Imaginad qué panorama. — Cuando dice esto, regresan a mi mente las imágenes de Galera. Giordano continúa

—: Lógicamente, don Juan de Austria solo recibe rechazo por parte de los habitantes de la zona, y no tiene apoyo ni respuesta de España. Está solo.

—Comprendo.

—Me voy a Flandes, Cervantes. Quiero ayudarlo. Me necesita en sus filas.

Yo también quiero actuar. En esta situación, me siento más prisionero que nunca.

—¿Y yo?

—Volveré a por vos, no os preocupéis. Seguid intentando huir. De todas

formas, espero no entretenerme demasiado. En cuanto hable con su alteza sabré cómo puedo sacaros de aquí.

Me sonríe y rebusca entre sus ropas. Me muestra su cuchara brillante y se la lleva a la altura del corazón.

—Sabéis lo que significa, ¿verdad?

—Sí, maestro, significa que volveréis.

Es su palabra. Vendrá a por mí.

La caída de los héroes

En los baños de Argel, enero de 1579. Un año después.

Pasan los meses, y Giordano no vuelve. Hace tiempo que partió de Argel, y sigo sin saber nada de él. Empiezo a impacientarme. Tampoco tengo noticias de España; mi hermano parece no conseguir nada.

Continúo paseando por el centro de la ciudad. Y paso de vez en cuando por la casa donde me encontré con Giordano, pero siempre la hallo vacía.

Hasta que un día, en el mercado, uno de los vendedores de dátiles me da un papelillo enroscado cuando voy a pagar. Se ríe, mostrando tres dientes amarillentos, solo tres, cada uno en un lugar distinto. Las encías las tiene muy rojas. Me hace un gesto con la mano repetidamente; que me vaya, que me vaya, que no lo abra allí delante de él.

Cuando me alejo, despliego el papelito.

Mañana a tal hora en mi casa

Reconozco la caligrafía de Giordano dal Ricote. Entiendo que se refiere a la misma casa donde nos encontramos la última vez que lo vi, hace ya casi un año, así que, el día siguiente, a la hora indicada, me presento allí.

—¿Estáis solo?

Lo he preguntado con la ilusión de volver a ver a Fathima, pero, al parecer, ella y el jenízaro se marcharon a Constantinopla cuando nació el

bebé. Prefieren que sus hijos se críen allí. Me vence una triste melancolía, aunque intento disimularla.

—¿Y ahora vivís vos aquí?

—Sí. Siempre vivo aquí cuando estoy en Argel. Es la casa de mi niñez.

Les dejé mi casa. La he dejado a muchos jenízaros expulsados, porque he pasado muchos años de mi vida en el extranjero. Somos una gran familia.

—Coméis del mismo puchero… —Sonrío para darle a entender que comprendo la hermandad que los une.

—Cierto.

—Giordano, estoy muy cansado. ¿Creéis que podéis ayudarme a escapar?

Se hace un silencio que rompe el maestro al rato:

—Tengo una mala nueva que daros. —Su semblante serio me pone en alerta.

—Decid.

—Juan de Austria murió en Flandes.

—¿Muerto? —Mudo el gesto—. Pero ¿cómo? Era joven y valiente…

—Se sospecha que se trata de un complot real.

—¿Su hermano…? Me dijisteis que él lo suponía, y ¿no pudo hacer nada por evitarlo?

—No se puede demostrar nada. Juan de Austria no pensó que su hermano fuera a llegar tan lejos.

—Pero ¿cómo murió?

—Oficialmente, de una hemorroide mal curada. —Me mira con una mueca de lástima—. Indigno final para tan gran caballero, ¿no es cierto?

—¿Y no fue así?

—Estoy seguro de que fue envenenado. Cada vez estaba más débil, su cuerpo no le respondía. Meses antes de morir ya tenía el color amarillo de la muerte en el rostro.

No sé qué decir. Todos mis planes de fuga se desmoronan como un castillo de arena. Sin el dinero de mi familia y sin ningún contacto poderoso, salir de los baños va a ser sumamente complicado. Además, una vez muerto, la carta de don Juan de Austria no tiene ningún valor. Para acabar de rematar la situación, Giordano me dice que tampoco la del duque

de Sessa me va a servir, puesto que también murió el pasado mes de diciembre. Las cosas están peor de lo que esperaba.

Y, además, como ya había intuido don Juan, Argel no es ya una prioridad en la estrategia política del rey Felipe. Los presos de los baños nos hemos convertido en los secundarios de una obra de teatro que tiene como escenario principal el norte de Europa e Inglaterra, pero no Argel.

—¿Qué voy a hacer ahora, maestro? ¿Creéis que algún día podré salir de aquí?

He dicho «de aquí» pensando en la prisión, pero también en la ciudad, que se ha convertido para mí en una gran jaula. Siento claustrofobia aun recorriendo las calles y el zoco, incluso sintiendo el aire del puerto, con ese aroma a sal que es el mismo de Barcelona, Cartagena, Mesina o Lepanto.

—Y, ahora, ¿qué voy a hacer? Juan de Austria era mi valedor… —

repito la pregunta, desesperado.

—También era mi protector. Vine aquí porque él me lo pidió. Yo, sin embargo, puedo quedarme… Creo que lo voy a hacer. Y vos…, podéis convertiros…

—¿Convertirme? ¿Ser un renegado? ¿Y toda mi lucha hasta ahora?

Sé que Argel está lleno de gentes en mi situación y aceptan cambiar de religión para sobrevivir. He visto a muchos de ellos, se les ve felices. Sin embargo, ¿qué sentido tendría haber peleado en Lepanto? ¿Qué sentido tanta resistencia por mi parte? Giordano no me contesta.

—Maestro —rompo el silencio—, ¿por qué no me enseñasteis el dialecto de Argel si habíais nacido aquí?

—Nadie debía saber cuál era mi origen. Vos sabéis mucho de misterios y secretos. Os enseñé el árabe que todos comprenden, el árabe que no daría pistas de mi origen.

—¿Qué voy a hacer…?

He formulado la pregunta en voz alta, pero iba dirigida solo a mí. «¿Qué voy a hacer?», me digo ahora en silencio. Sin contactos, puedo morir aquí.

La conversión no me tienta.

—Yo —responde Giordano, creyéndose interpelado— lo único que puedo hacer ahora es intentar conseguir el dinero para que alguno de los frailes trinitarios os pueda rescatar. Tengo buenos amigos en el mercado.

Creo que podemos conseguir la cantidad. A Hasán Veneciano le interesa cobrar lo que pide por sus cautivos. No tiene demasiados recursos.

—Podéis tardar años…

—Eso es cierto. Mirad, entretanto, os pondré en contacto con un mercader. Ya está hablado. Para eso os he hecho venir. Se llama Onofre Exarque. Va a conseguir una fragata armada y podréis viajar hasta sesenta cautivos. Vamos a atar cabos.

Me explica cómo ponerme en contacto con él y, mientras, recaudará el dinero para salvarme si el plan de fuga falla por cuarta vez.

Ahora ya casi lo tengo todo listo: el barco y los caballeros que me han de acompañar. Cuando logro ponerme de acuerdo con el mercader, entonces aparece un cura resentido, familiar de la inquisición, que se llama Blanco de Paz. ¡Nombre terrible donde los haya! Desleal, envidioso y cobarde enemigo, se ha enterado de nuestro propósito y de que no hemos contado con él. Yo no quiero que él conozca el plan, sé que puede ser un traidor, así que lo he tratado de mantener en secreto. Pero al fin ha conocido los detalles, y lamentablemente veo que se cumple mi pronóstico: Blanco de Paz acude a las autoridades de los baños y nos delata.

Así que estoy de nuevo ante Hasán Veneciano. Lo observo mientras se pasea delante de mí, con las manos a la espalda y la mirada orgullosa. Está furioso. Después de haberme condenado varias veces y de concederme el perdón todas ellas, esta vez ya no va a tener clemencia. He escuchado ya de su boca varias sentencias: que voy a morir ahorcado, que voy a recibir no sé cuántos palos, que me voy a pasar meses encadenado —esto sí lo he cumplido sobradamente—, y ahora me dice que me van a llevar…

—… A Constantinopla.

Es su última voluntad para conmigo. No habrá más oportunidades para mí. Se ha enterado de la muerte de Juan de Austria, sabe que no va a venir a buscarme. Me doy cuenta de que todo este tiempo me habían considerado un cautivo de valor, porque pensaban que quizás el hermano del rey estaba interesado en mi rescate y ellos podrían entonces capturarlo. El mayor de los trofeos hubiera sido… Evito reírme, aunque la situación me parece de lo más cómica. Todos estos años pensaron que yo era muy importante para don Juan de Austria, y parece que lo fui, pero el hermanastro del rey no

tuvo suficiente influencia como para liberarme. No quiero pensar que tampoco le puso suficiente empeño.

Y la realidad es que aquí sigo, escuchando por cuarta vez la sentencia del hombre que me ha comprado.

—… A Constantinopla, condenado a galeras.

Saavedra

19 de septiembre de 1580, en el puerto de Argel. Poco después.

Me han puesto una argolla en el tobillo. Si no muevo el pie, no me molesta. De todas formas, sé que no voy a levantarme de este banco durante algunas semanas. Desde esta posición, sentado en el lugar de la chusma, ni siquiera veo la línea del horizonte. Voy a estar obligado a remar sin saber ni siquiera hacia dónde me dirijo. Observo a los que se sientan junto a mí: tres hombres con cicatrices en el rostro, con el cabello rapado. Uno tiene manchas rojas por todo el cráneo, a otro le falta un ojo, y el tercero tiene la piel hundida hacia dentro, con una especie de purulencia amarilla que sobresale de una cicatriz mal curada, como si fuera una puntilla. Me miran con desprecio. Han visto el muñón, y sé que piensan que voy a ser un estorbo, que estoy ahí porque tiene que haber cuatro en cada banco y porque me han castigado, pero temen que van a hacer el trabajo ellos solos.

Intento colocar las dos manos en posición de agarrar el remo, pero lo cierto es que la izquierda no puede ni siquiera rodearlo. No ayuda tampoco el llevar otra cadena en las muñecas. Me sorprende que no me hayan rapado el cabello ni las barbas, como a ellos. Es como si la condena fuera el mismo hecho de estar ahí sentado, cargando con mi extrema delgadez.

Los preparativos están ya casi listos para que la nave zarpe. Me siento débil, y no creo que pueda seguir el ritmo de boga durante mucho tiempo; eso, si puedo empezar. Ojalá se trate de una bravuconada de Hasán Veneciano, quien todavía crea que, si quiero, puedo obligar a mi familia a

pagar mi rescate. Puede que piense que, en esta situación límite, los voy a presionar. Sin embargo, yo miro hacia mi tobillo y veo en la argolla el símbolo de la derrota final. No he hecho ningún trámite para que mi familia pague, no he vuelto a insistir.

—¡Cervantes! ¡Miguel de Cervantes Cortinas!

Alguien grita mi nombre abajo, en el puerto. Me llaman. Intento levantarme, pero el hierro se me clava en el pie y no puedo moverme.

—¡Yo soy! ¡Yo soy!

Grito a mi vez desde el banco, levantando la cabeza todo lo que

puedo, por si alguien me oye, por si mi grito puede obtener respuesta antes de que el barco salga de puerto. Nadie contesta. Apenas unos minutos después, uno de los marineros se acerca con un manojo de llaves y abre los candados de mis cadenas: los cerrojos de los tobillos, los de las muñecas.

—Miguel de Cervantes, ¿eres tú?

—Sí, yo soy.

—Bajad. Os reclaman.

Doy las gracias al cielo. ¡Vienen a rescatarme! ¿Vienen a rescatarme?

Desciendo con rapidez, nervioso por la incertidumbre, y suspiro al dar de nuevo con los pies en tierra firme.

—¿Miguel de Cervantes Cortinas?

—Sí.

Un fraile trinitario, con túnica blanca y correa negra, escapulario blanco sobre el que lleva una cruz roja y capucha blanca, me mira con interés.

—Hemos conseguido el dinero de vuestro rescate. Sois un hombre libre.

—¿Un hombre libre? —Estoy confundido.

Miro alrededor, en busca de Giordano dal Ricote. Tiene que haber sido él. Pero no lo veo. Tampoco me atrevo a preguntar al fraile, que dice llamarse Juan Gil, por mi maestro de árabe. Él me pide que lo acompañe y que firme un documento conforme me ha liberado. Acto seguido, dicta ante un escribiente que ejerce de notario la fe de mi rescate en el *Libro de las redenciones* de la orden trinitaria. Leo por encima de su hombro lo que va escribiendo según yo voy dando la información que el fraile me pide: «…

de edad treinta y un años, hijo de Rodrigo de Cervantes y de Dña. Leonor de Cortinas, vecino de la villa de Madrid, mediano de cuerpo, bien barbado,

estropeado el brazo y la mano izquierda, cautivo en la galera del *Sol*, yendo de Nápoles a España, donde estuvo mucho tiempo en servicio de S. M.

perdiose a 26 de septiembre el año 1575; estaba en poder de Azán Bajá Rey, y costó su rescate 500 escudos de oro en oro».

Quinientos escudos de oro. Ese es mi precio. Van a cumplirse cinco años de cautiverio. Toda una vida. Sigo sin querer preguntar al fraile por mi maestro, pero continúo con los ojos bien abiertos mientras recorremos el camino hasta llegar al lugar donde vamos a alojamos mientras prepara los documentos que han de permitir mi embarque hacia España.

Tres días después, la mañana en la que Juan Gil me ha anunciado que vamos a partir, estamos de nuevo en el puerto de Argel. Navegaremos en una nave amiga y regresaré a mi país con libertad. En el muelle, las mercancías se agolpan por todos lados. Hay un enjambre de personas que pululan arriba y abajo. Cautivos en largas ristras unidos por cuerdas, comerciantes que hacen negocios, marineros ocupados en los últimos preparativos antes de partir y algunos monjes que intentan tratos de última hora, como el que me salvó a mí.

Asciendo por la escalerilla y, una vez en cubierta, miro con lástima infinita a los galeotes que van a remar para conseguir que la nave llegue a nuestro destino. Todos van rapados. Miro sus tobillos.

—¡Saavedra!

Me vuelvo, absolutamente consciente de que esa voz me está llamando a mí. He asimilado ese apelativo como otro de mis nombres.

—¡Giordano! ¡Maestro! —Lo veo abajo, en el muelle.

Debo hablar un momento con él. El fraile asiente ante mi mirada interrogante que le pide permiso. Mientras bajo, él sigue gestionando mi pasaje y el de otros nobles y soldados a los que también ha rescatado.

—¡Maestro, al final me rescataron! Los frailes consiguieron el dinero.

Sonríe, y entiendo en su mirada lo que no me dicen sus palabras.

—Fuisteis vos…

—Os dije que tengo muchos amigos.

—¿Vais a volver a Roma?

—No, estoy ya viejo. Quiero morir donde nací.

—¿Os quedáis en Argel?

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Muerto don Juan de Austria, no me quedan enlaces a los que pueda servir.

—¿Y en España?

—Veréis…, en España las cosas han cambiado. Como os dije, esta zona del sur no es ya del interés del rey.

—¿Puedo hacer algo por vos? Os debo la vida.

Giordano se queda callado, mirando al suelo. Luego levanta muy despacio la vista y me clava sus pupilas, que tienen esa tela blanquecina que cubre los ojos ancianos. A pesar de eso, muestran una gran intensidad.

—Sí. Hay algo que me gustaría que hicierais por mí.

—¿Qué es?

—Sois hombre de frontera, como yo, y sois un idealista. —Lo escucho atentamente, aunque no sé bien a dónde quiere ir a parar. El prosigue —: Sé que seréis escritor.

—Bueno… Me gustaría, sí, algún día…

—Lo que deseo es que me deis vida en uno de vuestros libros.

—¿Queréis vivir en una de mis obras?

—Yo os daría mi cuchara, pero eso os haría sospechoso de renegado.

—Os lo agradezco como si me la hubierais dado. La llevo aquí. —Y me señalo el corazón, porque este hombre, estas gentes, este lugar exótico se me han quedado grabados a fuego a pesar de todo.

—Para vos mi cuchara entonces; para mí, vuestro libro. Un libro en el que un narrador arábigo y otro manchego cuenten nuestras aventuras.

Cuando ha dicho arábigo, se ha llevado una mano al pecho. Al decir manchego, me ha señalado a mí.

—Pero ya sabéis que hay mucho de lo que no puedo hablar… —

contesto al fin.

—Estoy seguro de que encontraréis el modo de decir sin decir. ¿No entendisteis acaso que las cosas pueden ser y no ser? Será un fantástico libro de cosas ciertas que parecerán mentira.

—¿Acaso eso es posible?

—¿No sabéis cuál es la manera de decir sin que nadie se enfade?

—¿No decir?

—Que el que hable esté loco, que se rían de él, que nadie se lo tome en

serio, aunque sea el único que dice lo que piensa y lo que piensa es la verdad.

Lo miro con respeto y admiración. Me siento orgulloso y feliz de haber sido su alumno y también su amigo.

—Pensadlo. Si escribís, ¿me recordaréis?

—¡Claro, maestro!

Lo digo con decisión, porque, lo que más me apetece en este momento, mucho más que meterme en otras batallas, es coger una pluma y poner por escrito todo lo que no puedo explicar. Nos despedimos. Él se queda en medio del trajín del puerto. Yo asciendo por la rampa hasta encontrarme con el fraile trinitario. Tengo la intención de ponerme al día de las noticias de España, de la situación política que voy a encontrar en el país.

—¡Saavedra! —Giordano me llama de nuevo, y yo asomo la cabeza—.

¿Seguís sabiendo quién sois?

Me río y, por toda respuesta, lo saludo con las dos manos, la derecha abierta, agarrotada la izquierda. Me saluda él a su vez con una leve reverencia. Así me despido de otro de los personajes de mi vida al que no volveré a ver nunca más.

Una tarde portuguesa

Lisboa, mayo de 1581. Ocho meses después.

En España, como me ha advertido Giordano dal Ricote, parece que las cosas han cambiado. En estos once años, el panorama del poder es totalmente distinto al que conocía. Toda la atención y todos los

recursos de Felipe II están puestos ahora en el conflicto con Inglaterra y en las revueltas de Flandes. El tema turco ha sido relegado. Además, otros acontecimientos se han precipitado. Mientras estaba en los baños, en agosto de 1578, un par de meses antes de que don Juan de Austria muriera, se libró la que han dado en llamar «batalla de los tres reyes», en Alcazalquivir. Así la denominan porque murieron en ella tres monarcas: el legítimo rey de Marruecos, el que lo quería destronar y el joven Sebastián de Portugal, con quien Juan de Austria había fantaseado aliarse.

Después de eso, los reyes de la cristiandad jugaron en el tablero de ajedrez, y la partida acabó victoriosa para España: el reino de Portugal ha pasado a formar parte del de Felipe II. Ahora es el monarca de la península entera y de las tierras de ultramar.

Pero, por otro lado, se dicen mil cosas terribles del rey, como que ordenó matar al joven monarca de Portugal urdiendo un complot según el que uno de los soldados españoles se habría deshecho de él en medio de la batalla. Parece que era un obstáculo en su plan de cerrar el conflicto con los turcos, pues Sebastián insistía en la guerra santa. Dicen también que el gran Francisco de Aldana, poeta donde los haya, había sido enviado para evitar

que el rey Sebastián entrara en la lucha contra los reyes de Marruecos.

Tenía que intentar disuadir al joven rey, pero no lo consiguió, y también el poeta murió allí. Dicen… dicen ¡qué ordenó la muerte de su hermano en Flandes porque lo veía como una competencia imposible de derrotar! Dicen también que el rey ha pactado con los moros para que no nos invadan, y los soldados españoles, a cambio, harán la vista gorda si, de vez en cuando, hay alguna incursión de corsarios turcos en las pequeñas aldeas costeras para secuestrar a algunos y pedir rescate. Dicen…

Calumnias, pienso yo. No puedo creer, no quiero creer, que el rey sea capaz de todo eso de lo que lo acusan. Además, su empeño en luchar contra los infieles era tal hace tan poco que es imposible que haya cambiado de opinión repentinamente. Estoy convencido, además, de que me va a conceder un cargo. Lo merezco. Me lo he ganado. Me ha de dar una recompensa. Lo he intentado en Madrid, pero me han dicho que tengo que ir a Lisboa, donde se ha trasladado la corte para hacerse cargo del nuevo territorio. Así que aquí estoy.

Llevo varios días intentando conseguir una audiencia con el secretario personal del rey. Hoy, tras varias horas de espera, un triste

funcionario de palacio me viene a buscar a la sala enorme donde me dijeron hace mucho rato que esperara.

—El secretario de su majestad ordena decir que no puede recibiros.

—¿Mañana?

—No lo habéis entendido. No puede recibiros —alza la voz al repetirlo, pero no me doy por vencido.

—Pero él ha de saber que soy un soldado de sus ejércitos.

El hombre gris me mira sin ningún interés. Me doy cuenta de que lo único que desea es que me vaya y que deje de importunarlo.

—El excelentísimo hermano del rey, don Juan de Austria, y el duque de Sessa escribieron cartas destacando mis méritos militares —insisto.

Intento una última jugada con aquellas cartas que me habían arrebatado en Argel y que allí se habían quedado.

—Dudo mucho que eso le interese a su majestad.

—¡Luché en Lepanto! —Le acerco mi mano izquierda al rostro—.

¡Perdí la mano! ¡He pasado cinco años cautivo en Argel por servirlo! ¡Casi

me llevan a Constantinopla!

No me lo creo. No puede ser que todo lo que he hecho, todos los sacrificios, mi dedicación, quede sin una merecida recompensa. Cada vez estoy más enfadado, y el silencio del otro todavía me irrita más.

—¡He sido leal a la corona! —Y, de repente, me aventuro a mencionar las hazañas secretas—: ¡Participé en la toma de Galera, en la Alpujarra, Juan de Austria me declaró soldado aventajado!

—Nada de eso, os lo repito, es del interés de su majestad.

Ante la pasividad del funcionario, me doy cuenta de que debo cambiar de estrategia. Procuro calmarme, y prosigo con un tono más sereno:

—Entendido, el secretario del rey no puede recibirme, pero ¿podéis rogarle que transmita a su majestad mi deseo de seguir siendo su servidor en las Indias?

Me doy cuenta de que lo valora como la posibilidad de que lo deje tranquilo.

—Volved mañana —dice al fin, tras pensárselo un momento.

Al día siguiente estoy en la misma sala, acompañado por un guardia de escolta, un soldado hierático que tiene la espalda pegada a la pared. Dirige su mirada hacia el infinito como si fuera una estatua. Espero con paciencia, y luego con impaciencia. Aguardo, otra vez, un tiempo que me carga, que se estira en la tarde portuguesa, un tiempo que me va clavando al suelo minuto a minuto.

Al fin, un par de horas después, puede que más, reaparece el funcionario con el que había hablado el día anterior. Rezo para que haya podido transmitir mi mensaje y para que haya obtenido respuesta.

—Habéis tenido suerte. Su majestad tiene planes para vos.

—¿Planes?

—Necesita que volváis a ser lengua para él.

—¿De nuevo lengua?

—Sí. Tenéis que visitar al turco. —«¿Al turco?», refunfuño para mí. Yo lo que deseo es irme lejos, cruzar el océano y volver a empezar en otras tierras—. Debéis llegar a Mostaganem, pasando por Orán.

Eso supone volver a la boca del lobo, a la posibilidad de ser capturado otra vez en el mar o por tierra… De nuevo los baños, de nuevo el riesgo.

Todo el cansancio de mi vida me embarga, pero atisbo una pequeña luz de esperanza. Quizá puedo demostrar mi valía con esta misión, quizá se den cuenta por fin de que soy valioso.

—¿Qué debo averiguar exactamente?

—Aquí tenéis toda la información.

Me ha alargado un pliego de papel, una carta. Le echo un vistazo, pensando que ya me *entretendré después en* leerla, y me atrevo a preguntarle:

—¿Liberaréis a los cristianos que quedan en los baños?

—¿Acaso creéis que queda oro en las arcas reales? Estamos totalmente dedicados a afrontar los gastos derivados de la construcción de la gran Armada Invencible.

—¡Pero hay muchos cristianos fieles al rey que confían en su ayuda!

¡Todos creen que los va a rescatar!

—¡Dios los protegerá!

—Pero…

—¡Basta! No debéis pedir explicaciones. No os corresponde a vos solicitarlas, ni a mí dároslas.

La discusión ha acabado. Queda claro cuando el funcionario se levanta y me invita a marcharme. Antes, sin embargo, se dirige hacia un robusto mueble de madera oscura y coge un pequeño saquito de una de las estanterías.

—Tomad estas monedas. Han de ser suficientes para sufragar el viaje.

Utilizad vuestra habilidad con las lenguas. Sabemos que conocéis el árabe a la perfección. Seréis discreto en las averiguaciones y regresaréis para contárnoslas. Nos veremos aquí dentro de un mes.

Dentro de un mes. Enseguida pienso que, si saben que conozco el árabe, también tendrán constancia de que todos los méritos militares que he mencionado son ciertos.

—¿Y si me vuelven a capturar? ¿Vendréis a por mí? —pregunto.

Ni siquiera se ha girado para mirarme cuando ha salido de la sala. Me he puesto delante del guardia, que no ha movido ni un músculo en todo ese tiempo, y le he zarandeado la bolsa con monedas ante la cara. No sé por qué lo he hecho. Él no ha dicho nada, y a mí no me ha hecho sentir mejor. Lo

que sí he entendido perfectamente es que, si me apresan, moriré en Argel.

La última misión

Mostaganem. Tres semanas después.

Debo de ser un inconsciente, porque me ilusiona la idea de tener otra oportunidad para demostrar al rey mi valía. Sin embargo, aunque

llegar a Orán ha sido fácil, no así a Mostaganem. Montado en camello, sigo al guía, que avanza en absoluto silencio hacia la ciudad, donde debo contactar con un tal Mustafá Bouziane, mi enlace.

El paisaje es árido e inhóspito. Tengo la cabeza llena de recuerdos de estas tierras por las que intenté una huida tiempo atrás. En un primer momento, había considerado esta misión como la posibilidad de mostrar de nuevo mi valor y mi capacidad como estratega, pero luego… leí la carta.

De nuevo, como cuando viajé a Galera, todo está explicado en los papeles. En esta ocasión, debo buscar a un vendedor de alfombras en el mercado de la ciudad, en tal lugar, a tal hora. Allí consta también la contraseña con la que debo identificarme: «Busco una alfombra azul». El vendedor, al oír estas palabras, me ha de llevar a la parte interior, lejos de miradas curiosas.

—Busco una alfombra azul.

Sin necesidad de decir nada más, el hombre —moreno, entrado en la cincuentena, enjuto y alto— mira con desconfianza a su alrededor y me indica con un gesto de la cabeza que lo siga. Paso rozando las alfombras llenas de polvo que cuelgan por todo el techo, algunas pequeñas, otras largas y llenas de hebras de colores. Una vez dentro, en una oscura

habitación sin ventanas en la que el aire sin circulación parece una masa viscosa, me invita a sentarme en un cojín roñoso. Él se acomoda en otro.

Me mira con interés, pero guarda silencio, así que empiezo yo:

—¿Sabéis quién soy?

—Sí, sois Hamete Benengeli. Os esperaba.

He vuelto a utilizar el nombre moro que se inventaron para mí en el pasado. Al leer la carta, descubrí a qué he venido. Y he venido, en realidad, no a otra cosa que a confirmar que los moros van a respetar el pacto de paz con España; un trato secreto por el cual se van a dejar tranquilos mutuamente durante una temporada. España necesita concentrar todos sus recursos en combatir en el norte, y el imperio turco, tras la derrota en Lepanto, está reconstruyendo su flota con otras naves distintas, más recias, más resistentes.

El rey ha propuesto una tregua no escrita al enemigo. En este tiempo

de paz acordada, los turcos continuarán con su hegemonía en el Mediterráneo, incluso se les permitirán de vez en cuando breves incursiones en pequeños pueblos de la costa. No habrá represalias. A cambio, ellos se comprometen a olvidar las revueltas de la Alpujarra y, desde luego, a no organizar guerrillas en España. No se repetirán los enfrentamientos intestinos. El rey cede a los cautivos españoles para que puedan negociar sus rescates y así Argel puede conseguir algo de dinero de los nobles españoles dispuestos a pagar. Así que todas las afirmaciones que yo creía falsas son verdaderas.

—Entonces, ¿no habrá represalias ni traiciones? ¿No intentará Argel conquistar España?

—No —responde, extendiéndome un papel—, nosotros cumpliremos nuestra parte del trato. Debéis cumplir la vuestra. Entregad este documento a vuestro rey.

Él espera mi parte. Soy portador de algo parecido, una especie de tregua encubierta que consta en el documento que, a mi vez, le doy al vendedor de alfombras. A eso he venido. El rey se compromete a dejarlos tranquilos si ellos hacen lo mismo con nosotros.

—El rey se compromete a cumplir la suya.

Tras pronunciar estas palabras, me embarga una tristeza infinita. Me parece, además, una extrema crueldad el haberme enviado, precisamente a

mí, para confirmar el trato. Me han utilizado por mi habilidad para moverme en tierras moras, por mi conocimiento de su lengua, por lo poco importante que sería mi muerte si ese fuera el caso. Me siento humillado.

Yo había estado a punto de morir por defender la causa cristiana del rey luchando contra el turco. ¿Cómo pueden claudicar? ¿Cómo olvidar las hazañas de tantos y tantos que quedaron flotando en el mar de Lepanto?

¿Cómo dejar atrás aquel olor, aquel dolor y aquel color rojo de la sangre?

¿Cómo permiten que sigan llevándose a gentes libres para que sean vendidas? ¿Por qué mirar hacia otro lado? Y, sobre todo, ¿por qué, por qué, por qué enviarme a mí, precisamente a mí?

Un par de semanas después, me vuelvo a encontrar en la misma sala

de palacio con otro guardia inmóvil que presencia en silencio mi encuentro con el funcionario.

—He entregado el documento y he averiguado lo que deseabais.

—¿Y bien?

—Sí, van a mantener el trato. Me dieron esto. —Le alargo el documento que me entregó el vendedor de alfombras.

—¿No intentarán atacar dentro del país?

—No, no lo intentarán. Solo harán pequeñas incursiones para tomar algunos esclavos, como les habéis propuesto. El rey simulará no poder hacer nada contra ellos y permitirá que Argel siga extorsionando a nuestras gentes para el rescate de los prisioneros que siguen en los baños. A cambio, se comprometen a no invadir el país.

He utilizado a propósito tan duras palabras para describir la situación.

Espero una reacción, como si todo hubiera sido un error mío de interpretación.

—Bien.

El funcionario solo me contesta: «Bien». Ha dicho: «Bien», así que todo está en regla. Mira con interés, sin abrirlo, el pequeño paquete en el que está guardado el documento destinado al rey. Sonríe. Lo guarda entre sus ropas.

Y yo, tocado, pero todavía no hundido, hago un último intento:

—Yo… ¿puedo ahora hablar con el secretario del rey?

—Os dije que no puede recibiros.

—Pero ¡necesito hablar con él! El rey me debe un cargo. ¡Tiene que

recompensarme! No puede acabar todo así. Acabo de servirle de nuevo. ¡He vuelto a arriesgar mi vida!

—¡Escuchad! Hay un fraile, Blanco de Paz, que está dispuesto a declarar contra vos por traición, por tráfico de cautivos, por sodomía, ¡por renegado! ¿Queréis que continúe recitando la lista de sus acusaciones?

Podemos abrir un juicio público.

—¡Eso es falso! Ya escribí una memoria con todo lo ocurrido.

—¿Por qué no hemos de creerlo?

—Porque él miente, y yo digo la verdad.

—La verdad, la verdad… Os hemos pagado. Ya no necesitamos vuestros servicios.

—Yo he solicitado ir a las Indias, si aquí no tienen menester de mí.

—Mirad, buscad por acá donde se os haga merced y dejad esa idea de las Indias a los que pueden valerse. Bastante hace el rey perdonando vuestras deudas. Esperad a que os digan cómo podéis colaborar con el ejército teniendo «eso» por mano.

Ha hecho un gesto imitando mi mano estropeada. «¡Voto a Dios que…!», me sulfuro, pero me obligo a callar. Salgo y callo. Regreso a Madrid y callo. Callo hasta hacer del silencio mi compañero mientras espero las migajas del rey, que llegan en forma de palabras:

—Un puesto como suministrador de abastos.

—Exactamente, ¿eso qué significa?

—Trabajaréis para el ejército del rey, pero no luchando.

—¿Entonces?

—Os dedicaréis a recaudar dinero para sufragar los gastos militares. Es una misión gloriosa.

Tal misión gloriosa consiste en recorrer los campos con una mula, expoliando a los pobres campesinos agotados de trabajar y con escasos recursos porque a la sequía que diezma sus cosechas le suceden las plagas, y a las plagas, las epidemias.

Siempre ocurre igual. Llego a un pueblo y, en cuanto ven de lejos la mula, encabezando la procesión de funcionarios que me sigue, comienzan a cerrar las puertas. Se ha corrido la voz de que el rey envía a mensajeros para cobrar impuestos destinados a sufragar la construcción de la Armada

Invencible, y ellos apenas tienen recursos. Están delgados, hambrientos, y yo me llevo lo poco que tienen, acompañado por un séquito pomposo y una escolta militar que vigila el carromato donde viaja el arcón con las monedéis incautadas.

Me siento un Cid camino del destierro. Como a él, me cierran puertas y ventanas. Como a él, un rey me repudia lanzándome a los campos con mi humillación a cuestas. Imagino a alguna niña que, inocente, me hable como le habló aquella al legendario héroe: «Os admiramos, noble caballero de los tres nombres…». En eso pienso mientras cabalgo a ritmo de paseo, improvisando las palabras que dirían en la historia que protagonizaría:

«Noble caballero, nos obligan injustamente a daros la espalda si no queremos morir. Sabemos que sois el gran soldado Saavedra que dio muerte a mil infieles, que fue leal al inigualable don Juan de Austria. Sois quien sufrió la prisión terrible y quien sobrevivió a la dureza del desierto…». Y

con esas cavilaciones se me pasan las horas montado sobre un rucio, de pueblo en pueblo, con el rechazo de los humildes campesinos y la mirada ya domesticada ante la derrota. Sobrevivir para esto.

El silencio

Esquivias, Navidad de 1603. Veintidós años después.

El silencio de la mañana, el de la tarde y el de la noche me engullen.

Todo el ruido de mi vida se me agolpa en la cabeza y retumba en el eco del silencio que ahora me envuelve y golpea.

Estoy en Esquivias, pueblo esquivo, alejado del mundo de la guerra y del riesgo. Aquí me casé con Catalina, una joven acaudalada, hace ya casi veinte años. Me casé cuando se acabaron las misiones para mí, cuando fui más molestia que ventaja. Después de todas las luchas en las que me empeñé, me transcurrió el tiempo recaudando impuestos por mil lugares del país, escribiendo a ratos y cumpliendo prisión en situaciones que no me apetece relatar.

Ahora, ya viejo y cansado, sumergido en el silencio de este pueblo, un silencio pegajoso, que es condena y no regalo, me pregunto dónde está todo aquello que fue: mi sangre, mis batallas, la mujer de canela, Giovanna, las heridas, las misiones de espionaje, los enemigos, los canallas, las ilusiones y los afanes por mejorar el mundo.

Todo lo que me rodea es polvo, campos segados, ovejas mansas que pacen con calma y molinos que mueven sus aspas adormecidas. Y ya no sé dónde quedó todo lo que antes estaba.

Llevado por el desánimo y la melancolía, arrastrado por la nostalgia

de mi idealismo antiguo, pongo las manos sobre la mesa. Las miro.

La izquierda está agarrotada desde hace treinta y tres años, la derecha se

mueve inquieta. Una pagó mi valentía, la otra es el precio que le pusieron a mi desobediencia. Mis dos manos son, en realidad, las protagonistas de mi aventura. La derecha, ahora, va a tomar rumbo a su destino, mientras la izquierda es su testigo.

Ahora sé quién soy y sé también quién no soy. Aceptar la derrota conlleva una cierta victoria. De todo lo que he perdido, quizá lo más importante ha sido la inocencia. Con el transcurrir de los años, fui perdiendo gentes y oportunidades. Todo ello se transformó en la ganancia necesaria para convertirme en lo que soy ahora. ¿Cómo iba a comprender el desamor si no me había golpeado el frío de una ausencia? ¿Cómo iba a entender el miedo si no lo había padecido? ¿Cómo iba a hablar de ilusiones si nunca las había tenido? Soy el resultado de la suma de todo lo perdido y todo lo ganado. He necesitado este tiempo mío, el tiempo que me está durando la vida, para entenderlo y para desear ponerlo por escrito.

Ha llegado el momento de dictar testamento, para los que vinieren y leyeren. Este es mi legado: la risa. Hay que reírse hasta el vómito para salpicar al mundo con una carcajada amarga que disimule el llanto, porque al viejo no se le disculpa que esté triste. Del que va acabando con su vida se espera que sea más sabio de lo que era al nacer, más paciente que el niño que fue, más amable que el joven orgulloso en que se convirtió, y que sonría en la vejez para mostrar la alegría por haber vivido. Sin embargo, si el anciano llora al final del viaje, el mensaje llega cargado con el pesimista peso de la tristeza. Eso es inaceptable. Hay que disfrazar la frustración, el desánimo, la soledad y la pena con los ropajes de la risa, para que la lección pase desapercibida a quien no quiere escucharla y para que el que la quiera escuchar la llore a soléis, sumergido en líneas cómplices.

Pongo un montón de pliegos de papel en blanco sobre la mesa, mientras contemplo lo que se ve a través de la ventana: los campos y los caminos polvorientos de este pueblo en el que vivo. Hace mucho frío, tengo los pies ateridos. Me echo el aliento en los dedos agarrotados. Entinto la pluma y empiezo a escribir en este lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme.

Epílogo

El arte de ganar perdiendo

Corre el año de 1605. Miguel de Cervantes Saavedra ve publicada la obra que ha escrito casi de un tirón poco tiempo atrás: *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. El año anterior ha circulado ya manuscrita, y este sale de la imprenta.

El escritor ha enlazado una palabra tras otra hasta conseguir un libro que sé ríe de las novelas de caballerías, de la sociedad de su tiempo y de la derrota, incluso de la suya. En su libro se come y se bebe, se ríe y se caga igual que come, bebe, ríe y caga su lector. Fue una genial ocurrencia teñir de sudor el papel y plasmar el momento en el que unos personajes toman vida propia, porque cada lector les cede un poco de la suya, y así se pertenecen mutuamente.

Con casi sesenta años, para Cervantes las palabras no significan lo mismo que significaban antaño. Han ido cargándose de contenidos profundos, de ironías, de giros que antes ni siquiera se le hubieran ocurrido.

Las palabras. Ellas le han permitido explicar y explicarse. Le han concedido el don de imaginar un mundo nuevo y, sobre todo, de ganarse a pulso un lugar, ya que no en el área de influencia del rey, sí en la memoria de los que lo lean.

Después de que le negaran un puesto en la corte, a su regreso de su última misión en Mostaganem, se casó en Esquivias con Catalina de Palacios Salazar, joven de cierta fortuna. Pasó los siguientes años recorriendo los caminos de la Mancha, empleado como recaudador de impuestos para sufragar los gastos de una Armada Invencible que iba a ser

vencida y para escapar de la rutina de un matrimonio aburrido.

Esos caminos le inspirarán el relato itinerante, la trágica novela cómica de aventuras tristemente divertidas. Montado en un rucio por los campos polvorientos, imagina peligros que no existen sino en su pasado. Constata que su posible recompensa por la arriesgada vida de soldado y espía se esfuma cuando le niegan por segunda vez un puesto en las Indias. Corría el año de 1590. Además, una vez fallecido Felipe II en 1598, el hijo prescindió de todos aquellos que habían sido afines al padre. El valido de Felipe III, el duque de Lerma, se hizo con un gran poder, y una de sus primeras decisiones fue cortar todos los hilos del pasado, sobre todo en cuanto a la red de espionaje se refería. Cervantes pendía de uno de ellos, y cayó al vacío.

Se había convertido en un tipo olvidado, pasado de moda… y resentido.

En la compleja situación del país en la política internacional, se dio cuenta de que era un nombre más, prescindible e innecesario. Además, en esos años, ha vuelto a prisión un par de veces por cuestiones burocráticas, rancios y oscuros asuntos. Nada que ver con la prisión heroica del pasado en los baños de Argel, la que era digna de ser explicada. Haber estado preso en el país por el que casi dio la vida, fuera cual fuera la causa, había sido otra terrible humillación. No otorgarle un cargo, no, ¡una estatua debía levantar el rey en su nombre! Y, en cambio, lo había lanzado al calabozo más miserable de la prisión de Sevilla y a otro en un pequeño pueblo de Córdoba. Y mejor no seguir hablando. ¡Cuánto desagradecimiento!

En 1605, ya casi anciano, vive en Madrid. Los días de lluvia cierra los ojos y vuelve al mar de sangre y al agua de Lepanto, con las joyas y los turbantes de los turcos flotando, las armas medio hundidas, los troncos a la deriva. Recuerda el dolor de sus heridas y el olor de la canela. Se había sentido muy cerca del cielo al formar parte de esa flota, admirando a aquella mujer. Pero los grandes personajes de su vida y las grandes gestas se han esfumado. No quedan más que cenizas. Los gigantes se han transformado ante sus ojos en molinos.

En estos inicios del siglo XVI, relegadas al olvido sus hazañas militares, inútil la mano izquierda, temblona la derecha, tiene solo el consuelo del libro. Si no hay oportunidades para él en este mundo, va a inventarse uno

nuevo. Todos los hilos sueltos, las gentes desaparecidas y las ilusiones que perdió fueron recogidas para hilvanar esa historia que, desde su presente, cargaba de sentido todos los hechos de su pasado. Escribe una novela que empieza con un verso de ocho sílabas. Esta es otra genial ruptura de Cervantes. Poeta fracasado, su punto de partida para crear la mejor de entre las novelas era la poesía.

Cuando se publica esta novela de aventuras, han transcurrido treinta y cuatro años desde aquel día memorable de octubre en el que participó en una batalla de la que pudo vanagloriarse. Aquel día —lo sabe ahora —

perdió una mano, pero ganó una novela.

Dramatis personae

*Los personajes marcados con asterisco son inventados, los demás son

reales

*__Alí ben Huyaya__: morisco rebelde de Galera que se enfrenta a las tropas del rey Felipe II. Padre de Fathima.

*__Cacelmi ben Haudalac (Pedro Ramírez de Tudela)__: morisco de Orce que guía a Cervantes hasta Galera para participar en la lucha de la Alpujarra, junto a los resistentes contra las tropas del rey.

__Catalina de Salazar y Palacios (Esquivias, 1565 - Madrid, 1626)__: esposa de Miguel de Cervantes.

__Dalí Mami El Cojo__: (¿?). Arráez de galeras que cautivó a Cervantes.

*__Fathima ben Huyaya__: hija de Alí ben Huyaya. La mujer de canela, a quien Cervantes conoce en Galera y con la que se reencuentra en Argel.

Nunca la olvida y ella le inspira la creación de Dulcinea.

__Felipe II (Valladolid, 1527 - El Escorial, 1598)__: rey de la dinastía de los Austria, hijo del emperador Carlos. Hermanastro de Juan de Austria.

__Fray Juan Gil (Arévalo, 1535 - Arévalo, 1604)__: monje trinitario que rescata a Cervantes de Argel a cambio de 500 escudos.

*__Giordano dal Ricote__: maestro de árabe y doble espía que ejerce de guía para Cervantes.

*__Giovanna__: joven italiana con la que Cervantes tiene una breve relación.

Posible madre del hijo de Cervantes en Nápoles, a quien el escritor

llama Promontorio en el *Viaje del Parnaso*.

__Giulio Acquaviva (Nápoles, 1546 - Roma, 1574)__: cardenal a quien sirve Cervantes en Italia como secretario.

__Juan Blanco de Paz (Badajoz, 1538 - ¿?)__: monje cautivo que acusa a Cervantes de actos indignos durante su cautiverio en Argel.

__Juan de Austria (Ratisbona, 1545 - Namur, 1578)__: hijo natural del emperador Carlos. Fue un distinguido militar que consiguió importantes hazañas bélicas contra las tropas musulmanas dentro y fuera del país.

Luis Méndez de Quijada (¿? - Caniles, 1570): mayordomo del emperador Carlos V. Crio a Juan de Austria, junto a su mujer, Magdalena de Ulloa, como si fuera su propio hijo.

***Mahamed Zencoco**: jenízaro que viaja en misión especial a la Alpujarra para ayudar a los rebeldes moriscos. Marido de Fathima ben Huyaya.

Miguel de Cervantes Cortinas Saavedra (Alcalá de Henares, 1547 -

Madrid, 1616): soldado de los tercios españoles, espía, hombre de frontera y escritor.

***Mustafá Bouziane**: vendedor de alfombras y enlace de Cervantes en Mostaganem.

Onofre Exarque: mercader que actúa como enlace en Argel.

Rodrigo de Cervantes (Alcalá de Henares, 1550 - Flandes, 1600): hermano menor de Miguel de Cervantes.

Uluj Alí (Calabria, 1519 - Turquía, 1587): almirante de la flota otomana famoso por sobrevivir a la batalla de Lepanto.

Agradecimientos

A Miguel de Cervantes, porque me ha regalado una manera de pensar el mundo.

A mi hija María, porque su mirada sigue haciéndose preguntas.

A mi hijo Pau, porque su lucidez ante sus derrotas me ayuda a explicar las mías.

A mi madre, Blanca Cela, porque siempre está dispuesta a leerme.

A mi padre, Francisco Bravo, porque sigue conmigo.

A mi inseparable mitad, Joaquín, porque vivió con todos esos tipos del siglo XVI y me lo explica.

A Joan Tomás, por estar siempre al otro lado de un mensaje.

A Isabel Martí, de IMC, por su ánimo lector, riguroso y sincero.

A Agustí Guillén, porque me iluminó en una de nuestras charlas filosóficas.

A mis alumnos de literatura española de primero de Bachillerato —

Joanna, María, Olga, Sandro, Claudia y Ainhoa—, por las horas compartidas y cómplices en la lectura del *Quijote* en el aula 41.

A Penélope Acero y la editorial Edhasa, por confiar en esta biografía de novela.

BLANCA BRAVO. (Barcelona, 1972). Se doctoró en literatura española contemporánea. En calidad de investigadora, ha sido profesora de la Universidad de Barcelona y ha participado en numerosos congresos y simposios nacionales e internacionales. Ha colaborado en revistas especializadas como articulista, entrevistadora y coordinadora de monográficos.

Ha escrito una biografía de la periodista Carmen de Burgos, ha preparado una edición del novelista Carranque de Ríos y ha colaborado en el Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia.

Actualmente, imparte cursos de formación permanente del

profesorado en el Colegio Oficial de Doctores y Licenciados de Cataluña y se dedica a la docencia de la literatura en un instituto de Badalona. Pinta acuarelas y escribe cuentos y novelas.

Document Outline

- Las dos manos de Cervantes
  - Sayb ab-dira’ (I)
  - Soldado aventajado
  - El profesor de árabe
  - Espía
  - La mujer de canela
  - El caballero de los tres nombres
  - Sangre
  - La matanza de los inocentes
  - En el delirio
  - Giovanna
  - ¡Tierra a la vista!
  - Sayb ab-dira’ (II)
  - El laberinto de arena
  - En la cueva
  - Fathima
  - La caída de los héroes
  - Saavedra
  - Una tarde portuguesa
  - La última misión
  - El silencio
  - Epílogo. El arte de ganar perdiendo
  - Dramatis personae
  - Agradecimientos
- Autora